

● **Miradas de clase.** *Brais Fernández y Lorena Garrón.* **Entrevista a Beverly J. Silver.** *Jacobin.* **Del género y la clase.** *Lorena Garrón.* **La salud desclasada: voces desde las trincheras.** *Vicky López.* **Cultura y clase.** *Brais Fernández.* **La clase media y el Estado.** *Emmanuel Rodríguez.* ● **Explotación capitalista y pluralidad de dominaciones.** *Daniel Bensaid.* ● **Fidel y el internacionalismo cubano.** *Roberto Montoya.* ● **EE UU. Trump toma el gobierno, la oposición toma la calle.** *Dan La Botz.* ● **Entrevista a Joanna Misnik.** *Penny Duggan.* ● **Francia. El Frente Nacional desde una perspectiva europea.** *Michael Löwy y Francis Sitel.* ● **México. El desafío zapatista.** *Arturo Anguiano.*



Foto: S. del Val

Consejo Asesor

Santiago Alba Rico
Daniel Albarracín
Luis Alegre Zahonero
Nacho Álvarez-Peralta
Josep María Antentas
Iñaki Bárcena
Andreu Coll
Íñigo Errejón
Sandra Ezquerro
Joseba Fernández
José Galante
Manuel Garí
Lorena Garrón
Pepe Gutiérrez-Álvarez
Pedro Ibarra
Petxo Idoyaga
Bibiana Medialdea
Justa Montero
Roberto Montoya
Rebeca Moreno
Daniel Pereyra
Enric Prat
Ángeles Ramírez
Clara Serrano
Carlos Sevilla
Miguel Urbán Crespo
Esther Vivas
Begoña Zabala

Redacción Editor fundador

Miguel Romero

Redacción Jaime Pastor (editor)

• Revista impresa

Secretariado de la Redacción

Marc Casanovas
Brais Fernández
Antonio García

Antonio Crespo (Voces)
Alberto García-Teresa
(Subrayados)
Carmen Ochoa (Miradas)

• Web

Tino Brugos
Martí Caussa
Mikel de la Fuente
Josu Egireun
Manuel Girón
Petxo Idoyaga
Gloria Marín
Alberto Nadal
Sergio Pawlowsky

Diseño original

Jerôme Oudin & Susanna
Shannon

Maqueta

MEDIAactive
comercial@tmediaactive.es

Redacción

C./ Limón, 20
Bajo ext-dcha.
28015 Madrid.
Tel. y Fax: 917049369

Distribución para el Estado español

UDL.
UNIDAD PARA LA
DISTRIBUCIÓN DE LIBROS SL
info@udllibros.com
www.udllibros.com

Administración y suscripciones

Josu Egireun.
Tel.: 630 546 782
suscripciones@vientosur.info

Producción

Qar Comunicación, SA
C/ Los Madrazo, 24
28014 Madrid
DL: B-7852-92
ISSN: 1133-5637



1
el desorden
global

Cuba. Fidel y el internacionalismo

Roberto Montoya **5**

EE UU. Trump toma el gobierno, la oposición toma la calle

Dan La Botz **13**

EE UU. Entrevista con Joanna Misnik: "Las manifestaciones son una advertencia para Trump y sus comparsas"

Penny Duggan **17**

Francia. El Frente Nacional desde una perspectiva europea

Michael Löwy y Francis Sitel **21**

México. El desafío zapatista

Arturo Anguiano **39**

2
miradas
voces

El mundo de Misi.

Soledad del Val

Carmen Ochoa Bravo **47**

3
plural
plural

Miradas de clase

Presentación *Brais Fernández y Lorena Garrón* **53**

Entrevista a Beverly Silver: El potencial de resistencia de los trabajadores frente al capital es mayor que nunca

Jacobin **55**

Del género y la clase

Lorena Garrón **68**

La salud desclasada: voces desde las trincheras

Vicky López **74**

Cultura y clase

Brais Fernández **84**

La clase media es el Estado

Emmanuel Rodríguez **93**

4
plural2
plural2

Explotación capitalista y pluralidad de dominaciones

Daniel Bensaid **101**

5
voces
miradas

La deriva de los hemisferios

Emma Fondevila

Antonio Crespo Massieu **117**

6
subrayados
subrayados

Fortunas del feminismo. Nancy Fraser

Beatriz Fernández Ruiz **123**

SomosCocaColaEnLucha (Una autobiografía colectiva)

Ruth Adsuar **124**

Penúltimos días (Mercancías, máquinas, hombres). Santiago Alba

Antonio García Vila **125**

Madres arrepentidas. Orna Donath

Rebeca Moreno **126**

Hacia la ciudad de umbrales. Stavros Stavrides

Jaime Pastor **127**

¿Derrotó el smartphone al movimiento ecologista? Jorge Riechmann

Alberto García-Teresa **128**

propuesta
gráfica

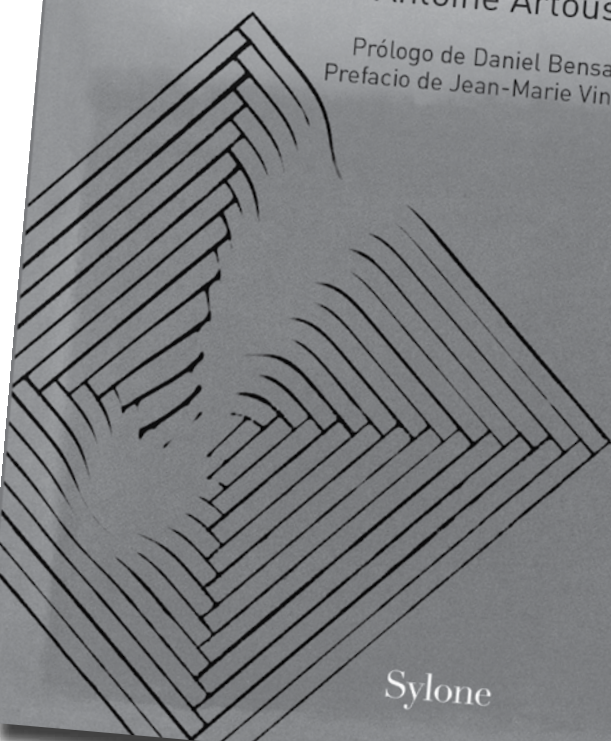
Soledad del Val

Mil y un Marxismos

Marx, el Estado y la política

Antoine Artous

Prólogo de Daniel Bensaïd
Prefacio de Jean-Marie Vincent



Sylone

Distribución para el Estado español

UDL. (UNIDAD PARA LA DISTRIBUCIÓN DE LIBROS SL)

info@udllibros.com www.udllibros.com

Es ya un lugar común decir que vivimos tiempos convulsos desde el cambio de época que se inició en 2008 con la entrada bajo un nuevo tipo de neoliberalismo que, como argumenta William Davies, podríamos calificar de “punitivo”. Con él y al parecer definitivamente, las bases de la relativa estabilidad política y social de la posguerra y de la posterior “globalización feliz” que se dieron en “Occidente” se están erosionando a pasos acelerados y, como consecuencia, tanto la gobernabilidad nacional-estatal como la gobernanza global muestran sus grietas por todos lados. Dentro de ese panorama el cambio climático sigue amenazando con un colapso civilizatorio al que los de arriba responden con un negacionismo desafiante (ahora, con Trump a la cabeza) o, simplemente, vergonzante (como en la reciente Cumbre de Marrakech), mientras que los y las de abajo no llegamos a asumir que el recurso al “freno de emergencia” debería estar en el centro de la agenda política en nuestras luchas y en nuestra vida cotidiana.

Aun así, en medio de un presente en el que retornan los peores fantasmas de los años 30 del pasado siglo, llegan algunos motivos para la esperanza. En Italia, aunque sea fruto de una coincidencia circunstancial de fuerzas muy diversas, ha sido derrotado un proyecto que quería imponer un modelo de gobernabilidad abiertamente autoritario y en Austria se ha visto frenado el ascenso de la extrema derecha xenófoba.

Entrando ya en lo que abordamos en este número, la muerte de **Fidel Castro**, convertido junto con el Che tras el triunfo de la Revolución cubana en referente de varias generaciones políticas, no sólo en América Latina sino en otras partes del mundo, ha provocado nuevas controversias sobre su legado. En www.vientosur.info hemos publicado diferentes opiniones en las que el reconocimiento de su ejemplo de resistencia y sus logros sociales no puede ocultar los lados oscuros de un proyecto de socialismo que, hace tiempo ya, derivó en un régimen burocrático y autoritario. Con todo, **Roberto Montoya** nos recuerda, pese a su pronta dependencia de la URSS, la larga trayectoria internacionalista de Fidel, política y humanitaria, tanto en América Latina como en otras regiones. Un proceso que le llevó a pasar de “faro guerrillero” en los años 60 y 70 del pasado siglo a mediador recientemente para el Acuerdo de Paz en Colombia.

A pesar de haber conseguido atraer a capas trabajadoras que apoyando a **Trump** aspiraban a dar un voto de castigo al *establishment*, la victoria de este multimillonario está provocando una reacción de rechazo creciente por parte de amplios sectores de la sociedad estadounidense frente a la amenaza que supone su programa “nacionalista blanco”, según lo define de forma sucinta **Dan La Botz**. Él y **Joanna Misnik**, entrevistada por nuestra amiga **Penny Duggan**, nos cuentan cómo se está preparando el próximo 20 de enero y, con él, los nuevos pasos en la coordinación de los movimientos sociales, especialmente el de las mujeres, así como de cargos

electos municipales dispuestos a desobedecer al nuevo inquilino de la Casa Blanca y a los que seguirán siendo sus amigos de Wall Street.

El ascenso de fuerzas de extrema derecha en Europa es un fenómeno ya innegable, al igual que lo es la adaptación a sus discursos y propuestas por parte de la derecha y la mayoría de la izquierda. Dentro de ese contexto **Michael Löwy** y **Francis Sitel** analizan el caso del **Frente Nacional en Francia**, recordando sus raíces históricas (las guerras coloniales) y su explotación del resentimiento popular frente a la burocracia de Bruselas. Contra esa amenaza no ofrecen recetas pero insisten en que “ningún movimiento antifascista organizado podrá ser eficaz y creíble si no está dirigido por fuerzas ajenas al consenso neoliberal dominante”.

Desde **México**, la propuesta hecha por el **EZLN** y el Congreso Nacional Indígena de una consulta —que concluye este fin de año— para la posible participación en la elección presidencial de 2018 con una mujer candidata independiente ha venido a demostrarnos una vez más que el zapatismo sigue muy vivo y dispuesto a asumir un nuevo desafío en un terreno nuevo para este movimiento. Frente a los agoreros, **Arturo Anguiano** sostiene que “el nuevo mundo que el EZLN procura no ha dejado de avanzar y consolidarse a contracorriente” y, a la vez, que no es un islote al margen del pueblo mexicano.

El **Plural** está dedicado a **Miradas de clase**, con la intención de resaltar, como escriben sus coordinadores, **Brais Fernández** y **Lorena Garrón**, “la importancia de la clase para un proyecto estratégico emancipador”. **Beverly J. Silver** analiza el estado de la clase obrera hoy, denunciando las estrategias de reestructuración, cooptación y represión que el capitalismo desarrolla frente a ella, pero también insistiendo en que “su potencial de resistencia es mayor que nunca”. **Lorena Garrón** reflexiona sobre la relación entre patriarcado y capitalismo, llama la atención sobre el escaso reconocimiento de “los trabajos que reproducen la vida” y ofrece más argumentos para la necesaria articulación de feminismo y anticapitalismo. **Vicky López** hace un recorrido por la evolución de las relaciones entre clase y salud pública, los hábitos de vida y los condicionantes sociales para centrarse luego en su aplicación al caso de la vivienda y la muy actual lucha contra la pobreza energética. **Brais Fernández** se apoya en el “giro gramsciano” para abordar la relación entre clase y cultura y rebatir concepciones que la alejan de sus bases materialistas, concluyendo sobre “la urgencia de una cultura de clase frente a la omnipotencia neoliberal”. Por último, **Emmanuel Rodríguez** se centra en la crítica radical de la relación entre la clase media y el Estado a lo largo de toda una época ya agotada, puesto que, como sostiene, “los tiempos de las amplias ‘clases medias’ parecen ya perdidos”.

Finalmente, aunque fue publicado en francés en 2001, hemos considerado oportuno reproducir en **Plural 2** un artículo que escribió nuestro querido amigo **Daniel Bensaid**, fallecido en 2010. En él podemos comprobar, una vez más, su esfuerzo por dialogar con otras aportaciones y corrientes en torno a la búsqueda de respuestas a lo que el título del artículo, “**Explotación capitalista y pluralidad de dominaciones**”, plantea. *J.P.*

1 el desorden global

Cuba

Fidel y el internacionalismo

Roberto Montoya

La muerte de Fidel Castro coincide con un periodo de fuerte recuperación de la derecha neoliberal en América Latina, con una aguda ralentización de ese proyecto integrador y solidario, de esa defensa de la soberanía, de la lucha por la segunda independencia que se expandió por numerosos países de esa inmensa región de 500 millones de habitantes desde inicios del siglo XXI. Pareciera todo un símbolo esa coincidencia.

La Cuba revolucionaria fue sin duda la que impregnó su espíritu y práctica internacionalista de décadas a los nuevos gobiernos progresistas que surgieron en la zona a partir del triunfo de Hugo Chávez en Venezuela en 1998 y que en este último periodo ha sufrido una profunda involución y una recuperación acelerada de la derecha. Las grandes limitaciones y profundos errores de esos gobiernos progresistas, junto al triunfo de Donald Trump, presagian una agudización aún mayor de esa tendencia, revirtiendo el auge de los movimientos sociales y gobiernos progresistas de dos décadas atrás.

En pleno “periodo especial”, en aquellos durísimos años 90 que tuvo que soportar Cuba tras el desmembramiento de la Unión Soviética y la caída como efecto dominó de los regímenes burocráticos de los países de la Europa del Este, Fidel, Raúl y otros dirigentes cubanos comprobaron que algo comenzaba a moverse en la región a pesar del reinado del Consenso de Washington y la hegemonía de gobiernos ultraliberales, corruptos y autoritarios que proliferaban, los de los Menem, Fujimori, Salinas de Gortari y otros.

La potencia del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, de los cocaleros en Bolivia, del levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994 —coincidiendo con la entrada en vigor del NAFTA, el tratado de libre comercio entre México, EE UU y Canadá— y otros movimientos, mostraba que algo importante se movía por debajo. Y ese año 1994 fue también cuando tuvo lugar el primer

“Cuba volvió después de muchos años a recuperar protagonismo en América Latina.”

encuentro entre Fidel Castro y Hugo Chávez, un encuentro que con los años fructificaría. Fidel había seguido con mucho interés la aparición en escena del joven teniente coronel, nacionalista y antiimperialista, que con un puñado de jóvenes oficiales había encabezado un intento de golpe de Estado contra el corrupto y autoritario gobierno

del “socialdemócrata” Carlos Andrés Pérez.

Poco después de salir de la cárcel en 1994 Hugo Chávez fue invitado a Cuba a impartir una conferencia sobre Simón Bolívar en la Casa Bolívar, en La Habana Vieja. Era su primer viaje a la isla. “Yo estaba convencido de que no vería a Fidel”, decía años después Chávez. “La visita, además, era por muy poco tiempo: apenas un solo día. Llegábamos en la noche de un martes y regresábamos en la mañana del jueves. Me imaginaba que el Presidente estaría muy ocupado y me decía a mí mismo: ‘si no me reciben ni los líderes uruguayos, que no son jefes de Estado todavía; si me sacan el cuerpo los del Partido Comunista de Venezuela, que ni siquiera me dan la palabra en sus reuniones, ¿por qué Fidel tendría que dedicarme una parte de su precioso tiempo?’” (Elizalde y Báez, 2005).

Chávez nunca hubiera imaginado que tras aterrizar en el aeropuerto de La Habana caminaría sobre una alfombra roja y sería conducido a una sala donde lo esperaba nada menos que el mismísimo Fidel Castro. Años después recordaba que el líder cubano lo “acribilló” a preguntas. Quería saber todo sobre él y sobre Venezuela, por qué había fracasado allí la guerrilla y cómo veía al resto de América Latina. Ambos líderes no se separarían más desde aquel momento. Chávez siempre se consideró un “discípulo” de Fidel. Este sin duda influyó de forma decisiva en los valores ideológicos y políticos de Chávez y le contagió el espíritu internacionalista que siempre caracterizó a la Revolución cubana.

Mucho cinismo tienen aquellos que hoy sostienen que Fidel se aferró a Chávez porque era la única tabla de salvación económica para la isla. Contra todos los que pronosticaban que Cuba caería también como una ficha de dominó al igual que los países del Este europeo, la isla resistió altiva, con dignidad.

Solo cuatro años después de aquel encuentro Hugo Chávez triunfaba en las urnas por una mayoría aplastante. Con él empezaba un cambio no solo en Venezuela sino en toda América Latina y el Caribe. Chávez no sólo utilizó los succulentos ingresos que Venezuela recibía de la venta de petróleo —el país los tenía desde hacía décadas— para lanzar sus macrorreformas en educación, vivienda social, sanidad, en redistribución de la riqueza, sino que por primera vez en la historia de la región se utilizaban los recursos energéticos como arma política para impulsar la integración.

Difícilmente se puede entender sin ese estímulo, ese apoyo, la explosión de los movimientos sociales, de campesinos, indígenas y trabajadores en general

que se produjo a partir de ese momento, y la llegada al poder de gobiernos progresistas en la mayoría de países de la zona. Nunca antes en América Latina y el Caribe habían coincidido en el poder simultáneamente tantos gobiernos de signo progresista.

A la venta a sus aliados de petróleo barato e inversiones de todo tipo Venezuela sumó su impulso decidido de organismos de integración regional como el ALBA, el Banco del Sur, la CELAC, Unasur y otros que intentaron fortalecer la soberanía de los países miembros y construir una alternativa a la histórica dependencia comercial, financiera y militar de EE UU y otras potencias. El “eje” Cuba-Venezuela permitió multiplicar a través de la “Operación Milagro” las operaciones gratuitas de la vista a cientos de miles de personas de bajos recursos de la región; Venezuela adoptó el programa de alfabetización cubano “Yo sí puedo” y se convirtió en pocos años en el segundo país libre de analfabetismo de toda América Latina —el primero fue Cuba—, al que le seguiría luego Bolivia.

La nueva situación política en la región permitió la reintegración de Cuba en ella. Por presión de EE UU había sido expulsada de la OEA en 1962. En una región que padeció decenas de dictaduras militares, Cuba fue la única en la historia de la OEA expulsada por “falta de democracia”. Siguiendo los dictados de Washington todos los países miembros de la OEA —salvo México— rompieron sus relaciones diplomáticas con Cuba. Pero Cuba volvió después de muchos años a recuperar protagonismo en América Latina, a ser oída y consultada, a ser propuesta nada menos que para negociar durante estos últimos cuatro años los históricos Acuerdos de Paz de Colombia.

Fidel pudo ver todo eso. Pudo vivir los impresionantes cambios que se produjeron en el subcontinente en las últimas seis décadas. A pesar de los enormes errores políticos, económicos y sociales cometidos, Cuba supo adaptarse a los cambios en el escenario político mundial y volvió a encontrar su espacio en América Latina a pesar de la hostilidad permanente de las diez administraciones que ya han pasado por la Casa Blanca, y la hostilidad de las oligarquías latinoamericanas.

De “faro” guerrillero a mediador de la paz en Colombia

No deja de ser paradójico que un gobierno de derecha, ultraliberal como el de Santos, quien fue ministro de Defensa de Uribe en los años más duros de la guerra sucia contra las FARC y el ELN, haya aceptado y agradecido a Cuba su papel clave en la organización de los acuerdos de paz en La Habana. El gobierno cubano, durante años acusado de ser un soporte esencial de buena parte de los movimientos guerrilleros de liberación en América Latina y África, se convirtió nada menos que en mediador de las negociaciones de paz entre la más antigua guerrilla latinoamericana y el gobierno presidido por quien fuera

uno de los mayores represores de ella. No es poco mérito para Cuba, no es poco el orgullo que pueden sentir los cubanos. En las décadas de los 60, 70 y 80 la pequeña y pobre isla caribeña acosada por EE UU logró lo que parecía imposible: “exportó” su espíritu revolucionario al mundo entero, un acontecimiento inédito e irrepetible.

Tras la muerte de Fidel se han leído en algunos medios columnas de opinión en las que se asegura que el “supuesto” internacionalismo solidario cubano no fue otra cosa que el pago de su gobierno a la URSS por la ayuda recibida. ¡Vaya cinismo! El internacionalismo de los principales líderes de la Revolución cubana se demostró desde el inicio, en el caso de algunos de ellos incluso antes del triunfo. Níco López y otros, exiliados en Guatemala tras el fracaso del asalto al cuartel de la Moncada, participaron activamente en la resistencia al golpe de la CIA de 1954 contra el reformista Jacobo Arbenz. Fue ese el momento en el que un comprometido médico que recorría América Latina en moto desde hacía años tomó contacto con los revolucionarios cubanos e hizo suya su causa para siempre. Todavía no era el Che, sólo Ernesto Guevara.

Desde los primeros años el Gobierno revolucionario tuvo claro su objetivo de ayudar a los movimientos de liberación del Tercer Mundo y especialmente a los de América Latina y el Caribe y de África. La gran mayoría de los partidos comunistas en Latinoamérica seguían entonces los dictados de la URSS y como ésta teorizaban la “revolución por etapas” con alianzas con sectores de la “burguesía nacional”. El Partido Socialista Popular, la franquicia soviética en Cuba, había visto en el Movimiento 26 de julio “un instrumento de la CIA” y recelaba de él, al igual que los comunistas latinoamericanos, que calificaban a los barbudos guerrilleros de Sierra Maestra como “aventureros pequeñoburgueses”.

El triunfo de la Revolución cubana supuso un terremoto para toda la izquierda en América Latina. En buena parte de los partidos comunistas se produjeron escisiones de sectores de su militancia que querían emular el ejemplo cubano y que junto con otros sectores de izquierda comenzaron a crear organizaciones político-militares a lo largo y ancho de toda la región. Fueron decenas las organizaciones guerrilleras que con mayor o menor éxito proliferaron desde los años 60, 70 y hasta los años 80, la mayoría de ellas centradas en la lucha en zonas rurales, adoptando la teoría del “foco”, como sucedió en México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Colombia, Venezuela, Perú, Paraguay, Bolivia. Otras desarrollaron prioritariamente la lucha armada en zonas urbanas, como en Argentina, Chile, Uruguay o Brasil.

Buena parte de los partidos comunistas nacionales terminaron entrando en crisis cuando el protagonismo partidario de la lucha de resistencia frontal contra las dictaduras militares que asolaban el subcontinente lo asumieron las organizaciones político militares de una nueva izquierda.

Prácticamente la totalidad de esas organizaciones revolucionarias mantenía relaciones de mayor o menor grado con Cuba; muchos de sus cuadros se

entrenaron en la isla, burlando el bloqueo estadounidense y los controles de las dictaduras latinoamericanas.

El Che personalmente, junto a varios combatientes cubanos, murió en 1967 luchando en Bolivia contra la dictadura de René Barrientos, y lo hizo sin lograr el apoyo esperado del Partido Comunista Boliviano. Esa traición restaría a las fuerzas del Che de un apoyo logístico fundamental para el éxito de semejante misión.

El sitio elegido para las operaciones de la guerrilla del Che, en la zona de Ñancahuazú, a 250 kilómetros de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, fue acordado previamente por el Che y sus hombres con Fidel en una reunión en Cuba en julio de 1966. El Che volvió a Cuba clandestinamente tras combatir en África, para evitar que su rastro pudiera ser detectado por la CIA. Fue allí también donde se despidió de sus hijos y de Fidel. Un año después moriría acribillado a balazos en una pequeña comisaría de la selva boliviana después de ser capturado vivo, malherido. Se eligió Ñancahuazú al ser un enclave especial, desde el cual se pretendía extender las acciones hacia los países limítrofes, Argentina, Chile, Perú, Brasil y Paraguay.

Dependencia e independencia de la URSS

A pesar de la dependencia comercial, económica y militar cada vez mayor que Cuba tenía del bloque soviético, el Gobierno desafió en muchos casos la política exterior de la URSS y marcó su propia agenda. El “uno, dos, cien Vietnam para vencer al imperialismo” del Che no era compartido por los burócratas soviéticos. “Ser internacionalista”, diría por su parte Fidel, “es saldar nuestra propia deuda con la humanidad. Quien no sea capaz de luchar por otros, no será nunca suficientemente capaz de luchar por sí mismo”.

Del 3 al 14 de enero de 1966 se celebró en La Habana la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, más conocida como la Tricontinental, en la que participaron representantes de gobiernos, movimientos sociales, partidos políticos y movimientos guerrilleros de 82 países de esos tres continentes. El enemigo común: el colonialismo y el imperialismo estadounidense; pero en la cumbre se vislumbraron claramente tres grandes bloques. En uno estaba la URSS y los países de su órbita, más la mayor parte de los partidos comunistas de Latinoamérica. En otro bloque se encontraban China, Indonesia, varios países africanos y unos pocos partidos comunistas latinoamericanos de tendencia maoísta. El tercer bloque lo lideraba Cuba, junto con Vietnam y el mayor número de movimientos de liberación armados de África y América Latina. El Partido Comunista de Venezuela de Douglas Bravo fue tal vez el único partido comunista latinoamericano agrupado en ese bloque. El Che Guevara hizo allí un importante discurso que se considera fue su verdadero testamento político. Moriría un año y nueve meses más tarde.

“... el gobierno desafió en muchos casos la política exterior de la URSS.”

El bloque encabezado por Cuba fue el único que ensalzó la lucha armada como vía indispensable para la liberación de los pueblos del Tercer Mundo en ese momento sojuzgados por dictaduras militares y el imperialismo. Tanto el bloque liderado por la URSS como el liderado por China se opusieron frontalmente. El bloque de Cuba fue entonces el único que respaldó abiertamente la lucha del Frente Nacional por la Liberación de Vietnam, el Vietcong, nacido seis años antes.

Cuba respaldó la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, sí, y también apoyó el envío masivo de tropas del Ejército Rojo a Afganistán en 1979 en auxilio del gobierno del intelectual comunista Nur Muhammad Taraki, cuyo intento de reformas radicales fue resistido violentamente por los líderes tribales tradicionales y sus milicias de “mujaidin”. Sin embargo, muy poco antes de esa intervención soviética en Afganistán, Fidel Castro había inaugurado en La Habana la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, un organismo internacional que pretendía paradójicamente romper la política de bloques y buscar una tercera vía.

Si en América Latina el internacionalismo de Cuba se canalizaba a través del apoyo material, asesoramiento y entrenamiento a combatientes de las organizaciones armadas, en África se hacía directamente con tropas y también con médicos y ayuda humanitaria. Cientos de miles de combatientes voluntarios cubanos fueron enviados a luchar contra el colonialismo europeo y contra las tropas del régimen racista y expansionista de Sudáfrica. Muchos profesionales y cargos públicos en Cuba recuerdan hoy día con orgullo el haber combatido cuando eran jóvenes a miles de kilómetros de distancia, en Argelia, en Angola, Guinea Bissau, en Congo Brazzaville, en Etiopía.

La intervención cubana en Angola fue la más masiva, se enviaron casi 400.000 soldados y personal civil, ingenieros, maestros, médicos, durante los 16 años que duró la guerra. Fidel decidió intervenir en 1975 sin hacer ningún tipo de consulta al Kremlin para apoyar al Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA) y frenar la ofensiva de las tropas sudafricanas y las tropas de Zaire (hoy República Democrática del Congo), dos ejércitos entrenados y armados por EE UU.

En 1974 se había producido la Revolución de los Claveles en Portugal contra la dictadura de Salazar, y con ella la independencia de sus colonias, pero en una de ellas, Angola, se desató una guerra civil entre el MPLA y el FNLA y UNITA, dos movimientos armados apoyados por Zaire, Sudáfrica y EE UU. La intervención cubana fue decisiva para la independencia de Angola y de Namibia y para la derrota militar de Zaire y de Sudáfrica, que un año después del fin de la guerra, en 1992, vivía el derrumbe de su régimen de “apartheid”. Cuba fue uno de los firmantes de los acuerdos de paz.

Potencia humanitaria

Una vez acabada la Guerra Fría, el internacionalismo cubano dejaría las armas en casa para ejercerlo en forma de ayuda y solidaridad humanitaria. “¿Cómo se convirtió Cuba en una potencia humanitaria?”, se preguntaba la BBC en su digital en 2014, y recordaba que sólo en África, desde 1963 hasta 2014 “76.744 colaboradores de la salud han tomado parte en misiones en 39 países de África”. “Actualmente —decía en 2014— hay 4.048 colaboradores en 32 naciones africanas, de los que 2.269 son médicos”. Y la BBC reproducía las explicaciones que daba el ministro de Exteriores cubano, Bruno Rodríguez, de por qué tanto esfuerzo por África: “A África nos unen lazos de sangre, cerca de un millón trescientos mil esclavos africanos fueron traídos a Cuba en medio de la trata negrera”.

Son decenas de miles los médicos, médicas y otro personal sanitario cubano presentes actualmente en misiones en 40 países, y han sido cientos las intervenciones humanitarias de auxilio ante terremotos, huracanes y otros desastres en las que se ha intervenido, desde aquella primera que protagonizó en 1960 la brigada médica que acudió a Chile para atender a damnificados del terremoto que sufrió ese país.

Las Brigadas Médicas han actuado desde entonces numerosas veces en Centroamérica y el Caribe para ayudar ante catástrofes naturales, pero también en Argelia, en Pakistán, en un total de 120 países. Eso también es internacionalismo, una muestra práctica de internacionalismo de un país pobre y acosado desde su Revolución de 1959 que no ha menguado aún en los momentos más críticos, de mayor asfixia. Todo un ejemplo para el mundo entero de un país flotante de tan solo once millones de habitantes. Fidel, como Raúl, han sabido mantener durante décadas contra viento y marea ese espíritu internacionalista que compartían desde el inicio de su gesta con el Che, con Camilo, con tantos otros.

Pero a Fidel, como máximo líder y cabeza visible del proceso cubano durante décadas, se le puede y debe criticar muchas cosas desde la izquierda. Flaco favor hacen las posiciones campistas según las cuales la izquierda no debe criticar a quien pertenece al “campo popular”, por más aberraciones que se hagan, una política con la que tantas veces en el pasado se han justificado los mayores crímenes del estalinismo. A Fidel se le debe criticar su inmovilismo e intolerancia política; el autoritarismo permanente ante las más mínimas críticas internas, resueltas siempre a base de purgas; la falta de un plan serio para conseguir la soberanía alimentaria del país; la lentitud de las reformas para que los cubanos puedan ganar en calidad de vida y dejen de soñar con irse al extranjero a consumir y consumir.

Ni siquiera el brutal bloqueo, el criminal asedio a que ha sido sometida Cuba durante seis décadas por Estados Unidos y sus numerosos cómplices justifican sin embargo ese tipo de políticas ni esos retrasos que afectan al día a día de millones de cubanos, a los que han aguantado en silencio, con dignidad,

las situaciones más duras, durante décadas. Cuba tiene que demostrar que sí lo puede hacer, aunque con Donald Trump haya una ralentización o marcha atrás en el deshielo alcanzado en el último tramo de la administración Obama. No es sólo su población que pide ese cambio, son millones y millones de personas del mundo entero que lo esperan, que quieren poder seguir defendiéndola, que quieren renovar su orgullo por la Cuba revolucionaria del Che y Fidel.

Roberto Montoya es periodista y escritor, miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

Referencias

Elizalde, R. M. y Báez, L. (2005) *El encuentro*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado

Trump toma el gobierno, la oposición toma la calle

Dan La Botz

Donald Trump toma posesión de la presidencia el 20 de enero, estableciendo el gobierno más derechista y racista de la historia moderna de EE UU, pero su andadura no será un camino de rosas. La contraofensiva contra Trump ya ha comenzado. Decenas de miles de personas han salido a la calle en ciudades de todo el país y muchos ayuntamientos se comprometen a seguir ofreciendo refugio a los inmigrantes. Los cargos nombrados por Trump para su gobierno y las respuestas de la gente indican que estamos ante las puertas de cuatro años de batallas políticas y sociales.

Trump ocupará la Casa Blanca y su Partido Republicano también controlará el Senado, la Cámara de Representantes y, muy pronto, el Tribunal Supremo, así como los gobiernos de 30 Estados; en muchos Estados de la Unión también controla el legislativo estatal. Pocas veces en la historia de EE UU, por no decir nunca, ha detentado un partido político tanto poder.

Inmigrantes, negros y latinos saben que el nuevo gobierno irá contra ellas y ellos, y gran parte de la población teme que EE UU inaugure un periodo peligroso que amenace los derechos democráticos. También cunde el temor entre políticos demócratas, e incluso republicanos, a que el nuevo presidente pueda poner en peligro la economía internacional, desestabilizar todavía más la situación política mundial y contribuir a la aceleración del cambio climático y la destrucción del medio ambiente planetario.

Un equipo y un gabinete salidos del infierno

La victoria de Trump supone la entrada en la Casa Blanca de un grupo de políticos de derecha dura y sitúa a fascistas declarados en su entorno inmediato. Aunque Trump todavía no ha acabado de perfilar la composición de su equipo y su gabinete, la elección de Stephen K. Bannon, un dirigente de extrema derecha, como su principal estrategia coloca a un nacionalista blanco conocido por su islamofobia, su antisemitismo y su antifeminismo en el despacho oval, y a fascistas delante de la puerta.

Trump ha ofrecido al notorio racista y senador por Alabama, Jeff Sessions, el cargo de fiscal general, a la cabeza del Ministerio de Justicia. En 1986, el presidente Ronald Reagan nombró a Sessions juez federal, pero los republicanos en el Congreso lo vetaron por sus manifestaciones racistas. Y el teniente general Mike Flynn, ex jefe de la Agencia de Información de la Defensa, un

“Los alcaldes de las ciudades más grandes se han unido a la resistencia a Trump.”

hombre que califica el islam de “ideología política” y de “cáncer maligno”, pasará a ser el consejero de seguridad nacional de Trump. Se está barajando el nombre de Rudy Giuliani, antiguo alcalde de Nueva York, conocido por sus políticas racistas, para el cargo de secretario de Estado.

Hasta algunos republicanos conservadores están preocupados por los nombramientos de Trump. John Weaver, consejero de dirigentes conservadores como el senador John McCain, de Arizona, y el gobernador John Kasich, de Ohio, ha declarado a los medios que “la extrema derecha racista y fascista está representada muy cerca del despacho oval. Mucho cuidado, América”.

Un programa nacionalista blanco

Trump, que defiende una plataforma económica nacionalista y un programa social racista, ha fijado sus objetivos para sus primeros cien días. Promete tomar las siguientes medidas:

- Deportación inmediata de dos a tres millones de inmigrantes indocumentados con antecedentes penales y la construcción de un muro entre EE UU y México.
- Suspensión de toda inmigración procedente de regiones en que tienen sus bases grupos terroristas, es decir, de la inmigración de Oriente Medio y de personas musulmanas.
- Refuerzo de la policía y construcción de nuevas prisiones privadas para combatir el crimen, medidas que afectarán sobre todo a las comunidades afroamericanas y latinas, representadas de forma desproporcionada entre las personas detenidas, convictas y encarceladas.
- La selección de por lo menos un nuevo juez conservador para el Tribunal Supremo de EE UU, donde existe actualmente una vacante, creando así una mayoría conservadora que podría poner fin al derecho federal al aborto.

Trump también procederá de inmediato a aplicar su programa económico nacionalista, que según él reconstruirá la industria estadounidense y creará puestos de trabajo:

- La abolición de las restricciones medioambientales al carbón, el gas y el petróleo y la anulación de otros programas de lucha contra el cambio climático, dando permiso además para que prosiga la construcción del gran oleoducto de Keystone.
- Retirada de la Asociación Transpacífica (TPP), renegociación del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) y acusación

a China —que es el segundo socio comercial de EE UU y detenta más de un billón de dólares de deuda estadounidense— de manipular el cambio de su moneda.

- Un programa decenal de un billón de dólares para la construcción de infraestructuras gestionadas después por empresas privadas, como autopistas y puentes.
- Abolición de la ley de cuidados asequibles, el plan de asistencia sanitaria privada coordinado a escala federal que impulsó Obama y su sustitución por un nuevo plan de asistencia sanitaria privada competitivo.

Finalmente, en materia de política exterior:

- Trump y Giuliani han declarado que la lucha contra el Estado Islámico (EI) en Iraq y Siria, así como en todo el mundo y en el interior del país, será una de las claves de su política exterior.
- Trump se ha mostrado crítico con el papel de los países europeos miembros de la OTAN y dice que tratará de mejorar las relaciones con la Rusia de Vladimir Putin, postura que podría poner patas arriba la política exterior estadounidense en el continente europeo.
- Trump también ha propugnado la renovación y el refuerzo del ejército estadounidense.

Obama ofrece una rama de olivo, pero las protestas irrumpen en las calles

El presidente Barack Obama, para decepción de muchos, ha llamado a la población estadounidense a dar una oportunidad a Trump. Sin embargo, decenas de miles de personas de ciudades de todo el país se han negado y han salido a la calle al grito de “¡No es mi presidente!”. En el movimiento de protesta han confluído seguidores de Hillary Clinton, simpatizantes de Bernie Sanders, gente independiente, estudiantes de instituto y universitarios, inmigrantes y negros. En muchas manifestaciones, la gente portaba carteles contra el racismo, la islamofobia y la misoginia. A la cabeza de numerosas marchas había mujeres y personas LGBT.

En EE UU, los demócratas suelen gobernar en las ciudades multiétnicas, mientras que los republicanos lo hacen en los suburbios blancos y las zonas rurales. Los alcaldes de las ciudades más grandes se han unido a la resistencia a Trump y prometen que sus ciudades seguirán dando refugio a los inmigrantes, negándose a cooperar con las agencias de inmigración y aduanas (ICE). El alcalde de Nueva York, Bill de Blasio, ha declarado que el ayuntamiento de esta ciudad seguirá defendiendo a los inmigrantes indocumentados. “No vamos a sacrificar a medio millón de personas que viven entre nosotros, que forman parte de nuestra comunidad”, ha dicho De Blasio. “No vamos a separar familias”.

“La cuestión fundamental es la construcción de una fuerza política independiente.”

Además de Nueva York y Chicago, los ayuntamientos de Boston, Denver, Los Ángeles, Oakland, Providence, San Francisco, Santa Fe, Seattle y Washington han prometido que mantendrán sus políticas de brazos abiertos. Estudiantes y profesores también presionan a las facultades y universidades para que acojan a inmigrantes. Du-

rante su campaña, Trump advirtió de que si llega a ser presidente, “las ciudades que se nieguen a cooperar con las autoridades federales no recibirán ni un dólar de dinero público”, anunciando una batalla política.

Varios destacados dirigentes del Partido Demócrata han jurado que ofrecerán resistencia a Trump, entre ellos Harry Reid, el portavoz saliente del partido en el Senado, la senadora Elizabeth Warren, dirigente del ala izquierda, y, por supuesto, Bernie Sanders, quien se presentó a las primarias del Partido Demócrata como “socialista democrático” y llamó a realizar una “revolución política”. Warren declaró ante la prensa que “puedes agachar la cabeza, quejarte, arrugarte, emigrar a Canadá, o puedes plantarte y contraatacar, y esto es de lo que se trata”.

¿Encabezarán realmente los demócratas una respuesta combativa contra Trump? Después de todo, no tienen un brillante historial de resistencia a los republicanos, no en vano durante los últimos cuarenta años se han ido desplazando a la derecha junto con ellos. Los demócratas han acabado compartiendo la misma ideología neoliberal y el mismo compromiso de austeridad que los republicanos. El presidente Bill Clinton y su esposa Hillary han sido responsables de algunas de las peores leyes de bienestar social y de justicia y criminalidad, medidas que han afectado más duramente que a nadie a las comunidades negra y latina.

Mientras que la izquierda en sentido amplio tiende a inclinarse por la reforma del Partido Demócrata, en particular por la vía de las elecciones locales y estatales, la pequeña izquierda radical advierte de que no se puede confiar en los demócratas neoliberales. Todas las organizaciones de izquierda coinciden en la necesidad de resistir, pero está por ver si la izquierda es capaz de convertirse en fuerza dirigente de la resistencia a Trump. La cuestión fundamental es la construcción de una fuerza política independiente, idealmente un partido político independiente a partir de los movimientos de resistencia que están surgiendo. Mientras tanto, resistimos.

Dan La Botz es activista sindical y político, coeditor de la revista *New Politics* y participó en la campaña electoral de Bernie Sanders.

Traducción: *VIENTO SUR*

Entrevista a Joanna Misnik: “Las manifestaciones son una advertencia para Trump y sus comparsas”/1

Penny Duggan

Penny Duggan: Manifestaciones en todo el país tras unas elecciones presidenciales, eso es algo nuevo...

Joanna Misnik: La oleada espontánea de decenas de miles de personas manifestándose justo después de las elecciones era muy emocionante y se continúan organizando manifestaciones. Los jóvenes, una vez más, han sido los principales organizadores de estas acciones. En toda una serie de ciudades, miles de estudiantes de secundaria y de universidad han dejado sus clases para manifestarse contra el programa de Trump. Los muy jóvenes que eran tan numerosos en las calles son en parte una generación pos-Bernie, que llega a la política por primera vez. Entre la gente que se manifiesta hay toda la gama de militantes de los movimientos sociales, entre quienes están en particular los y las de *Black Lives Matter*, latinos, que demandaban justicia sobre la inmigración contra el proyecto de Trump de expulsar a tres millones de personas, y mujeres que salían a la calle por primera vez para defender el derecho al aborto contra los nuevos ataques de los republicanos.

Las manifestaciones son una advertencia para Trump y sus comparsas: encontrarán una resistencia, la izquierda no se ocultará y no ha sido abatida y aún menos derrotada. Como ocurre a menudo desde *Occupy*, estas acciones no estaban dirigidas por una organización o una coalición en particular. A pesar de la tentativa de algunos grupos revolucionarios de apropiárselas, son una vez más producto de la utilización de los medios sociales por todo tipo de individuos y de grupos. Facebook se está llenando ya de acciones diversas para el 20 de enero, el día en que Trump será oficialmente investido como presidente.

La sección del Movimiento Nacional para la Liberación de las Mujeres de Brooklyn (Nueva York) organiza reuniones mensuales que reúnen normalmente a una veintena de mujeres. Al día siguiente de la victoria de Trump, había tanta gente que han anunciado en su Facebook que iban a reservar un polideportivo. Miles

1/ Publicado originalmente en francés en *Hebdo L'Anticapitaliste*, n.º 360 (24/11/2016): <https://npa2009.org/actualite/international/usa-les-manifestations-sont-un-avertissement-pour-trump-et-ses-comparses>.

“La esperanza se encuentra en la contestación del 1% por el 99%.”

de personas han acudido, con gente en el exterior que no podía entrar. La marcha de un millón de mujeres prevista el 21 de enero ilustra claramente cómo avanzan las cosas. En cada Estado hay páginas de Facebook creadas por “organizadoras”. La marcha será un éxito pero ninguna organización o

coalición conocida hasta ahora es responsable de ella.

P. D.: ¿Cuál es la actitud del movimiento sindical?

J. M.: La mayor parte del movimiento no ha respondido al llamamiento en las primeras tentativas de resistencia. Desde hace decenios el movimiento obrero se considera como un socio menor y leal del Partido Demócrata, incluso cuando el partido asestaba golpes severos contra los y las asalariadas con su política neoliberal. Con solo el 11% de sindicatos, el movimiento obrero es cada vez más vulnerable a los inevitables ataques que se producirán bajo la administración derechista de Trump y el movimiento no está en absoluto preparado para hacer frente a este serio desafío.

Administraciones republicanas en 26 Estados han logrado votar una legislación conocida como “derecho a trabajar”. Con una mayoría republicana en las dos cámaras del Congreso y Trump en la presidencia, es probable que sea votada una ley republicana —la “ley por el derecho a trabajar”— que permitirá que el sector privado se libere de sindicatos eficaces. Nuevos nombramientos en los organismos gubernamentales que se ocupan del derecho del trabajo conducirán a retrocesos similares. Cuando la derecha sea mayoritaria en el Tribunal Supremo, se podría muy bien asistir a una avalancha de cuestionamientos del derecho a sindicarse. Privatizaciones cada vez más numerosas de los servicios públicos en los Estados y a nivel federal podrían laminar el movimiento sindical del sector público.

Es necesaria una transformación política profunda si el movimiento sindical quiere sobrevivir a la tempestad que viene. Sólo el 51% de los sindicatos han votado por Clinton, el porcentaje más bajo por una candidatura demócrata desde 1980, el año de la elección de Reagan. Decenas de miles de trabajadores y trabajadoras sindicadas que votaron por Obama en el pasado han votado por Trump esta vez. La popularidad del programa anticapitalista y socialdemócrata de Bernie Sanders entre los trabajadores y los sindicatos que se han organizado en “los trabajadores por Bernie” muestra el camino a seguir para la renovación política de la que tiene necesidad el movimiento obrero para los combates que se avecinan. Un nuevo intento de influir o de renovar un Partido Demócrata neoliberal no podrá más que hacer una estrategia muerta aún más mortífera. La esperanza se encuentra en la contestación del 1% por el 99% y en la solidaridad activa con los movimientos sociales que son atacados. Un ataque contra uno es un ataque contra todos.

P. D.: ¿Se puede imaginar una convergencia de los movimientos de la juventud, o que una parte del movimiento obrero se plantee la cuestión de un nuevo partido, como se planteó en los años 1930?

J. M.: Las manifestaciones han permitido mostrar la solidaridad y la resistencia. Pero el combate contra Trump y la derecha en el gobierno es un proceso a más largo plazo que necesita algo que va más allá de un trabajo en las redes sociales. Ese sería el papel de un tercer partido, un partido de izquierdas o un reagrupamiento por un nuevo partido en los Estados Unidos, o incluso un movimiento sindical redinamizado. El poder de los movimientos sociales, que no son actualmente muy potentes, será reforzado por un frente unificado de la izquierda.

El ejército de los partidarios de Bernie Sanders, entre ellos muchos jóvenes, ha sido globalmente dispersado cuando éste ha mantenido su promesa de trabajar por la elección de Clinton. Pero la revuelta alrededor de Bernie ha sido y sigue siendo la verdadera “revolución” en la vida política en los Estados Unidos. La movilidad social bloqueada para la juventud, en particular para la que viene de un medio obrero o inmigrante, es una realidad sociopolítica explosiva que no desaparecerá. Muchas de estas personas están actualmente en la calle. Mucha menos gente de entre 20 y 35 años ha votado a Clinton que a Obama. La desafección de una parte de ellos respecto a los dos grandes partidos capitalistas ha contribuido a que el voto por la candidata del Partido Verde, Jill Stein, supere un millón de votos. Pocos días después de la victoria de Trump, los Socialistas Democráticos de los Estados Unidos (es la respuesta de Google cuando se busca el término socialismo democrático en relación con Bernie Sanders) habrían recibido 2.000 demandas de afiliación.

Es poco probable que en EE UU un tercer partido político nacional emerja a corto o medio plazo. La conciencia de clase es verdaderamente muy débil y la desconfianza de la juventud de 20-30 años respecto a partidos y otras instituciones es fuerte. La idea de un partido así es más atractiva después de la lamentable derrota de Clinton y del Partido Demócrata neoliberal pero la izquierda revolucionaria, que es pequeña y está dividida, no podrá hacerla aparecer sencillamente explicando por qué es necesario. Sería preciso que verdaderas fuerzas sociales converjan en la acción para crear tal partido. Además, algunos autodenominados progresistas y radicales presentan una nueva variante de la argumentación para permanecer en el Partido Demócrata. Están de acuerdo en que es necesario un nuevo partido y en que los demócratas tal como son es algo acabado, a la vez que proponen transformar el Partido Demócrata en ese nuevo partido. Esto es el mismo juego cínico habitual. Los progresistas de los Estados Unidos saben muy bien que el Partido Demócrata no es un partido en el verdadero sentido del término y que es una institución totalmente sometida a los intereses capitalistas de los Estados Unidos. Contrariamente al Partido Laborista británico, por ejemplo, no hay verdaderas secciones locales ni ninguna

“LeftElect es esa red de rebeldes contra el duopolio.”

estructura de decisión en la que la base pudiera montar una revuelta.

A nivel municipal, por el contrario, son posibles campañas políticas locales con candidaturas independientes y pueden ser organizadas por la izquierda revolucionaria en alianza con los movimientos sociales, sindicatos, militantes y dirigentes locales del Partido Verde. Entre los ejemplos de este tipo de política local e independiente se encuentra la Alianza Progresiva de Richmond/² que ha arrancado el control del consejo municipal de esta ciudad californiana a la dominación de la sociedad petrolera Chevron, la 8.^a sociedad más importante del mundo. Una red nacional de iniciativas municipales para hacer política de otra forma y al margen de los dos grandes partidos ayudaría a dar una legitimidad a la construcción de una nueva voz política para los trabajadores. LeftElect/³ es esa red de rebeldes contra el duopolio. La segunda conferencia nacional de LeftElect tendrá lugar en Chicago en marzo de 2017. La colaboración nacional para desarrollar iniciativas políticas independientes es la mejor ocasión que hemos tenido desde hace decenios.

Joanna Misnik es militante de la organización anticapitalista estadounidense Solidarity. **Penny Duggan** es activista feminista, vinculada a la IV Internacional y al Instituto Internacional de Investigación y Formación (IIRE), radicado en Amsterdam.

Traducción: Faustino Eguberri para *VIENTO SUR*

^{2/} Véase: <http://portside.org/2013-09-16/communities-fight-community-control-over-corporate-power>.

^{3/} Véase: <https://leftelect.net>.

El Frente Nacional desde una perspectiva europea

Michael Löwy y Francis Sitel

¿Cómo interpretar el (resistible) ascenso del Frente Nacional en Francia y de la extrema derecha en Europa? ¿A qué tipo de fuerzas nos enfrentamos? ¿Cómo afrontar políticamente, y no en un plano simplemente moral, el peligro específico que representan?

I. El contexto europeo

Las elecciones europeas en Francia confirmaron una tendencia manifiesta desde hace varios años: el aumento de la audiencia del Frente Nacional (FN). No se trata de una especificidad francesa: en gran parte del continente europeo se constata el crecimiento espectacular de la extrema derecha. Se trata de un fenómeno sin precedentes desde la década de 1930. En muchos países, la derecha xenófoba ya ha obtenido entre el 10 y el 20 % de los votos a lo largo del último decenio. En 2014 alcanzó en tres países (Francia, Reino Unido y Dinamarca) del 25 al 30 % de los votos. Además, su influencia va más allá de su electorado propiamente dicho: sus ideas contaminan a la derecha “clásica” e incluso a una parte de la izquierda social-liberal. El caso francés es el más inquietante, pues registra un ascenso que supera las predicciones más pesimistas. Como escribió el periódico digital *Mediapart* en un reciente editorial: “Faltan cinco minutos para la medianoche”.

¿Es esta situación equiparable a la de Europa de la década de 1930? Sí y no. Es la primera vez desde aquel periodo que la extrema derecha alcanza este grado de influencia en la política europea. Pero la historia nunca se repite. Son varias las diferencias que distinguen la coyuntura actual de la del pasado. La más clara es que a partir de 1933 dos de los países más importantes de Europa, Italia y Alemania, tenían un régimen fascista totalitario. Por fortuna, esto hoy en día no se da. Otra diferencia importante es que los intereses actuales de la burguesía están vinculados masivamente a la globalización neoliberal y son hostiles al nacionalismo económico, que estaba en la base del proyecto fascista o semifascista.

Por otro lado, la izquierda antifascista —ya sea en su versión más radical, la de los marxistas y anarquistas, o en la de los más moderados, parlamentarios, integrada en el Frente Popular— era mucho más fuerte en la década de 1930 que en nuestros días. Otra diferencia es que, paradójicamente y en contraste con

“Son varias las diferencias que distinguen la coyuntura actual de la del pasado.”

la situación actual, la mayoría de los movimientos fascistas de los años treinta, con la notable excepción de Alemania (y en menor grado de Francia), no eran abiertamente racistas. Esto es cierto, al menos hasta 1938, en el caso de los movimientos dirigidos por Mussolini, Franco y Salazar en Italia, España y Portugal, respectivamente.

La extrema derecha europea actual es muy diversa, un espectro que va desde partidos abiertamente neonazis, como Amanecer Dorado en Grecia, hasta fuerzas burguesas perfectamente integradas en el juego político institucional, como el partido suizo Unión Democrática de Centro (UDC). Tienen en común su nacionalismo chovinista —de ahí su oposición a la globalización “cosmopolita” y a toda forma de unidad europea—, la xenofobia, el racismo, el odio a los inmigrantes y los gitanos (el pueblo más antiguo del continente), la islamofobia y el anticomunismo. Además, en su mayor parte, aunque no todos, defienden medidas autoritarias contra la “inseguridad” (habitualmente asociada a los inmigrantes) a base de un aumento de la represión policial y de las penas de cárcel, así como el restablecimiento de la pena de muerte. Esta orientación nacionalista reaccionaria viene acompañada en muchos casos de una retórica “social” en apoyo a la “gente corriente” y a la clase obrera nacional (blanca). En otros temas —por ejemplo, el neoliberalismo, la democracia parlamentaria, la homofobia, la misoginia o la laicidad—, estos movimientos están más divididos.

Muchos “expertos” y comentaristas mediáticos explican que el fascismo y el antifascismo son realidades que pertenecen al pasado. La realidad nos parece más compleja. Es cierto que actualmente no se ven partidos fascistas de masas comparables al NSDAP de la Alemania de los años 30. Sin embargo, en aquel entonces el fascismo no se limitaba a un único modelo: el franquismo español y el salazarismo portugués eran muy diferentes de los modelos italiano y alemán. Incluso partidos que se esforzaban por imitar al modelo alemán, como por ejemplo en Francia el Partido Popular Francés (PPF), fundado por Jacques Doriot en 1936 —organización claramente fascista que sería una de las principales fuerzas colaboracionistas bajo el régimen de Vichy—, difícilmente puede compararse con el NSDAP alemán. Sería un error decir que no existen actualmente partidos fascistas en Europa con el argumento de que no hay ningún equivalente al nacionalsocialismo de los años treinta.

Un intento de clasificación de la extrema derecha europea actual debería distinguir por lo menos tres tipos diferentes:

1. Partidos de carácter abiertamente fascista o neonazi: por ejemplo, en Grecia Amanecer Dorado, el Jobbik húngaro, el ucraniano Sector Derecha, el Partido Nacional Democrático en Alemania, así como otros partidos menos

fuertes y menos influyentes. También podríamos incluir en esta categoría la reciente y atípica creación francesa, nacionalsocialista y antisemita, llamada Reconciliación Nacional (Alain Soral).

2. Partidos semifascistas, es decir, partidos que tienen raíces fascistas y que incluyen fuertes componentes fascistas, pero que no pueden encuadrarse en el modelo fascista clásico. Es el caso, entre otros y con formas diferentes, del Frente Nacional en Francia, del Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) y del Interés Flamenco (Vlaams Belang) en Bélgica. Sus fundadores mantienen lazos estrechos con el fascismo histórico y varios de sus cuadros no ocultan su nostalgia por el pasado fascista. Sin embargo, sus direcciones actuales se esfuerzan por “modernizarlos” y ofrecer una imagen más “respetable”, por ejemplo, sustituyendo el antisemitismo por la islamofobia. Por distintas razones, de las que hablaremos más adelante, el concepto de “populismo” nos parece de hecho inadecuado para definir a estos partidos.
3. Partidos de extrema derecha que, sin tener orígenes fascistas, comparten su racismo, su xenofobia, su hostilidad hacia los inmigrantes y su islamofobia. Por ejemplo, en Italia la Liga del Norte, en Suiza la UDC, el británico UKIP (Partido por la Independencia del Reino Unido), el Partido de la Libertad de los Países Bajos, el Partido Progresista noruego, el partido de los Auténticos Finlandeses y el Partido del Pueblo danés. El Partido Sueco de los Demócratas representa un caso intermedio, con raíces claramente fascistas (incluso neonazis), pero se esfuerza desde la década de 1990 por presentar una imagen de sí mismo más “moderada”.

Como ocurre con cualquier tipología, la realidad es más compleja, y algunas de estas formaciones políticas parecen provenir de varios tipos diferentes. Conviene asimismo tener en cuenta que no se trata de estructuras estáticas, sino que estos partidos se hallan en constante fluctuación. Algunos de ellos parecen susceptibles de migrar de un tipo a otro. Hasta ahora solo existe un único ejemplo en Europa de un partido fascista que se transforma en un partido de derechas “normal”: la Alianza Nacional de Fini en Italia. No podemos descartar la posibilidad de que otros partidos similares emprendan la misma vía, pero de momento no hay signos de que ello esté sucediendo.

Aunque las ideologías de los partidos de extrema derecha presentan grandes similitudes, sus prácticas políticas no son homogéneas. Mientras algunos, como el FN francés, se presentan como “antisistema”, y permanecen hasta ahora fuera de las instituciones del poder, otros, como el FPÖ austriaco y la Liga Norte italiana, han participado en los últimos años en un gobierno. Los partidos de extrema derecha danés y neerlandés sostienen a sus respectivos gobiernos sin participar en ellos, mientras que la UDC suiza y el Partido Progresista noruego forman parte actualmente de sendas coaliciones gubernamentales.

Los partidos de extrema derecha de Europa oriental, en las anteriores “democracias populares”, como el Jobbik húngaro, el Partido de la Gran Rumanía y Atak en Bulgaria y otros partidos similares en las repúblicas bálticas, en Ucrania y en la antigua Yugoslavia, presentan rasgos comunes que los diferencian en mayor o menor grado de sus homólogos occidentales: a) su odio no se centra tanto en los inmigrantes extranjeros como en las minorías nacionales tradicionales: judíos y gitanos; b) bandas racistas violentas, directamente vinculadas a estos partidos o toleradas por ellos, agreden y en ocasiones matan a gitanos; c) rabiosamente anticomunistas, se consideran herederos de los movimientos nacionalistas y/o fascistas de los años 30, que en muchos casos colaboraron con el Tercer Reich. El estrepitoso fracaso de la llamada “transición” (al capitalismo), bajo la dirección de partidos liberales y/o socialdemócratas, creó las condiciones favorables para el ascenso de tendencias de extrema derecha (Vidal, 2012: pp. 129-148).

Más allá de sus cambios y su “modernización”, la extrema derecha constituye sin duda una amenaza real para la democracia. Uno de los argumentos utilizados para aseverar que ha cambiado y no tiene ya nada que ver con lo que fue el fascismo, es su aceptación de la democracia parlamentaria y la vía electoral al poder. Es cierto, pero no hay que olvidar que un tal Adolf Hitler fue elegido canciller alemán mediante un voto legal del Reichstag y que el mariscal Pétain fue ungido jefe del Estado por el parlamento francés. Si el FN accede al poder por la vía electoral —hipótesis que por desgracia no se puede descartar—, ¿qué quedará de la democracia en Francia?

¿Cómo explicar este éxito creciente de la extrema derecha? El primer elemento de explicación es el proceso de globalización neoliberal capitalista —que también es un proceso potente de homogeneización forzada— que produce y reproduce, a escala europea y planetaria, pánicos identitarios, la búsqueda obsesiva de orígenes y raíces, provocando expresiones peligrosas de chovinismo, y formas religiosas de nacionalismo que se nutren de conflictos étnicos y confesionales (Bensaïd, 2005).

Directamente asociado a este proceso de hegemonía mundial del capital financiero, interviene otro factor importante: la crisis económica que golpea a Europa desde 2008. Salvo en Grecia y España, ésta ha favorecido casi en todas partes más a la extrema derecha que a la izquierda radical. Y esto ocurre a diferencia de la situación europea de la década de 1930, donde en muchos países la izquierda antifascista progresaba paralelamente al fascismo, por mucho que las corrientes de extrema derecha se beneficiaran entonces, sin ninguna duda, de la crisis, particularmente en Francia. Sin embargo, este dato no lo explica todo: en España y Portugal, dos de los países más gravemente afectados por la crisis, la extrema derecha no deja de ser marginal. En Grecia, a pesar de Amanecer Dorado, que ha experimentado un crecimiento exponencial, la influencia de la extrema derecha es menor que la de Syriza, la coalición de la izquierda radical.

En Suiza y en Austria, dos países apenas afectados por la crisis, la extrema derecha racista obtiene a menudo más del 20 % de los votos. Una realidad que debería inducir el rechazo de explicaciones exclusivamente económicas que a menudo ofrece la izquierda.

Los factores históricos que sin duda han influido son: la larga tradición antisemita extendida en determinados países; la pervivencia de ciertas corrientes colaboracionistas de la Segunda Guerra Mundial; la cultura colonialista que sigue impregnando las actitudes y comportamientos mucho tiempo después de la descolonización, y no solamente en las potencias imperiales, sino en casi todos los países europeos. Todos estos factores intervienen en Francia y permiten explicar la fuerza del partido de Le Pen, pero son menos importantes en países que carecen de un pasado colonial o fascista, como Suiza.

La coyuntura internacional, en particular la de Oriente Medio, favorece asimismo esta evolución. La política colonial y expansionista del gobierno israelí alimenta un antisemitismo (especialmente entre los jóvenes musulmanes) que cuesta diferenciar del “antisionismo”, mientras que el terrorismo del Estado Islámico (EI) y otros yihadistas criminales alimenta la islamofobia, pretendidamente en nombre de la “laicidad”. Claro que el racismo y la xenofobia no se desarrollan en Europa a causa de Netanyahu o de Bin Laden, pero la extrema derecha manipula hábilmente los acontecimientos dramáticos de Oriente Medio para divulgar sus posiciones con éxito. Del mismo modo influyen a todas luces los ataques terroristas —como el asesinato de la redacción de la revista satírica *Charlie Hebdo*— que la extrema derecha utiliza como armas arrojadizas para promover la tesis de la “guerra de civilizaciones” que hay que lidiar contra los ciudadanos europeos musulmanes.

La izquierda en su conjunto, salvo algunas excepciones, ha subestimado gravemente el peligro. No ha visto llegar la marea parda ni la necesidad de tomar la iniciativa para lanzar una movilización antifascista. Para determinadas corrientes de la izquierda, que no veían en la extrema derecha más que un efecto inducido de la crisis y el paro, lo que hay que combatir son estas causas y no el fenómeno fascista como tal. Un razonamiento típicamente economicista que ha desarmado a la izquierda frente a la ofensiva ideológica racista, xenófoba y nacionalista de la extrema derecha.

Ningún grupo social está inmunizado frente a la peste parda. Las ideas de la extrema derecha, y en particular el racismo, han contaminado a una parte significativa, no solo de la pequeña burguesía y de los parados, sino también de la clase obrera y de la juventud. Esto es especialmente chocante en el caso de Francia. Dichas ideas no guardan relación con la realidad de la inmigración: el voto por el Frente Nacional, por ejemplo, es particularmente elevado en ciertas zonas rurales que jamás han visto un solo inmigrante. En cuanto a los gitanos, que recientemente han sido víctimas de una espeluznante campaña racista histórica, con la participación activa del entonces ministro del Interior,

“... la extrema derecha manipula hábilmente los acontecimientos dramáticos de Oriente Medio.”

el “socialista” Manuel Valls, su número no supera las 20.000 personas a toda Francia.

Los análisis “clásicos” del fascismo por parte de la izquierda lo consideran un instrumento del gran capital para aplastar la revolución y al movimiento obrero. Partiendo de esta premisa, hay quienes en la izquierda argumentan que el movi-

miento obrero actual está tan debilitado y la amenaza revolucionaria tan disipada que el gran capital no tiene interés alguno en apoyar a los movimientos de extrema derecha, por lo que el riesgo de una ofensiva parda no existe. Esto se basa una vez más en una lectura economicista que no tiene en cuenta la autonomía de este fenómeno político. Los electores pueden optar de hecho por un partido que no tiene el apoyo de la alta burguesía. Sobre todo, este argumento estrechamente económico parece ignorar que el gran capital puede acomodarse sin demasiados escrúpulos a toda clase de regímenes políticos.

No existen recetas mágicas para combatir a la extrema derecha. Hemos de inspirarnos, con la debida distancia crítica, en las tradiciones antifascistas del pasado, pero también debemos saber innovar para responder adecuadamente a las nuevas formas del fenómeno. Conviene combinar las iniciativas de base y de los movimientos sociopolíticos y culturales bien organizados y estructurados de manera unitaria, tanto a escala nacional como continental. A veces es posible recurrir al espíritu del “republicanismo”, pero ningún movimiento antifascista organizado podrá ser eficaz y creíble si no está dirigido por fuerzas ajenas al consenso neoliberal dominante. Esto implica la necesidad de un combate que no puede limitarse a las fronteras de un solo país, sino que debe organizarse a escala de toda Europa. La lucha contra el racismo, así como la solidaridad con sus víctimas, es una de las principales componentes de esta resistencia. Todavía no es demasiado tarde para frenar la “resistible ascensión de Arturo Ui” (para recordar la famosa obra antifascista de Bertolt Brecht).

II. El FN: los retos para la izquierda y para Francia

¿Qué decir del FN? Se impone electoralmente como uno de los principales partidos políticos franceses, hasta el punto de que tras las elecciones europeas de 2014 reclamó el título de “primer partido de Francia”. Es indudable que ha puesto fin al bipartidismo de la V República y establecido un tripartidismo del PS, la UMP y el FN... Sin embargo, se plantea la cuestión de si esta realidad electoral está en sintonía o no con lo que es la fuerza política y militante efectiva del FN, en función de un arraigo profundo en la sociedad que diera credibilidad a su posible acceso al poder. La situación es de alguna manera inversa a la de las extremas derechas francesas de la década de 1930. Nadie podía negar a las Ligas su capacidad de movilización ideológica y social, pero esta no le permitía gobernar más que en el caso improbable de un golpe de Estado antirrepublicano.

Si las discrepancias en torno a la caracterización de la naturaleza del FN vienen de antiguo y son numerosas, han aumentado desde el paso del testigo de Le Pen padre a su hija Marine. El propósito de esta última consiste en “desdemonizar” el FN, lo que le lleva a realizar reajustes ideológicos, rechazando el calificativo de extrema derecha (pretendiendo llevar a los tribunales a quienes lo utilicen) y promoviendo el nombre de “Agrupación Azul Marino” en detrimento del de FN.

Es importante estar atentos a las continuidades y los cambios que marcan la trayectoria del FN, fijarse en los meandros de una historia que conduce del pasado sulfuroso del padre a la reivindicación de “modernidad” de la hija, sin olvidar los vínculos de uno y otra con las diversas redes y grupos de la ultraderecha¹. Para ello conviene no hacer concesiones a las problemáticas que enmarcan los análisis en función de objetivos políticos más o menos asumidos. La historia debería habernos enseñado a todos que al igual que no se juega con el fuego, tampoco se juega con la extrema derecha.

El FN, una fuerza con raíces históricas

En la izquierda, en efecto, se ha tendido durante demasiado tiempo a subestimar e incluso menospreciar lo que es la fuerza de la derecha extremista y a pensar que el antifascismo, que ha dominado en la segunda mitad del siglo XX, la ha desacreditado definitivamente. De ahí el pasmo que se produjo cuando, a lo largo del año 2014, se vio la calle invadida por cientos de miles de manifestantes opuestos al “matrimonio para todos” e incluso la organización de una “jornada de ira” en cuyo transcurso se expresaron libremente consignas racistas y antisemitas. En cuanto a los éxitos electorales repetidos del FN, desorientan los análisis y la capacidad de reacción se halla paralizada por el sentimiento de que, dígame lo que se diga y hágase lo que se haga, nada puede detener su avance.

Este es un severo recordatorio de que por mucho que la extrema derecha sea compleja y dúctil, está profundamente arraigada en la sociedad francesa. Descalificada durante mucho tiempo por su colaboración con el ocupante nazi, a lo largo de los decenios posteriores no pudo desempeñar el papel que había asumido en la década de 1930. Pero no por ello dejó de existir, y las guerras coloniales, en particular la de Argelia, alimentaron un fortísimo racismo antiárabe y sembraron fermentos de guerra civil a raíz de la lucha violenta de la OAS por la “Argelia francesa”. Este periodo trágico —marcado por la retirada forzosa de Argelia de centenares de miles de *pieds noirs*, el abandono de los *harkis*, que habían servido de fuerzas supletorias del ejército francés, y la situación en que se sumió a los hijos de padres argelinos...— lo clausuró De Gaulle con la opción por una Argelia independiente y la inserción de Francia

¹/ Desde este punto de vista nos remitimos al libro de Valérie Igounet (2014).

en un intenso desarrollo de la economía capitalista moderna. Sin embargo, la conciencia colectiva está marcada por este pasado doloroso, lleno de rechazos y sobreentendidos y de los efectos de una larga historia colonial que alimenta no pocas frustraciones y resentimientos.

Estos se reactivan en el momento en que la crisis económica agrava un desempleo masivo y duradero, agranda las desigualdades sociales y alimenta las angustias colectivas. A diferencia de los periodos anteriores, el futuro parece taponado. La ideología del “declivismo” nutre la nostalgia de un pasado de grandeza en gran medida fantasmal y en todo caso ajeno al mundo contemporáneo. No obstante, el eco que encuentra demuestra que existe un terreno fértil para las políticas reaccionarias, por no decir las aventuras políticas que escapan del control de la razón democrática.

El FN se ha afirmado y construido sobre este trasfondo. Desde este punto de vista, el personaje Jean-Marie Le Pen resulta muy simbólico: oficial paracaidista en Argelia, acusado de haber practicado torturas allí, diputado “poujadista” (movimiento de revuelta de los pequeños comerciantes y artesanos frente a un desarrollo capitalista que los condenaba a desaparecer), antiguauillista y propenso a expresiones racistas y antisemitas, ha sabido acaparar una fortuna importante sin por ello dejar de proferir un verbo groseramente demagógico... Ahora bien, lejos de estancarse en antiguas trivialidades y en la repetición de los esquemas del pasado, el FN ha sabido adaptarse a un mundo en plena transformación y meterse en la estela de los cambios provocados por el neoliberalismo, la globalización capitalista y la unificación europea, para hacer las veces de contestatario. De este modo, sin renunciar a su propio pasado ni salir realmente de la nebulosa de las múltiples redes y grupos de extrema derecha más o menos fascistoides, ha logrado dar la sensación de que es portador de una oferta política nueva.

La dirección del FN consagra muchos esfuerzos a convencer a la gente de que este partido ha roto con ciertos excesos de su pasado, que hoy en día es una organización “respetable” con respecto a las exigencias de una vida política democrática y regulada. Ello no quita que regularmente queden nuevamente documentados sus lazos con círculos e individuos que llevan claramente la marca del fascismo^{2/}. La instalación del FN en la realidad política francesa, con un fuerte apoyo electoral y una potente aureola mediática, supone que ha logrado presentarse como portador de una protesta frente a los desastres del ultraliberalismo y de la crisis democrática que genera. Y por ello está en condiciones de beneficiarse de una verdadera dinámica electoral y política.

2/ Véase por ejemplo, en la web de *Mediapart* (5 de mayo de 2015), el artículo de Marie Turchi “Le salut fasciste de l’argentier de Marine Le Pen”, que ilustra afinidades entre determinados personajes próximos a Marine Le Pen y antiguos miembros del Groupe Union Défense (GUD) y otros extremistas.

Dos puntos de cristalización de la dinámica política del FN

La globalización de la economía capitalista y la unificación europea se producen bajo el imperativo neoliberal, y por ello ambos fenómenos pueden parecer concomitantes. Una conciencia colectiva reforzada por los discursos gubernamentales que justifican sistemáticamente los sacrificios y las regresiones infligidas a los trabajadores y a las poblaciones por las exigencias supuestamente impuestas por la burocracia de Bruselas, que a su vez responde a las necesidades de la competencia capitalista mundial. Así, es inevitable que de rebote se amplíen las oposiciones marcadas por el resentimiento nacionalista. Máxime cuando la derecha sarkozysta ha cultivado un discurso sobre la identidad francesa supuestamente amenazada, sin que se defina claramente dicha identidad francesa ni se precise la naturaleza de los peligros que aparentemente la amenazan.

Debido a que el movimiento obrero está debilitado y tiene dificultades para convencer a la sociedad de que existen respuestas anticapitalistas a la situación, el FN aparece como el único polo que ofrece una traducción política a estas reacciones. Esto le permite capitalizar electoralmente su fuerte aumento.

Hay un segundo factor que se combina con el anterior: estas políticas, que articulan el ultraliberalismo, la globalización capitalista y la unificación europea, se aplican en la Unión Europea alternativa o conjuntamente por obra de los partidos pilares de la política institucional, la socialdemocracia y la derecha conservadora. Situación agravada por la crisis capitalista, a la que las clases dirigentes responden acentuando la lógica ultraliberal alrededor de políticas de austeridad, la imposición de “reformas estructurales” que aplastan las conquistas sociales y comportan regresiones sociales y democráticas sustanciales.

En Francia, tras la victoria de François Hollande en 2012, el Partido Socialista optó por dar continuidad al sarkozysmo con una política que es menester calificar de derechista. No tiene nada de extraño, por tanto, que gane crédito la idea de que existe una “clase política” que manda sobre la economía, la política y los medios de comunicación, más apegada a sus propios privilegios que a los intereses del país, que se salta a la torera el eje izquierda-derecha y se ampara en diversas realidades supuestamente externas para imponer al pueblo el yugo de un sistema opresor y destructivo. El FN ha sabido ofrecer un asidero al resentimiento popular autocalificándose de enemigo de la “UMPS”, es decir, de la fusión en una misma realidad de la derecha y la izquierda, ambas al servicio de una política antipopular y anti francesa. En una palabra: ¡el sistema!

Sin duda, a los electores y simpatizantes del FN no les importa gran cosa la absoluta ambigüedad en torno a lo que podría ser la política efectiva de este partido si accede al gobierno. Desde este punto de vista, es significativo que en los sondeos de opinión la salida del euro, una medida estelar del programa del FN, no cuente con el apoyo mayoritario entre quienes se confiesan próximos

“Hoy, el FN plantea una ‘prioridad nacional’ y desarrolla una estigmatización que apunta contra los musulmanes.”

políticamente a este partido. Para ir más al fondo, cabría preguntarse por la naturaleza de la pretendida “política social” del FN una vez rebasada la fase de promesas gratuitas y de retórica vacía.

De hecho, la inclinación de la opinión a favor del FN traduce el rechazo, por no decir el asco, que generan los partidos que aparecen como responsables de todo lo que no va bien y encierra la

voluntad de sancionar a los políticos y las esferas de poder cuya arrogancia es equiparable a su impotencia para cambiar la situación. En suma, la papeleta de voto como arma para acabar con el sistema. Sobre todo, cuando las recientes elecciones han colocado al FN en el rango de un potencial “partido de gobierno”. Un dato nuevo que basta para angustiar a la llamada “clase política”. La concreción de la posibilidad de un gobierno del FN suscitaría sin duda nuevas reacciones y aceleraría el fenómeno de adhesiones de naturaleza distinta, pero hoy sus electores se felicitan de que se instale ese temor y consideran que, en cuanto a las consecuencias, habrá tiempo para considerarlo más adelante...

El FN y el “sistema”

Aunque ya sea “partido de gobierno”, el FN todavía está lejos de gobernar, pero progresa en esta penumbra que autoriza no pocas confusiones y plantea numerosas cuestiones espinosas. Frente a los llamados partidos del sistema, el FN se reivindica del pueblo. Un pueblo cuyo contorno dibuja con línea discontinua, de manera más o menos alusiva, y sobre todo en negativo: un pueblo del que se excluye a los “no nacionales”. Ayer aún se trataba de modo muy explícito de los inmigrantes, ocasionalmente tildados de ilegales. Todo quisque podía deducir que se refería a los inmigrantes magrebíes, especialmente argelinos, léase sus hijos (de nacionalidad francesa o de doble nacionalidad). El FN reivindicaba entonces la “preferencia nacional”. A la que se podía responder con la consigna de “primera, segunda, tercera generación, ¡todos somos hijos de inmigrantes!”.

Hoy, el FN plantea una “prioridad nacional” y desarrolla una estigmatización que apunta contra los musulmanes, en la medida en que son potenciales islamistas dedicados a “islamizar Francia” (este tema de la “islamización de Europa” lo desarrollan varios partidos de extrema derecha en diversos países europeos), incluso propensos a ceder al terrorismo... Pero también tiene en el punto de mira a los gitanos, más allá de la categoría indefinible de los migrantes que llaman a la puerta de Europa y a los que se acusa de querer beneficiarse de un sistema social que ponen en peligro y de pervertir la identidad nacional.

Todos estos temas se cocinan sin economizar amalgamas y confusiones, esforzándose por desbaratar la acusación de racismo abierto y al mismo tiempo remachando temas islamófobos que están en boga en Europa y generan réditos

electorales en la medida en que encuentran un eco en una sociedad socavada por la crisis y cada vez más huérfana de referencias. Máxime cuando alrededor del FN gravitan grupos abiertamente fascizantes de tipo “identitario” que, al no estar sujetos a los imperativos de “respetabilidad” del FN, pueden, en unos casos, dar rienda suelta a su antisemitismo desbocado (parapeto del grupo Dieudonné-Soral), en un intento de atraer a jóvenes poco sensibles a la diferencia entre la denuncia del poder israelí y el antisemitismo, y en otros casos hacer gala de su racismo antiárabe y antinegro.

El FN sabe captar estas malas pasiones políticas sin miedo a perder la coherencia, ya que son sus verdaderas posiciones de fondo. Ultraliberal ayer, ahora preconiza una política estatista y “social”. El patriarca Le Pen sigue flirteando con un antisemitismo que su hija pretende recusar. Uno y otra cultivan lazos poco confesables con Vladimir Putin o Bachar el Asad. “Feminista” y “laico” cuando hay que denunciar la amenaza islámica y amigo de los homosexuales para halagar a este electorado, muchos de los cuadros y dirigentes del FN hacen ostentación de su machismo, su homofobia y su afinidad con los medios católicos integristas... De este modo, demuestra una gran plasticidad ideológica que dificulta la caracterización precisa de su naturaleza. Por su parte rechaza todas las etiquetas que se le aplican y se dice “nacional”, “ni de derecha ni de izquierda”. Claro que los politólogos y adversarios políticos también tienen dificultades al respecto.

El FN, ¿a las puertas del poder?

La situación actual del FN es que se beneficia plenamente de una crisis política que sus propios éxitos electorales agravan cualitativamente, hasta el punto de que se encuentra hoy en condiciones de desestabilizar el sistema institucional de la V República.

A la inversa del Partido Socialista, que pierde vitalidad debido a su creciente divorcio de las clases populares, el FN ha fidelizado a su electorado popular, como demuestran todas las elecciones de los últimos años. Las recientes elecciones parciales revelaron que sufre menos que los demás partidos con la abstención y que sectores importantes de las clases populares que tradicionalmente votan a la derecha, aunque a veces también a los socialistas, votan por el FN en la segunda vuelta o incluso en la primera. Todas estas cosas hacen que en el plano electoral el FN pueda reivindicarse como el partido que obtiene más sufragios entre los obreros y empleados. Ni siquiera duda en dar la cabriola de proclamarse ¡“el primer partido obrero de Francia”! Sin dejarnos engañar por semejantes eslóganes, conviene calibrar bien la evolución de la audiencia del FN en los sectores populares y en la juventud, como muestran las encuestas posteriores a las últimas elecciones europeas^{3/}.

^{3/} En las elecciones europeas, el FN ha obtenido al parecer el 30 % de los votos de los menores de 35 años

Al otro lado del tablero, el FN amenaza con romper la UMP [el partido mayoritario de la derecha], pues exagera una contradicción insuperable, como ha demostrado la elección parcial de Doubs, entre dos imperativos: por un lado, el de no aliarse con el FN so pena de perder al electorado centrista, sin el cual no puede haber mayoría de derechas en una elección presidencial, y por otro, el de no privarse de un electorado frentista, sin el cual a menudo ya no es posible alcanzar una mayoría de derecha en cualquier elección (lo que en muchas ocasiones justifica acuerdos con el FN). De este modo, el FN está hoy en condiciones de trastocar el sistema de la V República impidiendo que funcione el bipartidismo PS/UMP y amenazando con invertir en beneficio suyo la regla del voto mayoritario a dos vueltas que hasta ahora lo marginaba totalmente.

Claro que el FN no carece de puntos débiles. Detrás del culto al jefe (o a la jefa), las divisiones internas parecen reales y abocadas a crecer a medida que avance en la vía del poder. Los ayuntamientos que ha conquistado son otros tantos escaparates de lo que es su verdadera política más allá de los discursos. De hecho, el FN se fortalece con las debilidades de sus competidores y adversarios. Cuanto más se enfrentan el PS y la UMP entre sí, por motivos diferentes y con dificultades crecientes, tanto más gana en potencial el FN. Situación que plantea problemas nuevos a las organizaciones antifascistas y antirracistas, que se enfrentan a retos inéditos. No cabe duda que el FN no se halla ante la puerta del poder, una puerta que no exigiría más que un ligero empujón adicional para ceder. Sin embargo, parece incontestable que está sólidamente instalado en el corazón del abanico político.

Peligro inminente: ¿qué hacer?

La gravedad de la amenaza que representa hoy en día el FN no es menor que la gran dificultad que tienen sus oponentes para definir la naturaleza exacta de dicha amenaza. De ahí esa “inquietante extrañeza” que señalan Luc Boltanski y Arnaud Esquerre: “Porque todo sucede como si cada uno notara perfectamente lo que está ocurriendo, pero a modo de una inquietante extrañeza, como después de un mal sueño, de un malestar que el retorno a las actividades acostumbradas bastaría para disipar” (Boltanski y Esquerre, 2014). Una situación peligrosa si perdura, máxime cuando el FN, además del fuerte aumento del voto a favor, se permite el lujo de mantener en sus márgenes una derecha más extrema (los acalorados del “día de la ira” y el movimiento de los Identitarios, habituado al uso de la violencia...).

Ante esta marea electoral que nadie sabe cómo detener y ni siquiera explicar de verdad, aparecen los signos de una deriva pánica en el conjunto del mundo

(es decir, 5 puntos más que su resultado nacional medio). Y entre los votantes, el 38 % de los empleados y el 43 % de los obreros votaron por lo visto al FN (mientras que tan solo el 8 % de los obreros y el 16 % de los empleados dieron su voto al PS). Véase *Le Monde* del 25 de mayo de 2014.

político: deslizamiento a la derecha de ciertos sectores conservadores, incluso de la izquierda gubernamental, que creen que limitarán el ascenso si lo acompañan. Y en el seno de las fuerzas que se reclaman del combate antifascista aparecen divisiones que a veces parecen descontroladas/⁴. En suma, una especie de sálvese quien pueda que tiende a precipitar el desastre que se desea impedir. Esta confusión es fruto, en la UMP, de una radicalización derechista de una parte importante de este partido, y en la izquierda, de la incapacidad y de la renuncia a proponer una política que responda a los intereses de las clases populares, en términos de resolución de las cuestiones sociales y de avances democráticos. Así como de un desconcierto ideológico que mina el conjunto del terreno político.

Numerosos comentaristas políticos acaban de validar el tema de la “desdemonización” que constituye supuestamente el gran logro de Marine Le Pen desde que tomó las riendas del FN. El término, que se impone en los análisis desarrollados por Pierre-André Taguieff (2014), es todo menos inocente. No se trata únicamente de tomar nota de que la denuncia del FN ha chocado con los límites de su eficacia, sino de inculcar la idea de que dicha denuncia es fruto de una política equivocada: la incapacidad para poner coto al ascenso electoral del FN remite a la ¡irresponsabilidad de sus oponentes! Semejante empresa de interiorización del problema planteado, léase de culpabilización de las fuerzas progresistas, viene acompañada del desarrollo de tesis que dan pie al debate.

En primer lugar, la tesis de que la fuerza política del FN se deriva de una supuesta victoria en el plano ideológico. ¿Podemos decir que la extrema derecha ejerce la hegemonía cultural sobre la sociedad, que ha logrado imponer un marco “metadiscursivo” al discurso político dominante? Es la hipótesis que avanzan algunos observadores, como Frédéric Neyrat (2014). Una hipótesis que parece cuanto menos excesiva, por mucho que haya que reconocer, junto con Luc Boltanski y Arnaud Esquerre, que la extrema derecha influye en los modos ordinarios de pensar, hablar y escribir, el “esto se sobreentiende” de una opinión razonable y de cierto “sentido común”.

Otra tesis dice que el actual FN representa, en comparación con lo que fue anteriormente, una realidad completamente nueva. El empleo por algunos investigadores del término “posfascismo” para calificar al FN (o sus equivalentes europeos) parece discutible. El prefijo “pos” (por ejemplo en “posmodernidad”) tiene dos significados corrientes: la superación de una época histórica y la ruptura con un modo de pensar. En el caso del FN, “posfascismo” evoca implícita o explícitamente dos hipótesis que parecen falsas.

La primera es que el fascismo es una época histórica superada, por lo que el FN se situaría en un periodo posterior. Es, por ejemplo, lo que afirma el

⁴/ Así, han aparecido fuertes divisiones en el seno de las fuerzas de izquierda y de izquierda radical en torno a la cuestión de preconizar o no la salida del euro, así como en el terreno del antirracismo, que indican que estas fuerzas no se salvan de la turbación que provoca la dificultad para frenar el avance del FN.

“... la fuerza adquirida por el FN da pie a provocar su banalización.”

investigador Jean-Philippe Milet (cuyos trabajos son interesantes): “*El FN es posterior al fascismo, su reformismo es posfascista, es de después del fascismo*” (cursivas del autor). Sin embargo, el fascismo no es una época (pretérita), sino una forma de organización y de ideología política que

se ha manifestado con formas diversas y en momentos diferentes bastante después del final del Tercer Reich.

En segundo lugar, la idea de que el FN, por sus planteamientos y sus prácticas, ha realizado una ruptura con el fascismo, constituye una hipótesis muy arriesgada, que no tiene en cuenta los importantísimos elementos de continuidad entre el lepenismo y su matriz fascista (petainista). También en la medida en que puede ser el laboratorio en cuyo interior maduran los componentes de un fascismo adaptado a las realidades contemporáneas.

¿Populismo?

La confusión de referencias y la difuminación de la separación entre izquierda y derecha vienen facilitadas y agravadas por el uso bastante extendido de la noción de “populismo”. En América Latina, durante el periodo que va de la década de 1930 a la de 1960, el término “populismo” correspondía a una realidad específica: gobiernos nacionales populares o movimientos aglutinados en torno a figuras carismáticas —Vargas, Perón, Cárdenas— que gozaban de un importante respaldo popular y desarrollaban una retórica antiimperialista.

Ahora bien, el uso que se hace hoy en día de este término en Francia y en Europa es vago e impreciso. Así, con respecto al FN, P.-A. Taguieff define el populismo como “un estilo retórico que se relaciona directamente con la apelación al pueblo” (1997). Otros politólogos califican de populismo “una posición política que se sitúa del lado del pueblo contra las elites”: una caracterización que podría aplicarse a casi todos los partidos y movimientos. Cuando se aplica al FN (o a otros partidos europeos de extrema derecha), este pseudoconcepto se convierte en un eufemismo engañoso que permite, deliberadamente o no, legitimarlos, hacer que sean más aceptables, incluso atractivos, porque ¿quién se niega a estar por los pobres contra las elites? También contribuye a soslayar los términos molestos de racismo, xenofobia, fascismo o extrema derecha⁵.

En Francia y en Europa, la palabra populismo también la utilizan deliberadamente algunos ideólogos y medios de comunicación como instrumento de mixtificación que permite realizar una amalgama entre la extrema derecha y la izquierda radical, como por ejemplo el Frente de Izquierda (FG). Tratan de equiparar el populismo de derecha y el populismo de izquierda, so pretexto de que ambos se oponen a las políticas neoliberales y a la construcción europea...

5/ Véase el interesante libro de Annie Collovald (2004: pp. 53, 113).

Jean-Yves Camus explicó en su día que partidos como el FN podían calificarse de populistas en la medida en que “pretenden sustituir la democracia representativa por una democracia directa” y oponen el “sentido común popular” a las “elites pervertidas”. No se trata de un argumento pertinente, ya que la defensa de la democracia directa y la crítica de la representación parlamentaria y de las elites políticas se atribuyen más bien a las corrientes anarquistas y de extrema izquierda que no a la extrema derecha, cuyo proyecto político pone el acento en el autoritarismo. Posteriormente, J.-Y. Camus, uno de los mejores especialistas sobre la extrema derecha francesa y europea, ha corregido por fortuna este punto de vista, aduciendo que en 2014 conviene evitar el uso del término “populismo”, ya que se emplea

con vistas a desacreditar y criticar el consenso en torno a la ideología liberal, la bipolarización del debate político europeo entre liberales conservadores y socialdemócratas, y la expresión en las urnas de un sentimiento popular de desconfianza hacia los disfuncionamientos de la democracia representativa (Camus, 2014).

El FN y su diferencia

Algunas de estas teorizaciones comportan el riesgo de justificar la renuncia al combate frontal contra el FN y a la denuncia intransigente de su política. Esto se basa en la idea de que, frente al FN, hay que partir de bases totalmente nuevas e inventar respuestas inéditas. A lo que se añade el riesgo insidioso de que, para definir estas respuestas, conviene tener en cuenta lo que dice el propio FN, o sea, aquello que defiende. De alguna manera equivale a recurrir a la vieja fórmula tramposa según la cual el FN formula las preguntas correctas a las que da respuestas incorrectas.

Más que hablar de “desdemonización” del FN (lo que postula que hasta ahora lo habrían “demonizado”), hay que constatar una realidad desgraciada: la fuerza adquirida por el FN da pie a provocar su banalización. Así, lo que perturba al mundo político es saber si hay que considerar que el FN es un partido como los demás. Los partidos institucionales se agarran (¿todavía?) a la afirmación de que no es este el caso, pero la línea divisoria entre legitimidad republicana y exterioridad con respecto a la misma es difícil de trazar claramente, teniendo en cuenta lo que son las políticas de la UMP y del PS y las dudas que caben en cuanto a su propia fidelidad real a los valores fundacionales de la República. De ahí el agotamiento de la invocación del “frente republicano”, sobre todo cuando hay que convencer de su validez sin olvidar que un cuarto del electorado vota al FN.

También cabe señalar que el FN está en condiciones de revertir en beneficio propio la fórmula que pretende denunciarlo, porque justamente él mismo dice que no es un partido como los demás, es decir, se presenta como “diferente” (de la “UMPS” y del sistema). Finalmente, cabe interrogarse sobre lo que puede ser la recepción en una buena parte del electorado que ya está o todavía no

está ganada para el voto por el FN, de esta idea: ¿acaso la gran fuerza del FN no reside en el hecho de que la gente lo percibe como un partido que, a pesar o gracias a su diferencia, deba compararse actualmente con los demás partidos? Y con respecto al cual los juicios varían: puede que sea un poco peor que los demás, puede que no... ¿Acaso no vemos que cada vez más electores estiman que es el único de los grandes partidos que no ha gobernado, y que tal vez valga la pena hacer la experiencia?

Rechazar el riesgo de lo peor

La especificidad del FN estriba en que una victoria electoral que le entregue las llaves del poder comportaría inevitablemente —más allá de la teorización de unos y otros, incluso de las suyas propias— un vuelco del sistema político y sin duda de la sociedad. Las repercusiones del mismo serían importantes e irreversibles, en el sentido de que semejante conmoción haría estallar la carga antidemocrática de la que el FN es portador y que hasta ahora permanece contenida debido a los imperativos de una vida política que lo minoriza y limita su autoridad a lo que es la fuerza relativa de un voto contestatario.

La energía liberada de este modo sería la del rechazo de quienes se ven estigmatizados como los “otros” por no conformarse a un modelo que entonces se vería legitimado por un voto mayoritario y que ya solo habría que imponer a la sociedad. ¿Quiénes son esos “otros”? Los inmigrantes, los musulmanes reales o supuestos, así como los y las homosexuales, las mujeres liberadas, los judíos... Mientras que las promesas de contenido “social”, en los ámbitos relativos al empleo y las condiciones de vida, no podrían concretarse de ningún modo ni retomarse en la sociedad por fuerzas militantes y sociales, podría no ocurrir lo mismo con las relativas a la seguridad y a la hostilidad frente a determinados grupos sociales. Cabría temer una vorágine de nacionalismo y de racismo.

Ahora mismo ya se puede constatar hasta qué punto la muralla de los valores republicanos se ha fragilizado, por no decir agrietado. Síntomas de ello son la capacidad del FN de manipular las referencias al laicismo, a la igualdad entre hombres y mujeres, a la solidaridad nacional, para ponerlos al servicio de su propaganda contra los y las musulmanas, del racismo hacia ciertos grupos depauperados y de una ideología profundamente contraria a la igualdad, autoritaria y de división de la sociedad.

Para hacer retroceder al FN hace falta una política que restaure las referencias democráticas, los valores de solidaridad, y plantee una perspectiva clasista y un horizonte internacionalista y socialista. El FN prospera en medio del desmoronamiento de la conciencia colectiva de la división social entre explotados y explotadores, sustituyéndola por una oposición de tipo étnico-cultural entre un “nosotros” y los “otros”, un “nosotros” indefinido que se entiende como una referencia a los

“nacionales”, a los “auténticos franceses”, portadores de una identidad nacional que considera amenazada por esos “otros” de características múltiples...

Esta siniestra perspectiva no tiene nada que ver con la realidad profunda de la sociedad francesa, como confirmaron los acontecimientos que marcaron la secuencia del 7 al 11 de enero de 2015. Al margen de las operaciones del poder político para instrumentalizar la emoción colectiva en beneficio de sus propios intereses políticos, la poderosa movilización popular que desencadenaron dio a luz a un movimiento de solidaridad que permitió mantener a distancia las reacciones de hostilidad frente a los musulmanes y tomar conciencia de los peligros que amenazan a los judíos y de los riesgos de fractura de la sociedad.

Este potencial democrático representa una esperanza que es preciso cultivar, ya que encierra la respuesta efectiva a la amenaza que supone la extrema derecha en Francia y en Europa. Esto implica dotarla de una dinámica de clase, la de la unidad de los explotados y dominados, encaminada a poner en práctica una política que demuestre que es posible avanzar hacia una mayor igualdad, dignidad y justicia, para todas y todos, y por tanto en primer lugar para aquellas y aquellos que se hallan hoy más privados de ellas. El FN se nutre de las malas pasiones y de los resentimientos de una sociedad en crisis, que ya no ve qué futuro mejor es capaz de construir. Para oponerse seriamente a su progresión es necesario reabrir esta perspectiva.

Michael Löwy es sociólogo y filósofo. **Francis Sitel** es codirector de la revista *Contretemps*.

Traducción: VIENTO SUR

Referencias

- Bensaïd, D. (2005) *Fragments mécréants. Mythes identitaires et République imaginaire*. París: Lignes, passim.
- Boltanski, L. y Esquerre, A. (2014) *Vers l'extrême. Extension des domaines de la droite*. París: éditions Dehors.
- Camus, J.-Y. (2014) “Extrêmes droites mutantes en Europe”. *Le Monde Diplomatique*, marzo, pp. 18-19.
- Collovald, A. (2004) *Le “populisme du Front national”, un dangereux contresens*. Broissieux: Éditions du Croquant, collection “Raisons d’agir”.
- Igounet, V. (2014) *Le Front national. De 1972 à nos jours, le parti, les hommes, les idées*. París: Fayard.
- Milet, J.-P. *L'extrême droite pour tous*. Lignes, p. 55.
- Neyrat, F. (2014) “Une hégémonie d’extrême droite”. *Lignes*, n.º 45, octubre, p. 30.
- Taguieff, P.-A. (1997) “Le populisme et la science politique”. *Vingtième siècle*, 1997, p. 8.
- (2014) *Du diable en politique. Réflexions sur l’antilepénisme en politique*. París: CNRS éditions.
- Turchi, M. (2015) “Le salut fasciste de l’argentier de Marine Le Pen”. *Mediapart*, 5/5/2015.
- Vidal, D. (2012) *Le ventre est encore fécond. Les nouvelles extrêmes droites européennes*. París: Libertalia.



El desafío zapatista

Arturo Anguiano

El apremio y la contundencia parecen definir al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) desde el 21 de diciembre de 2012, cuando más de cuarenta mil bases de apoyo zapatistas irrumpieron como arroyos turbulentos, pero simbólicamente silenciosos, en las plazas públicas de cinco cabeceras municipales del estado de Chiapas, en México. En esa fecha simbólica para el tiempo maya, que concluía un largo ciclo pretendidamente cargado de presagios, parece que recomienza al menos un nuevo ciclo de un zapatismo tan ninguneado por el poder como renovado, rejuvenecido y consolidado: “¿Escucharon? Es el sonido de su mundo derrumbándose. Es el nuestro resurgiendo...”, fue el mensaje que acompañó esa movilización sin precedentes, suscrito por el Subcomandante Insurgente Marcos.

Han transcurrido desde entonces casi cuatro años de una actividad febril que mostró que lo que se quiso reducir a una recurrencia inesperada y oportunista (por el regreso de un nuevo gobierno del viejo Partido Revolucionario Institucional, PRI) de un zapatismo *invisibilizado*, venido a menos, acorralado, en realidad sólo era una reafirmación de la *persistencia duradera* de un proyecto político de fondo que de nuevo cimbra y estremece hoy la esfera pública mexicana (y no sólo) con su decisión de proponer —junto con el Congreso Nacional Indígena (CNI)— la discusión en pueblos y comunidades de la candidatura independiente a la Presidencia de la República de una mujer indígena rebelde que represente a un *consejo indígena de gobierno*.

El nuevo mundo que el EZLN procura no ha dejado de avanzar y consolidarse a contracorriente y bajo el asedio y las agresiones estatales que no cesan luego de la contrarreforma indígena de 2001. Desde entonces, lo que pareció un repliegue silencioso de los zapatistas en verdad se convirtió en el levantamiento armado en los hechos de su autonomía, con la improvisación de nuevas relaciones sociales igualitarias, la invención de condiciones materiales labradas en la resistencia y la creación del autogobierno de pueblos y comunidades. No dejaron de madurar sus decisiones políticas e irrumpir estruendosamente en el ajeno y monopolizado terreno de la política nacional, con iniciativas como *La Otra Campaña* (guiada por una política de base autogestionaria) que resultó de un balance de su trayectoria y del contexto cambiante, comunicado en la *Sexta declaración de la Selva Lacandona* de mediados de 2005 y que llevó a buena parte de la dirección zapatista a recorrer y reencontrarse con pueblos y comunidades de todo México. Si bien en 2007 hubo de replegarse ante los renovados

“El nuevo mundo que el EZLN procura no ha dejado de avanzar y consolidarse a contracorriente.”

aires de guerra de un gobierno (encabezado por Felipe Calderón, del conservador Partido Acción Nacional, PAN) que se caracterizaría por la criminalidad (la guerra contra el narcotráfico) y la criminalización de lo social.

Los zapatistas lograron sobrevivir con la resistencia, la rebeldía y la autonomía al acoso estatal y la guerra de baja intensidad, al ninguneo mediático (ni te veo ni te oigo, ya no existes), pero también lograron recrear su vida colectiva organizada mediante mejores condiciones de salud, de educación y bienestar, sin necesidad del asistencialismo estatal que rechazan con energía. Muchas veces el silencio que lo ha significado no era tal, la ausencia de declaraciones de la comandancia del EZLN (notable sobre todo por la —a veces larga— falta de comunicados del subcomandante Marcos) era reemplazada por el continuo concierto de voces de los pueblos indios que denunciaban los hostigamientos y despojos criminales de gobiernos y partidos de toda laya, pero que igualmente invitaban a los pueblos originarios de México y a los pueblos del mundo para compartir sus experiencias, explicarles su autogobierno, los esfuerzos en la educación y en la salud autónomas, así como en el tejido de una original economía de la resistencia, con sus trabajos colectivos e individuales. Con la Escuelita y su curso *La libertad según l@s zapatistas*, eso es lo que las bases rebeldes enseñaron en 2013 a cerca de tres mil invitados de México y del mundo, a quienes con una movilización intensa y masiva les abrieron de par en par sus comunidades, los convidaron a sus hogares y a compartir la vida colectiva cotidiana. Los invitados pudieron comprobar sobre el terreno la diferencia alcanzada por la organización y la resistencia colectivas, y las “filtraciones” en los medios hicieron que hasta los más recalcitrantes antizapatistas —como *El Universal* de México y *El País* del Estado español— se resignaran a publicar reportajes que dieron cuenta de progresos efectivos en las comunidades rebeldes que se empeñaban en negar en el 20° aniversario del inusitado amanecer del 1 de enero.

Pero los zapatistas no se conforman con sus avances (lo cual es reprochado por cierta intelectualidad) ni se consideran una isla o zona liberada en el marasmo de un país devastado por la prepotencia y la voracidad de los de arriba sino que se asumen solamente como territorios rebeldes, siempre amenazados por un capitalismo enloquecido que no sólo asola a México sino al planeta todo. Por eso insisten una y otra vez “que falta lo que falta” y saben que si pueden perdurar es resistiendo en forma permanente, sin descansos, ampliando la resistencia a todos los lugares y entre todos los oprimidos que no se resignan a la explotación, el despojo, la destrucción, el desprecio y se rebelan de mil maneras contra el capitalismo que potencia esos males en su etapa neoliberal. Por eso, si bien dieron por concluida La Otra Campaña que había quedado

en el limbo, los zapatistas reafirman a la Sexta nacional e internacional como una posibilidad de impulsar la organización y la resistencia, de abrir *grietas* en el encinto fortificado del capitalismo. No dejan de tender puentes y lanzar apremiantes llamados de alarma ante las poderosas inercias prácticas y teóricas que debilitan las luchas y resistencias de los oprimidos, primero que nada por la ceguera que acarrea un pensamiento desprovisto de su filo crítico y, por lo mismo, incapaz de percibir y discernir los cambios en la realidad de un capitalismo mundializado que prosigue transformándose, inventando para reproducirse nuevas formas de explotación y dominación de sociedades que tampoco cesan de cambiar.

Las iniciativas del EZLN para proseguir la resistencia contra el despojo capitalista y por el reconocimiento de los derechos y la cultura indígena se trastocaron en 2014, ante el asesinato en La Realidad del maestro zapatista José Luis Solís López, compañero *Galeano*, por parte de paramilitares de la llamada Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC-Histórica) vinculada al PRD. Pero luego del Festival Mundial de las Resistencias y Rebeldías contra el Capitalismo (la Digna Rabia), efectuado en diciembre de ese año en torno a los 43 estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa, desaparecidos por el Estado el 26 de septiembre, el Subcomandante Insurgente Moisés concluyó su discurso por el “21° aniversario del inicio de la guerra contra el olvido”, reivindicando el pensamiento crítico, antidogmático, como “necesario para la lucha” y a poco convocaron a la realización del seminario “El pensamiento crítico frente a la Hidra capitalista”, que se llevó a cabo en mayo de 2015 en el Caracol de Oventik y en la Universidad de la Tierra de San Cristóbal de las Casas.

El EZLN argumentó y reforzó entonces su mensaje de urgencia en el que no había dejado de insistir desde el *13 Baktun* maya, cuando se movilizaron como nunca. Asumiendo el papel del centinela, los zapatistas advirtieron sobre la tormenta que avisan por las contradicciones y secuelas de la crisis mundial capitalista y la catástrofe que conlleva para la humanidad. Teorizaron y propugnaron la necesidad del pensamiento crítico para el análisis de los cambios de la realidad planetaria y de México, como *condición* para la reorganización de la resistencia y la lucha en colectivo de las y los oprimidos todos, todas, y no sólo de los pueblos originarios atacados desde siempre —pero con renovados métodos— por las grandes empresas y las oligarquías financiera y estatal que garantizan el dominio y apaciguamiento de las sociedades. El seminario fue ocasión de debates y presentaciones de un pensamiento zapatista que ha madurado al calor de ricas y variadas experiencias colectivas a lo largo de cerca de treinta años y que formula claramente un *proyecto anticapitalista alternativo* (autogestionario, igualitario y autónomo), sin precedentes en un país donde la izquierda se diluyó desde 1988 en el nacionalismo populista (el neocardenismo que luego degenera en el asistencialismo conservador obradorista) y que en su

pragmatismo se acomoda a un neoliberalismo y un régimen autoritario ante el cual sólo opone matices y estilos de gobierno¹. Los zapatistas reafirmaron la teoría como condición de la práctica política, como resultado del indispensable estudio y análisis de los procesos objetivos de la realidad compleja, pero igualmente de su imprescindible inmersión en el terreno de las prácticas colectivas, de la resistencia imaginativa y la construcción creativa de formas de organización, de formas de vida social y de invención de procesos políticos autónomos dirigidos a destruir-construir el mundo a partir de la transformación de este.

Una verdadera cruzada impulsaron los zapatistas para hacer brotar y reproducir por todas partes semilleros de ideas, de pensamiento crítico que busca sensibilizar, alertar, convencer, sobre la gravedad de la catástrofe que parece no verse a pesar de sus inquietantes, frecuentes y desastrosas manifestaciones, prácticamente en todos los terrenos. Sobre todo, insistieron en que ese pensamiento crítico, esas armas teóricas necesarias, solamente se pueden alcanzar por medio de la organización y participación de carácter colectivo.

En este contexto se desarrolla en San Cristóbal de las Casas y en el Caracol de Oventik el V Congreso Nacional Indígena que precisamente celebra el vigésimo aniversario de su creación a iniciativa del EZLN. La preocupación y el apremio zapatista por la catástrofe que se avecina (visible por lo demás por todas partes y desde hace tiempo) animan los debates del congreso que documenta con sus intercambios la “agudización del despojo y la destrucción”, ofensiva que “no cesará hasta haber acabado con el último rastro de lo que somos como pueblos del campo y la ciudad, portadores de profundos descontentos que brotan también en nuevas, diversas y creativas formas de resistencia y de rebeldías”. De este modo, su propuesta de discutir y resolver en las comunidades y pueblos sobre la posible participación en las próximas elecciones presidenciales con una candidatura independiente, revela el propósito de “desmontar desde abajo el poder que arriba nos imponen y que nos ofrece un panorama de muerte, violencia, despojo y destrucción”.

Lanzan así un nuevo *desafío* al poder y a sus beneficiarios y servidores con el fin de potenciar la resistencia colectiva para “detener la tempestad y la ofensiva capitalista que no cesa sino que se vuelve cada día más agresiva y se ha convertido en una amenaza civilizatoria”. El 11 de octubre, en la inauguración de los trabajos del CNI, el Subcomandante Insurgente Moisés había concluido su discurso profetizando: “ahora es la hora de que estos suelos vuelvan a ser sembrados con el paso de los pueblos originarios [...] Ahora es la hora de recordar al mandón, a sus capataces y mayores, quiénes parieron esta nación, quiénes hacen andar las máquinas, quiénes crean los alimentos de

1/ Tres tomos se reunieron con las ponencias de los participantes de diversas latitudes, el primero de los cuales sistematiza y sintetiza el aporte zapatista: *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista*. I. Participación de la Comisión Sexta del EZLN, Sin pie de imprenta, México, 2015.

la tierra, quiénes erigen las construcciones, quiénes abren los caminos, quiénes reivindicar las ciencias y las artes, quiénes imaginan y luchan un mundo tan grande donde siempre haya un lugar donde encontrar el alimento, el cobijo y la esperanza [...] Ahora es la hora del Congreso Nacional Indígena. Que a su paso retiemble en su centro la tierra [...] Que con su desafío se asombre de nuevo el mundo”.

En efecto, la propuesta llevada a debate por parte del CNI-EZLN, la que habrá de resolverse a finales del 2016 y comunicarse el 1 de enero en Oventik por parte de la plenaria del Congreso Nacional Indígena, es una nueva irrupción en el tablero y el terreno de la política de arriba que viene a cimbrar y desordenar el juego de la clase política y de la oligarquía del dinero. Significa aprovechar la tormenta en curso y los vientos huracanados que acarrea con toda su senda de destrucción, explotación, despojo y desprecio, para buscar renovar desde abajo sus aires, darle la vuelta a la devastación que generan en el medio y la vida de las comunidades y pueblos, agrandar la grieta en los muros del capital y aprovechar su energía para avanzar en la reconstrucción abajo, con las resistencias colectivas y la rebeldía intansigente de todos los oprimidos y amenazados por el sistema capitalista y el régimen antidemocrático. Representa un nuevo e imaginativo (como inesperado) paso para articular no sólo los dolores y agravios sino las demandas, experiencias de los pueblos originarios junto con todos los otros y muy variados núcleos sociales explotados y oprimidos (trabajadores formales e informales, urbanos y rurales, campesinos, mujeres, jóvenes, etcétera), a fin de *salir de la defensiva* y reforzar, expandir, anudar con firmeza, la lucha organizada y duradera contra la hidra capitalista y sus innumerables servidores. No se trata de repetir La Otra Campaña de 2006-2007, sino hacer otra cosa aprovechando incluso algunos de los conductos institucionales *sólo para desbordarlos*, potenciando y socializando en la nación las propuestas, la lógica y los objetivos de fondo que fortalezcan a la izquierda anticapitalista al tiempo que posibiliten el combate y debilitamiento de quienes arriba se afanan por destruir a la madre tierra y al planeta todo, al menos en nuestro espacio nacional.

No han faltado argumentos en contra de la propuesta del CNI-EZLN incluso entre las filas de sus partidarios. Tienen que ver con la dificultad que pudiera existir para comprenderse lo que aparece a primera vista como un viraje político importante, esto es, la intervención en el proceso institucional de la política estatal más importante: la elección presidencial en un país caracterizado por la ausencia de procesos democráticos claros e intachables. La no participación en esos procesos electorales ha llevado a muchos y muchas a considerar que el zapatismo está en contra de ellos o que incluso ha llamado a la abstención o el voto nulo, lo que sin embargo es falso, si bien deliberadamente propagado como ataque por la izquierda de arriba, real o autonombra. La otra política y la autonomía podrían haber sido entendidas no sólo como irreductibles

“... los zapatistas no se conforman con sus avances ni se consideran una isla.”

sino como antagónicas e incompatibles a la política estatal, y por lo mismo ámbitos factibles de contaminarse y ser asimilados. Incursionar, por consecuencia, en el terreno de la política de arriba que caracteriza a las campañas y procesos electorales podría ser entendido como extraviarse

en su lógica institucional y mercantil, por lo mismo legitimadora de la clase política y sus prácticas clientelares y corruptas. Esos argumentos, sin embargo, se refutan y diluyen cuando se considera que la autonomía y la otra política, la política de los oprimidos, se sostienen en la rebeldía y la resistencia que precisamente imponen *otra lógica*, una perspectiva y hasta objetivos muy otros, del todo ajenos a los que gobiernan la acción y el pensamiento (digo, es un decir) de la clase política. No se trata de legitimar la política estatal ni sus instituciones ni menos a sus actores degradados por la ambición y el personalismo, más bien se trata de seguir golpeando en la grieta, combatiendo incluso arriba un poder que solamente se puede dismantelar y derrotar desde abajo y por abajo.

Entre quienes se arrogan el monopolio opositor y se sienten amenazados por el desafío del CNI y el EZLN, más que debate, incurrieron en descalificaciones calumniosas (“hacer el juego al gobierno”) que no pudieron disfrazar su prepotencia y el racismo biológico que los motiva. Puestos en evidencia, en seguida trataron de corregir el discurso reconociendo la importancia de la posible candidatura presidencial de una mujer indígena, pero apelando a la eficacia (“triunfar en 2018”) con el llamado a sumarse al pastor conservador que los rige, pretendido ganador recurrente en comicios falseados por el fraude. Otros se arroparon de nuevo con un zapatismo de ocasión que no han cesado de descalificar y comenzaron a proferir estrategias, tácticas, consejos y análisis sobre escenarios factibles...

Por supuesto que la propuesta de una candidatura indígena independiente (más todavía de una mujer) y la creación de un Consejo Indígena de Gobierno que comande no sólo puede renovar la atmósfera política nacional y alentar luchas y resistencia por todas partes, sino muy especialmente proyectar, extender y fortalecer el alcance del CNI en tanto *núcleo básico organizador* de la respuesta anticapitalista en el país. No existe en la actualidad ningún otro: ni sindical, popular, campesino o intelectual, fuera de los maestros irreductibles de la Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación (CNTE), que son un núcleo reducido. El EZLN puede igualmente seguir impulsando el pensamiento crítico, la cultura de la resistencia y la autonomía, renovar así su capacidad de difundir el proceso de construcción de *otra vida* que emerge en las comunidades rebeldes zapatistas. Un ejemplo que sin duda puede lograr mayor resonancia y alcance nacional e internacional a través de la original campaña que —en un medio adverso y a contracorriente— puede llevar a cabo el CNI-EZLN.

Intervenir en el proceso electoral de 2018 puede servir a todos y todas las

de abajo pues será un proceso abierto y envolvente de movilización político-social, favoreciendo de nuevo el tejido de las resistencias y solidaridades entre comunidades, pueblos, barrios, colectivos, núcleos sociales organizados o dispersos que pudieran desembocar en la necesidad de la organización abajo, la resistencia y la rebeldía como modo de vida y de construcción de una nueva política muy otra, autogestionaria, igualitaria y plenamente democrática, en verdad participativa. El EZLN siempre ha sabido articular y vertebrar acciones y resistencias, anhelos y disposiciones de cambio de veras, en especial cuando se invierte directamente sobre ámbitos que rebasan su territorio propio, a su propia geografía, para desbordarse por todos los rincones con su presencia, ánimo, conocimiento y su ética irredente e irreductible que marca la diferencia.

Arturo Anguiano es profesor investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Es autor de *El ocaso interminable. Política y sociedad en el México de los cambios rotos* (México, Era, 2010) y su próxima publicación será *José Revueltas, un rebelde melancólico. Democracia bárbara, revueltas sociales y emancipación*.

Fuentes EZLN

Ejército Zapatista de Liberación Nacional (2013), *Ellos y nosotros*. Equipo de Apoyo de la Comisión VI del EZLN, México.

Comunicados referidos en www.enlacezapatista.ezln.org.mx:

“El EZLN anuncia actividades con pueblos originarios, homenaje a Don Luis Villoro y Seminario sobre ‘Ética frente al despojo’, así como nueva iniciativa para la Sexta nacional e internacional”. 31 de marzo de 2014.

“Palabras del EZLN en el 21.º aniversario del inicio de la guerra contra el olvido”, 1 de enero de 2015.

“Sobre Homenaje y Seminario. El Sup Galeano”, 19 de marzo de 2015.

“La Tormenta, el Centinela y el Síndrome del Vigía”, 1 de abril de 2015.

“El tablón de avisos. El Conserje”, 4 de mayo 2015.

“Palabras de la Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en la apertura del Quinto Congreso Nacional Indígena, en el CIDECI de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, el 11 de octubre de 2016, Subcomandante Insurgente Moisés”.

“Que retiemble en sus centros la tierra”, CNI, EZLN, 14 de octubre de 2016.

“Preguntas sin respuestas, respuestas sin preguntas, concejos y consejos. (Notas tomadas del cuaderno de apuntes del Gato-Perro)”, 21 de octubre de 2016. SupGaleano.

“No es decisión de una persona. Subcomandante Insurgente Moisés”, 11 de noviembre de 2016. *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista*. I. Participación de la Comisión Sexta del EZLN. Sin pie de imprenta, México, 2015.

Para saber más...

Anguiano, A. (2013), “Zapatismo: espacios de resistencia, otra política y socialización”, *VIEN-TO SUR*, n.º 130, noviembre.

Bartra, A. (2016) “Compas: ¿qué tal si votamos juntos?”. *La jornada*, México.

Castellanos, A. y López y Rivas, G. (2016) “La candidatura de una mujer indígena y el racismo en México”, 24/11/2016. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia>.

- php?id=218329&titular=la-candidatura-de-una-mujer-ind%Edgena-y-el-racismo-en-m%E9xico-.
- Ferra, C. (2016) “Acerca de la iniciativa del CNI y el EZLN para las elecciones de 2018”, 9/11/2016. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticias/2016/11/218950.pdf>.
- Harvey, N. (2016) “CNI, EZLN y el poder de abajo”. *La Jornada*, 17/10/2016.
- Hernández Alpizar, J. (2016) “La lucha política, el EZLN, las elecciones y otras cosas”. Disponible en: <https://zapateando.wordpress.com/2016/10/28/la-lucha-politica-...editar-quien-dice-que-elezln-nunca-lebabe-la-lucha-politica-el/>.
- Hernández López, C. (2016) “Apuntes sobre la iniciativa del EZLN y el CNI”, 25/10/2016. Disponible en: <http://vientosur.info/spip.php?article11848>.
- Hernández Navarro, L. (2016) “El EZLN, el CNI y las elecciones”. *La Jornada*, 18/10/2016.
- López y Rivas, G. (2016) “¡Y retembló...!”. *La Jornada*, 4/11/2016.
- Oropeza, D. (2016) “Ni AMLO ni Margarita; el EZLN construye su propio 2018 (Crónica)”. Disponible en: <http://aristeguinoticias.com/2010/mexico/ni-amlo-ni-margarita-el-ezln-construye-su-propio-2018-cronica/>.
- Rosa Mucio, J. L. de la (2016) “EZLN y CNI: la vía electoral como herramienta para luchar contra el sistema”, 23/10/2016. Disponible en: www.diagonalperiodico.net/global/32028-ezln-y-cni-la-via-electoral-como-herramienta-para-luchar-contra-sistema.html.
- Soledad, C. (2016) “Al sonoro rugir de la dignidad”. *La Jornada*, 10/11/2016.
- TOR (2016) “Sobre el V Congreso Nacional Indígena y sus próximos pasos”. Octubre. Disponible en: <http://tejiendorevolucion.org/31018.html>.
- Zibechi, R. (2016) “La candidatura presidencial del zapatismo”. 7/11/2016. Disponible en: <http://www.vientosur.info/spip.php?article11883>.

El mundo de Misi

Soledad del Val (Alagón, 1969)

Soledad se inicia en talleres fotográficos promovidos por el Ayuntamiento de Alagón y asociaciones de su entorno. Amplía sus conocimientos en la Escuela de Fotografía Spectrum-Sotos de Zaragoza (2012 y 2015). Completa su formación con diversos talleres especializados (Rosane Marinho, Rudolf Moosbrugger, Julio Álvarez Sotos...). Obtuvo el 1^{er} premio en el Certamen de Fotografía y Microrrelato de Utebo (2016). Ha participado en las exposiciones colectivas *De su mirada a la tuya*, *Realidad Artificio*, en Zaragoza y Alagón en 2016. Exposición individual *Variaciones sobre el Paisaje*, Micromuseo en-Latamus, (Remolinos, 2016).

El tiempo, los recuerdos, la evocación de lo vivido, la poesía, la pintura, la música..., todo ello habla a través de sus fotografías. Una autobiografía, unas memorias en imágenes como camino de autoconocimiento y reflexión, como una forma de seguir indagando sobre cuestiones universales: el azar, el tiempo, la muerte, la memoria, la identidad o la existencia.

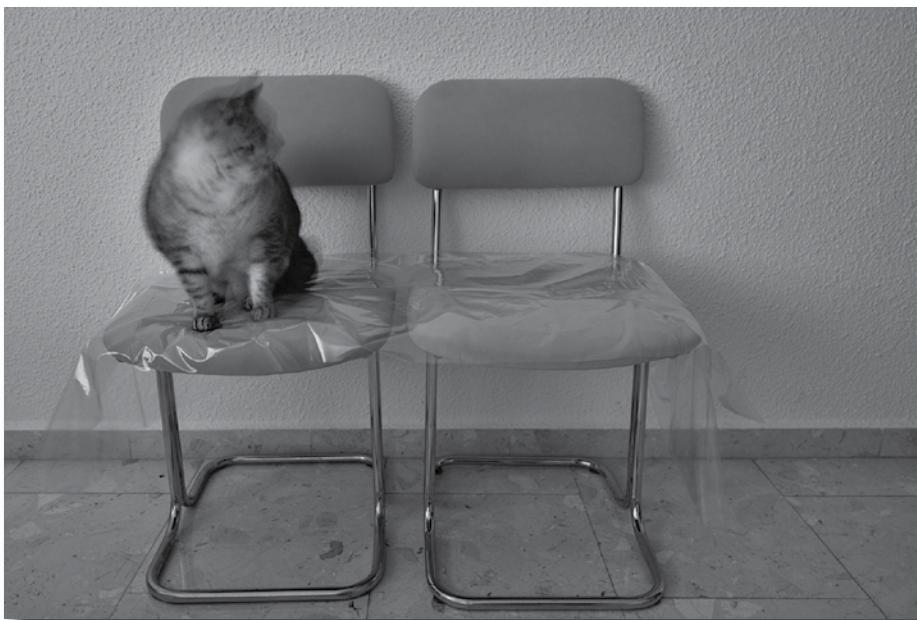
En este proyecto muestra espacios habitados por un familiar, que está perdiendo progresivamente la memoria y la identidad. Como símbolo de la soledad que desencadena esta enfermedad toma la figura de Misi, la gata que deambula por la casa mientras espera la visita diaria de la tía, trasladada a una residencia geriátrica, y que se ocupa de su cuidado bajo supervisión. Establece un paralelismo entre esos lugares no del todo deshabitados y la memoria no del todo perdida. La soledad del gato, cables desenchufados, plásticos cubriendo muebles, ventana abierta, desorden... son recursos de disonancia y contraste para reflejar el desgaste cognitivo.

Este trabajo ha sido una comunicación presentada en las jornadas *Memoria y desacuerdo: políticas de archivo, registro y álbum familiar* realizadas por la Diputación de Huesca en su proyecto Visiona junto con la UIMP.

Más información sobre su obra en <http://soledaddeval.es/>

Carmen Ochoa Bravo











Miradas de clase

¡Clase! Quizás ningún concepto ha pasado de forma tan rápida, brusca y virulenta de ser adorado, casi mitificado, a ser visto con recelo y en muchos casos rechazado. Si la izquierda del siglo XX fue “obrerista”, la del siglo XXI parecía destinada a ocuparse de asuntos menos mundanos. La derrota del movimiento obrero histórico frente a la contrarrevolución neoliberal encargada de liquidar las conquistas de la posguerra generó una ilusión óptica en la que volcar todas las frustraciones contra las “políticas de clase”: era el momento del gran ajuste de cuentas. Por fin se hablaría de las cosas importantes.

Pero la pregunta fundamental sigue siendo si se puede hablar de las “cosas importantes” sin contar con la cuestión de clase. Aclaremos las cosas. Para nosotras el debate interesante no es si existen o no las clases sociales. Las dos respuestas extremas, vulgares, en realidad, son poco interesantes: tanto la que niega la existencia de las clases sociales como la que es la meramente reactiva, que sólo es capaz de reafirmar una verdad tan obvia como que la lucha de clases sigue existiendo. Más bien nos interesa preguntarnos sobre otra serie de cuestiones: ¿Cómo es la clase trabajadora del siglo XXI? ¿Qué estratos tiene, qué contradicciones internas, qué sectores? ¿Qué poder estratégico tiene y cómo se relaciona con otras clases subalternas? ¿Por qué mecanismos ideológicos está mediada? ¿Cómo podemos construir instituciones propias desde la clase trabajadora? ¿Cómo se relaciona la clase trabajadora con otras estructuras sociales como el patriarcado o dinámicas sociales como la cultura?

En la teoría marxista, la clase ha sido analizada desde múltiples prismas. Para Marx, el proletariado se definía ante todo por su relación con los medios de producción y el capital: la clase trabajadora era la clase no propietaria, que dependía de vender su fuerza de trabajo y que generaba valor, sufriendo la extracción de plusvalía por parte de los capitalistas. Esta definición sigue vigente y hoy, desde un punto de vista sociológico, el proletariado es mucho más numeroso que en la época de Marx. Otra cuestión es que sea un proletariado mucho más heterogéneo, con condiciones de trabajo mucho más diversas, más fragmentado salarialmente, más segmentado en diferentes capas que viven la relación social de clase de forma mucho más diversa. Por ejemplo, estas diferentes “velocidades”, “formas” de vivir una misma condición

estructural se hacen evidentes en la división que existe a nivel generacional. Pongamos un ejemplo simple. Un padre electricista, obrero cualificado, que trabaja para una gran empresa poco tiene que ver en su forma de experimentar las relaciones de clase con su hija que trabaja en una cadena de ropa. Por eso, la política de clase en el siglo XXI, para ser efectiva, tiene que ser ante todo una política articuladora: entre diferentes posiciones de clase, con otros sectores sociales subalternos, incluyendo cuestiones de etnia, género, sexualidad... La clase no es una relación abstracta, al margen del resto de la vida social: hay vidas, mestizajes, diferentes cuestiones que afectan a la clase trabajadora.

La importancia de la clase para un proyecto estratégico emancipador es central precisamente porque sólo la relación de clase es capaz de combatir en el centro de lo que Marx llamó el secreto del sistema capitalista: las relaciones de producción. Es un ejercicio inútil políticamente (por no decir directamente reaccionario) tratar de definir el rol específico de clase en la lucha anticapitalista en oposición a otras opresiones. De lo que se trata es de comprender que existen diferentes frentes de lucha complementarios y que sin poner en el centro la articulación de un sujeto de clase no vamos a poder subvertir radicalmente las relaciones de poder que emanan específicamente de la economía. Por supuesto, aunque como explicaba Perry Anderson en su polémica con Althusser y Thompson, “una clase existe aunque no se reconozca como tal”, la lucha de clases no se resuelve a nivel sociológico, entre dos estructuras objetivas, sino a nivel político. De ahí que nos interese cómo se percibe la clase, verla desde un punto de vista marxista, es decir, no como un sujeto corporativo al cual fetichizar sino como una relación fundamental sobre la cual construir un proyecto político socialista, feminista y ecologista, lo que Gramsci llamó “bloque histórico”. Cómo vive la clase hoy, cómo se relaciona con la sociedad, sobre qué puntos podemos construir estructuras autónomas de clase. La tremenda derrota de los proyectos históricos de la vieja clase obrera nos obliga a replantearnos todo y a investigar de forma permanente nuevas relaciones, nuevas formas de organización, nuevas formas de articulación.

En este **Plural** presentamos varios enfoques y discusiones en torno a la cuestión de clase. **Beverly J. Silver** aclara muchos conceptos en torno a la cuestión de clase hoy, centrándose en su especialidad, la cuestión del “poder estratégico”.

Lorena Garrón explica las intersecciones entre clase y género, un tema que adquiere cada vez más importancia en un contexto donde el impacto de la crisis y el aumento de las tasas de explotación afectan de forma particular a las mujeres trabajadoras. **Vicky López** lanza una reflexión importante, aterrizando en la relación entre clase y salud laboral.

Brais Fernández escribe en torno a la cuestión de la cultura desde un punto de vista de clase, retomando las aportaciones de Gramsci y Fredric Jameson, mientras que **Emmanuel Rodríguez** hace una sugerente reflexión en torno a las clases medias y el Estado. *Brais Fernández y Lorena Garrón, editores*



1. Miradas de clase

“El potencial de resistencia de los trabajadores frente al capital es mayor que nunca”

Entrevista con Beverly J. Silver

Jacobin

Los sindicalistas de la década de 1920 no tenían muchos motivos para el optimismo. La afiliación sindical, que se había disparado durante los disturbios de posguerra, alcanzó su apogeo y después se hundió. Los observadores se inquietaban ante la posibilidad de que los cambios tecnológicos y culturales hubieran acabado con el movimiento obrero y que los trabajadores se hubieran vuelto apáticos. “Nuestros afiliados más jóvenes, especialmente, se han vuelto pasotas”, se lamentó un cuadro sindical a mediados de la década. Un decenio más tarde, la producción quedó bloqueada por las huelgas en todo el país y la afiliación sindical se disparó de nuevo. Después de años de apatía en el movimiento obrero, ¿es posible que se produzca algo similar en nuestros días?

Beverly Silver, conocida experta en cuestiones del movimiento obrero, así lo piensa. Directora del departamento de sociología de la Universidad Johns Hopkins, Silver ha sido una defensora radical de los trabajadores durante toda su vida. Su premiada obra, incluido su libro pionero *Fuerzas de trabajo* (Akal, 2003), trata profundas cuestiones de sindicalismo, desarrollo, conflicto social y guerra. En una reciente entrevista con la revista estadounidense *Jacobin* explica qué puede decirnos el pasado del movimiento obrero sobre la situación actual y futura de la lucha obrera alrededor del globo.

Jacobin: En las dos últimas décadas hemos asistido a una profunda reestructuración de la clase obrera en EE UU y otros países capitalistas

“... sería un error despreciar la importancia de las luchas contra la explotación en los lugares de producción.”

avanzados. ¿Cuáles son los rasgos generales de este proceso de reestructuración y qué fuerzas lo impulsan?

Beverly J. Silver: El capitalismo transforma constantemente la organización de la producción y la relación de fuerzas entre el trabajo y el capital: reestructurando a la clase trabajadora, rehaciéndola. De modo que para

responder a esta pregunta creo que hemos de mirar desde una perspectiva más histórica. Conviene que retrocedamos en el tiempo hasta mediados del siglo XX, a los años treinta, cuarenta y cincuenta. Fue entonces cuando vimos por primera vez el surgimiento de una clase obrera muy fuerte, empleada en la producción masiva, en EE UU, singularmente en la industria del automóvil, aunque también en sectores como la minería, la energía y el transporte, sectores que desempeñaron un papel central en la industrialización y el comercio.

Apenas concluida la segunda guerra mundial, el capital procedió a reestructurarse, reconfigurando la organización de la producción, el proceso de trabajo, las fuentes de mano de obra y la ubicación geográfica de la producción. Esta reestructuración fue en gran medida una respuesta a los potentes movimientos obreros de las fábricas y las minas, de los centros logísticos y del transporte.

En este terreno puede ayudarnos a entender esta reestructuración una versión ampliada del concepto de “remedio espacial” de David Harvey. El capital intentó resolver el problema de los fuertes movimientos obreros y de la amenaza a la rentabilidad que suponían aplicando una serie de “remedios”. Las empresas utilizaron un remedio espacial trasladándose a lugares de salarios más bajos. Aplicaron “remedios tecnológicos” para reducir su dependencia de los trabajadores acelerando la automatización. Y han aplicado lo que podríamos considerar un “remedio financiero” sacando el capital del comercio y de la producción para invertirlo en las finanzas y la especulación como otra manera de reducir la dependencia de sus beneficios con respecto a la clase obrera establecida, dedicada a la producción masiva.

El comienzo de este trasvase del capital a las finanzas y la especulación ya era visible en la década de 1970, pero se disparó después de mediados de la década de 1990, tras la revocación de la ley Glass-Steagall durante la presidencia de Bill Clinton. Así que lo que parecía un súbito colapso del poder del movimiento obrero organizado en EE UU en los años ochenta y noventa, en realidad se originó en las décadas de reestructuración de estos múltiples frentes iniciada a mediados del siglo XX. Por supuesto, es importante señalar que hay otra cara de la moneda. Estos “remedios” capitalistas destruyeron a

la clase obrera establecida de la producción masiva, pero al mismo tiempo crearon una nueva clase obrera en EE UU y otros países. Estas nuevas clases trabajadoras aparecen ahora como protagonistas de luchas sindicales en muchas partes del mundo.

J.: No es ningún secreto que las formas tradicionales de organización del movimiento obrero, como los sindicatos en EE UU y los partidos socialdemócratas en Europa, se hallan sumidas en una profunda crisis. ¿Cómo ha conseguido el capital socavar y amansar estas expresiones organizadas de los intereses de la clase obrera?

B. J. S.: Si miramos atrás en la historia y contemplamos los puntos álgidos de combatividad obrera, en particular aquellos momentos que implicaron a movimientos de izquierda vinculados a partidos socialistas y obreros, veremos cómo existe un conjunto recurrente de estrategias encaminadas a socavar el potencial radical de estos movimientos. Podemos resumirlos en los tres conceptos de reestructuración, cooptación y represión. Así, el tipo de reestructuración o “remedio” que he mencionado antes —reubicación geográfica, cambio tecnológico, financiarización— contribuyó sin duda de modo importante al debilitamiento de estos movimientos. Mientras, la cooptación de los sindicatos y los partidos obreros —su incorporación como socios menores a proyectos nacionales hegemónicos y pactos sociales— también tuvieron su importancia. Finalmente, la represión fue asimismo un factor destacado en este abanico de estrategias.

Tomando simplemente a EE UU como ejemplo, en las décadas de posguerra vemos el maccarthismo y la expulsión de militantes de izquierda y comunistas de los sindicatos. Después, en los años sesenta y setenta, los potentes movimientos de trabajadores negros, basados en fábricas y barrios, como el partido de los Panteras Negras y el Movimiento del Sindicato Revolucionario de Dodge (DRUM), fueron doblegados por una fuerte represión. Y hoy en día, con la militarización de las fuerzas de policía locales y la interminable “guerra contra el terrorismo”, que crea un entorno hostil a la movilización de trabajadores inmigrantes y negros, la coerción sigue desempeñando un papel importante.

J.: Uno de los grandes debates actuales gira en torno a la cuestión de si la dinámica definitoria que conforma la clase obrera mundial es la explotación —la fuerza de trabajo exprimida en el lugar de producción— o la exclusión, en que los trabajadores quedan básicamente excluidos del trabajo asalariado estable. ¿Qué piensas con respecto a este debate?

B. J. S.: Creo que ambos fenómenos son igualmente importantes. Sin duda sería un error despreciar la importancia de las luchas contra la explotación en los lugares de producción. En efecto, un resultado de la estrategia de

“remedio espacial” ha sido la creación de nuevas clases trabajadoras y la aparición de contradicciones entre capital y trabajo allá donde vaya el capital. En otras palabras, la resistencia de los trabajadores a la explotación en los lugares de producción ha seguido al trasvase del capital alrededor del globo a lo largo del último medio siglo. Así, la manifestación más reciente de esta dinámica se da en la gran oleada de conflictividad laboral que tiene lugar actualmente en China.

Una vez las grandes empresas se dieron cuenta de que el simple traslado de fábricas a lugares de bajos salarios no permitía resolver el problema del control del movimiento obrero, el capital pasó a recurrir más a la automatización y la financiarización. La automatización, aunque no sea precisamente nueva, ha expulsado recientemente a trabajadores asalariados de la producción a un ritmo acelerado, incrementando así la visibilidad de la dinámica exclusionista. Una ilustración reciente muy clara de esto es la noticia de que FoxConn ha seguido adelante con su amenaza de introducir un número enorme de robots en sus fábricas en China.

Del mismo modo, el trasvase del capital excedentario a las finanzas y la especulación también contribuye en gran manera al creciente papel de la exclusión. Las finanzas, y en particular las actividades financieras no ligadas al comercio y la producción, absorben relativamente poco empleo asalariado; y lo que es más importante, deriva los beneficios sobre todo de la redistribución regresiva de la riqueza a través de la especulación, en vez de la creación de nueva riqueza. De ahí el vínculo establecido por el movimiento Occupy entre los escandalosos niveles de desigualdad de clases y la financiarización.

La automatización y la financiarización dan pie a una aceleración de la tendencia a largo plazo del capitalismo a destruir las bases de sustento establecidas a un ritmo mucho más rápido que la creación de nuevas. Esta ha sido siempre la tendencia predominante del capitalismo histórico en gran parte del Sur del planeta, donde la desposesión superaba normalmente la absorción de trabajo asalariado, y donde, por tanto, cada vez más los trabajadores no tenían nada más que vender que su fuerza de trabajo, aunque con pocas posibilidades de llegar a venderla realmente. Aunque esta tendencia no es nueva, tanto su aceleración como el hecho de que sus efectos negativos se perciban en países centrales, y no solamente en el tercer mundo, ayudan a explicar por qué la dinámica exclusionista ha cobrado protagonismo en los debates actuales.

J.: Para plantear la cuestión de otra manera, ¿tiene sentido pensar en la exclusión y la explotación como procesos separados?

B. J. S.: Bueno, Marx sin duda no los concibió como fenómenos separados. En el primer volumen de *El Capital* señaló que la acumulación

de capital iba acompañada de la acumulación de población excedentaria, es decir, que la riqueza se creaba a través de la explotación, pero que al mismo tiempo amplios sectores de la clase obrera quedaban excluidos o devenían superfluos para las necesidades del capital.

Durante la mayor parte del siglo XX hubo una distribución geográfica desigual desde el punto de vista de dónde se notaban más los procesos excluyentes. En efecto, hasta hace poco, una de las vías por las que el capital mantenía su legitimidad en los países centrales pasaba por desplazar el grueso de los procesos de exclusión al tercer mundo y a sectores marginados de la clase trabajadora en el centro. La clase obrera mundial estaba dividida, con líneas de separación definidas en gran medida por la ciudadanía, la raza, la etnia y el género. Hoy estas líneas divisorias siguen siendo todavía bastante claras, aunque sobre todo a partir de la crisis financiera de 2008 el peso de los procesos de exclusión se percibe mucho más que antes en los países centrales, con toda clase de implicaciones políticas.

J.: En tu obra has analizado mucho el poder de los trabajadores y de la clase obrera. ¿Puedes explicar algunas cosas al respecto?

B. J. S.: Sí, una distinción importante es la que se da entre el poder estructural y el poder asociativo. El poder asociativo es la capacidad de obtener mejoras a través de los sindicatos y partidos políticos. El poder estructural es el poder que se deriva de la ubicación estratégica de los trabajadores dentro del proceso productivo; un poder que puede ejercerse, y que a menudo se ha ejercido, en ausencia de un sindicato.

J.: ¿Por qué es útil hacer esta distinción?

B. J. S.: Bueno, veamos por ejemplo el poder estructural. Existen dos tipos principales de poder estructural: el poder de negociación en el lugar de trabajo y el poder de negociación en el mercado. Casi siempre, la gente piensa en el poder de negociación en el mercado para explicar el poder de los trabajadores en sentido más amplio. Si hay un alto nivel de desempleo, el poder de negociación en el mercado es escaso y a la inversa. El poder de negociación en el lugar de trabajo, es decir, la capacidad de paralizar procesos productivos interconectados mediante paros localizados, se tiene menos en cuenta, pero quizá es más importante para discernir las fuentes de poder de los trabajadores hoy en día.

Esto se debe a que, si observamos las tendencias históricas a largo plazo, el poder de los trabajadores en el lugar de producción, a fin de cuentas, sin duda está creciendo. Esto es sorprendente para mucha gente, pero este mayor poder de negociación en el lugar de trabajo salta a la vista con la expansión de los métodos de fabricación “justo a tiempo”. En contraste con métodos de producción masiva más tradicionales, este método no

“Existen dos tipos principales de poder estructural: el poder de negociación en el lugar de trabajo y el poder de negociación en el mercado.”

contempla la inclusión de reservas intermedias o excedentes dentro del proceso productivo. Así, con la expansión de la fabricación “justo a tiempo” en la industria del automóvil, por ejemplo, un número relativamente reducido de trabajadores puede paralizar una empresa entera dejando de producir en algún nodo estratégico o incluso, digamos, en una empresa proveedora de escobillas de limpiaparabrisas.

Del mismo modo, los trabajadores del sector logístico —transporte y comunicación— tienen un poder negociador significativo y creciente en el lugar de trabajo, asociado al efecto económico en cascada que tendría un paro en este sector. Es más, pese a la tendencia casi universal a ver en los procesos de globalización un debilitamiento de la clase obrera, la escala geográfica potencial de los efectos de estos paros ha aumentado con la globalización.

J.: ¿Qué hay del poder asociativo? Si los trabajadores carecen de sindicatos o partidos obreros, ¿acaso no verán debilitado su poder de negociación estructural?

B. J. S.: No necesariamente. Veamos el caso de China. Allí los sindicatos independientes son ilegales, pero últimamente ha habido algunas mejoras importantes de la legislación en materia de salario mínimo, régimen laboral y condiciones de trabajo. Estos cambios son el resultado de una movilización a nivel de base que ha aprovechado el poder estructural de los trabajadores, tanto en el mercado como sobre todo en el lugar de trabajo.

Pienso que también debemos ser sinceras con respecto a la posición estructural ambigua de los sindicatos. Si tienen mucho éxito y consiguen demasiadas cosas para su base, el capital se vuelve sumamente hostil y deja de tratar con ellos, adoptando una estrategia más represiva. El capital cerrará tratos en ocasiones con los sindicatos, pero únicamente si los sindicatos desempeñan un papel mediador, frenando la combatividad y asegurando el control del movimiento obrero. Sin embargo, para hacer esto efectivamente, los sindicatos han de conseguir algunas cosas para su base, lo que nos lleva de nuevo al primer problema. En última instancia, la cuestión es esta: ¿en qué clase de situaciones esta dinámica contradictoria entre sindicatos y capitalistas puede beneficiar a los trabajadores?

J.: ¿Qué piensas de la afirmación de que las luchas se desplazan del lugar de producción a la calle o al barrio?

B. J. S.: Esto nos retrotrae a la cuestión anterior sobre la importancia relativa de la explotación y la exclusión en la conformación de la clase

obrero mundial. Si observamos hoy en día a la clase obrera en su conjunto, no creo que sea acertado decir que las luchas se desplazan de modo predominante a las calles, especialmente si hablamos de luchas que tienen un fuerte efecto disruptivo de la normalidad capitalista. Las luchas en el lugar de producción siguen siendo un componente importante de la conflictividad obrera en general en todo el mundo. Al mismo tiempo, los excluidos —los parados y quienes tienen un escaso poder estructural— no tienen otra opción que hacerse oír mediante la acción directa en la calle, en vez de la acción directa en el lugar de trabajo.

La coexistencia de luchas en los lugares de trabajo y en las calles ha sido históricamente una característica del capitalismo, igual que la coexistencia de la explotación y la exclusión. A veces, estos dos tipos de lucha se desarrollan sin interactuar en solidaridad recíproca, especialmente porque, históricamente, la clase obrera ha estado dividida —tanto dentro de cada país como entre países— en función de si su experiencia ha estado conformada sobre todo por la dinámica de la exclusión o por la dinámica de la explotación. Pero si pensamos en grandes movilizaciones obreras que han tenido éxito, lo cierto es que combinaron, en actitud implícita o explícitamente solidaria, ambos tipos de lucha. Incluso la ocupación de la fábrica de Flint y la subsiguiente oleada de huelgas en 1936 y 1937 —una movilización destinada sobre todo a apuntalar el poder de los trabajadores en el lugar de producción— se vieron potenciadas por las luchas simultáneas en las calles de obreros en paro y de solidaridad en los barrios.

O si pensamos en una reciente movilización de masas que apareció en gran medida como una lucha librada casi enteramente en las calles, en Egipto en 2011, Mubarak se vio forzado a dimitir cuando los trabajadores del canal de Suez apuntalaron su poder de negociación con una huelga en apoyo al movimiento de masas en las calles. También es interesante señalar que el movimiento juvenil del 6 de abril, que inició la ocupación de la plaza Tahrir, se creó en 2008 para apoyar una importante huelga de obreros industriales.

Así, un problema fundamental hoy para la izquierda, que tampoco es nuevo, estriba en imaginar cómo combinar el poder de negociación en el lugar de trabajo con el poder en la calle, es decir, cómo hallar los nodos de conexión entre los desempleados y excluidos y los trabajadores asalariados explotados. Sin duda esto es más fácil si los excluidos y los explotados son miembros de los mismos hogares o de las mismas comunidades. En EE UU podemos ver atisbos de estas intersecciones en la huelga de portuarios de California en 2015, en apoyo a las movilizaciones de *Black Lives Matter* en las calles, y en la manera en que interactúan las luchas vecinales y en los centros de trabajo de los trabajadores inmigrantes.

J.: Actualmente, en EE UU parece que el esfuerzo de organización y el activismo sindical se centran en los trabajadores peor pagados del sector servicios. ¿Qué opinas al respecto? ¿Es ahí donde deberíamos centrar nuestros esfuerzos? ¿O deberíamos dirigirnos a diferentes categorías de trabajadores en distintas industrias y sectores?

B. J. S.: No es un error dedicar muchos esfuerzos a esta categoría de trabajadores. Si uno quiere mejorar las condiciones de la mayoría de la población, tiene que mejorar las de estos trabajadores. Creo que el escepticismo inherente a esta pregunta se debe en parte al hecho de que esta estrategia no ha dado muchos frutos hasta ahora. En este terreno también resulta útil pensar en el poder de negociación en los lugares de trabajo. En [la cadena de supermercados] Walmart, por ejemplo, no tiene mucho sentido apuntar a la vertiente minorista, sino que hay que apuntar a la vertiente de distribución. Lo mismo cabe decir de la comida rápida; si apuntas a la vertiente de distribución, podrás potenciar el poder de negociación en el lugar de trabajo. De lo contrario, sólo te queda una lucha confinada en la calle. Sin embargo, esto nos lleva de nuevo a la cuestión de cómo y cuándo los trabajadores que gozan de un fuerte poder de negociación en el lugar de trabajo ejercen este poder en apoyo a objetivos de transformación más amplios.

J.: Junto con Giovanni Arrighi, has afirmado que la trayectoria de los movimientos obreros en EE UU y otros contextos nacionales se ve fuertemente influida por su relación con movimientos más amplios en el terreno de la política mundial, las guerras y los conflictos internacionales. ¿Cómo han afectado los recientes cambios geopolíticos en la fuerza del movimiento obrero en EE UU?

B. J. S.: Esta es una cuestión muy amplia e importante. Creo que buena parte de los comentarios sobre los movimientos obreros suelen centrarse en el lado económico, pero la vertiente geopolítica es igualmente importante, si no más, para comprender las perspectivas y posibilidades de los trabajadores y los movimientos obreros, históricamente y de cara al futuro. Hace 15 años, justo antes del 11 de septiembre, todo parecía indicar que nos hallábamos en vísperas de una ola masiva de conflictos laborales en EE UU, con un potente epicentro entre los trabajadores inmigrantes. Había una serie de huelgas que se habían programado o ya estaban en marcha, y entonces cambió la dinámica. La guerra contra el terrorismo dio un gran impulso a la coerción y la represión para mantener el *statu quo*, y no solo en los lugares de trabajo, desde el punto de vista de la hostilidad de los patronos hacia los sindicatos, sino más ampliamente, en términos del impacto del entorno de guerra permanente en las posibilidades de organizarse.

J.: Coerción y represión parecen ser fundamentales para el capitalismo. ¿Qué ha cambiado en la relación entre los trabajadores y los movimientos obreros y la geopolítica?

B. J. S.: Bueno, pienso que para responder a esta pregunta es importante situar el actual entorno de guerra permanente en el contexto de la crisis más amplia del poder mundial de EE UU y del declive de su hegemonía. Y necesitamos examinar la larga relación histórica entre los derechos de los trabajadores y la necesidad que tienen los Estados de la clase obrera para lidiar sus guerras. Veamos en primer lugar esto último.

Una de las raíces conocidas, aunque no muy comentadas, de la fuerza del movimiento obrero —o al menos de la institucionalización de los sindicatos y la profundización de los derechos democráticos en EE UU y Europa Occidental, y hasta cierto punto a escala global— se halla en la naturaleza específica de la guerra en el siglo XX, incluida la industrialización de los medios de guerra y la conscripción masiva. Para lidiar este tipo de guerras, los poderes centrales, las potencias imperialistas, necesitaban la cooperación de la clase obrera, tanto para nutrir las tropas que luchaban en el frente como para mantener en funcionamiento las fábricas. La guerra dependía de la producción industrial para todo, desde el armamento hasta las botas. De ahí que todo el mundo tuviera claro durante las dos guerras mundiales que quien mantuviera funcionando las fábricas ganaría la guerra.

En este contexto, la cooperación de los trabajadores era crucial y la relación entre la guerra y el descontento ciudadano era evidente. Los dos mayores momentos álgidos de conflictividad laboral en el siglo XX fueron de lejos los que siguieron inmediatamente a la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Los periodos de máxima desmovilización se produjeron en el transcurso de las propias guerras. Tampoco es ninguna coincidencia que el comienzo del movimiento por los derechos civiles en EE UU cayera tras el final de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea, y que el movimiento del Poder Negro alcanzara su cénit durante y después de la guerra de Vietnam.

Los Estados trataron de asegurarse la cooperación de los trabajadores mediante la movilización de sentimientos nacionalistas y patrióticos, pero esto no se sostenía sin una mejora tangible de los derechos laborales. De este modo, la expansión del Estado de bienestar vino de la mano de las guerras del siglo XX. O dicho de otro modo: el nacionalismo de la clase obrera sólo podía desbancar su internacionalismo si los Estados demostraban que el hecho de ganar la guerra suponía mejorar el nivel de vida y los derechos de los trabajadores como tales y como ciudadanos.

J.: ¿Crees que este sigue siendo el caso actualmente, en el contexto de lo que parece ser una guerra permanente?

“... no es posible retornar simplemente a la llamada edad de oro del keynesianismo y del desarrollismo.”

B. J. S.: La forma de hacer la guerra ha cambiado hoy en muchos aspectos. Del mismo modo que el capital ha reorganizado la producción en respuesta a la fuerza del movimiento obrero, el Estado también ha reestructurado el ejército para reducir su dependencia con respecto a los trabajadores y ciudadanos a la hora de lidiar una guerra. La movilización de masas

contra la guerra de Vietnam y la negativa de soldados a combatir en esa guerra fueron los hechos que dieron lugar a una profunda reestructuración de la organización y la forma de hacer la guerra. Vemos los resultados de esta reestructuración en el fin de la conscripción masiva y la creciente automatización de la maquinaria de guerra. Con el uso creciente de drones y otras armas de alta tecnología, los soldados estadounidenses han dejado de exponerse a los peligros de la primera línea de fuego; no todos, pero sí en mucha mayor medida que en el pasado. Es una situación diferente de la que relacionaba a los movimientos obreros con la guerra en el siglo XX. El Estado de bienestar y el estado de guerra han quedado desconectados en el siglo XXI. Si en estas nuevas condiciones el internacionalismo de la clase obrera prevalecerá sobre el nacionalismo de la clase obrera es una cuestión crucial, pero no resuelta.

En estos comentarios me he centrado en EE UU, pero el cambio de la forma de hacer la guerra tiene efectos más amplios. A mediados del siglo XX, muchos países coloniales se incorporaron al proceso bélico imperial como proveedores de soldados y materiales para el esfuerzo de guerra, contribuyendo de modo similar al refuerzo y la combatividad de la clase obrera. Hoy en día, en un país tras otro de una amplia franja del Sur del planeta, tenemos una situación en que la forma moderna de hacer la guerra por parte de EE UU provoca la desorganización y destrucción completas de la clase obrera en los lugares en que impactan las armas de alta tecnología. La actual “crisis de los refugiados”, tanto sus raíces como sus repercusiones, es un revés sumamente perturbador de esta nueva era de la guerra.

J.: Antes, los periodos de creciente combatividad y organización solían dar pie a nuevas y potentes formas organizativas. En el siglo XIX fueron los sindicatos de oficio, en el siglo XX los sindicatos de ramo. ¿Están condenadas estas formas a desaparecer y, en este caso, qué podría sustituirlas?

B. J. S.: Sin duda no están condenadas a desaparecer. En EE UU, por ejemplo, algunos de los sindicatos que gozan de más vitalidad en estos momentos —desde el punto de vista del reclutamiento de nuevos miembros y de la combatividad— son los que tienen sus raíces en la antigua American Federation of Labor (AFL), en la tradición de los trabajadores

cualificados. Hay quien dice que algunos aspectos de esta antigua forma de organización se adaptan mejor a la naturaleza horizontal de los lugares de trabajo actuales, mientras que los sindicatos de ramo se asocian con las empresas integradas verticalmente. Sin embargo, esto no significa que los sindicatos de ramo estén muertos. Las victorias que jalonan la historia de los clásicos sindicatos del Congress of Industrial Organizations (CIO) —la huelga de brazos caídos de Flint en la planta de maquinaria y las huelgas concomitantes— se basaron en el poder de negociación estratégico de los trabajadores en los lugares de producción. Creo que todavía quedan lecciones por aprender de esas victorias.

Claro que ninguna de estas formas de organización logró abordar los problemas fundamentales del capitalismo. Como ya he mencionado, el problema con los sindicatos es que en la medida en que resultan demasiado eficaces, el capital y el Estado no tienen interés alguno en tratar con ellos y colaborar. Sin embargo, en la medida en que no consiguen un cambio real de la vida y el sustento de los trabajadores, que es lo que ha ocurrido normalmente, pierden credibilidad y legitimidad a ojos de los propios trabajadores. Pienso que vemos constantemente ambos lados de esta contradicción. Los sindicatos son parte de la solución, pero no son la solución completa.

Una de las ideas que defendía Marx era la de instar a los sindicatos a que conectaran con los parados en una única organización. ¿Es esto posible en un lugar como EE UU? Creo que sin duda es lo ideal; es a lo que se referían Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* cuando hablaban del papel de los comunistas en el movimiento obrero. Esto nos lleva de nuevo a las cuestiones asociadas a la relación entre los procesos de explotación y los procesos de exclusión y entre las luchas en el lugar de producción y las luchas en la calle. Para los sindicatos que quieran seguir a Marx, esto implica pensar estratégicamente sobre las condiciones en que los trabajadores con un empleo asalariado estable pueden participar y radicalizarse en las luchas de los desempleados y los trabajadores precarios, y viceversa.

J.: ¿Qué perspectivas hay de que se revitalice el movimiento obrero en EE UU? ¿Esperas asistir a un auge de la combatividad y la organización en un próximo futuro?

B. J. S.: Por un lado, déjame que diga que sí, que aunque sea por razones puramente teóricas, espero un aumento brusco de la combatividad obrera en EE UU, y no sólo en este país. Desde el punto de vista empírico, desde 2008 asistimos a un aumento en todo el mundo del malestar social con una base de clase, que retrospectivamente puede considerarse el comienzo de una revitalización a más largo plazo. Este juicio choca con el sentir general, pero es interesante comparar el pesimismo en boga con lo que

decían los expertos en la década de 1920. En aquella época observaban cómo los trabajadores cualificados perdían fuerza debido a la expansión de la producción en cadena y afirmaban que el movimiento obrero estaba herido de muerte, condenado para siempre. Estuvieron diciéndolo hasta la misma víspera de la oleada masiva de luchas obreras que hubo a mediados de los años treinta.

No entendieron que, si bien era cierto que muchos sindicatos de oficio estaban perdiendo fuerza, al mismo tiempo estaba formándose una nueva clase obrera. Eso mismo lo vemos hoy: una situación en que la clase obrera de la producción en cadena, propia del siglo XX, está perdiendo fuerza, pero en la que también está formándose una nueva clase obrera, inclusive en la producción industrial. Es importante no dejar simplemente de lado la industria a la hora de analizar lo que ocurre actualmente en EE UU, y mucho menos en el mundo en su conjunto. No obstante, cada vez que surgen nuevas oleadas de luchas obreras, la clase obrera parece ser otra y las estrategias y movilizaciones también son muy distintas.

J.: ¿Quién crees que dirigirá esta vez la nueva oleada?

B. J. S.: Es difícil decirlo. Lo que está más claro es cuáles son las cuestiones cruciales a que se enfrenta el movimiento obrero actualmente, y hasta cierto punto dichas cuestiones determinan la base de masas y la dirección necesaria para un “nuevo ascenso” que sea transformativo. Nos hallamos en una situación en que el capital destruye bases de sustento con mucha mayor rapidez que crea otras nuevas, de manera que asistimos a escala mundial, inclusive en países centrales y EE UU, a una expansión de la población excedentaria, y en particular a lo que Marx calificó en *El Capital* de “población excedentaria estancada”: aquellos y aquellas que realmente no se incorporarán jamás a un empleo asalariado estable.

Los obreros eventuales, temporeros, trabajadores a jornada parcial y los parados de larga duración, todo este grupo está creciendo, señalando el camino de la pauperización. Pese a la profunda crisis de legitimidad que esto genera para el capitalismo, no hay nada, ninguna tendencia dentro del propio capitalismo, que apunte en otra dirección. Si hemos de cambiar de rumbo, tendrá que ser obra de un movimiento político de masas porque no provendrá del propio capital.

Hay otras dos cuestiones importantes que conviene tener en cuenta. Una es que el beneficio capitalista, a lo largo de la historia, ha dependido de la externalización parcial no solo del coste de reproducción de la mano de obra, sino también de la reproducción de la naturaleza. Esta externalización deviene cada vez más insostenible, pero tampoco existe una tendencia intrínseca del capital a cambiar el rumbo en este terreno. Es más, puesto que el uso de la naturaleza como un bien gratuito fue un

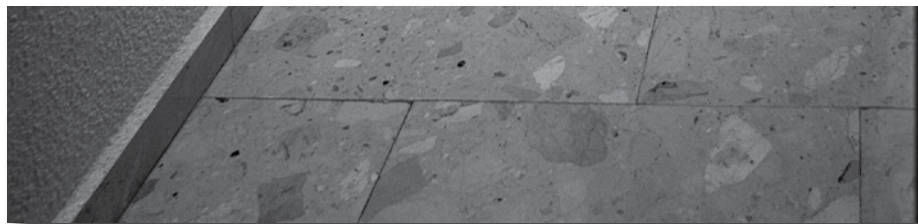
pilar del pacto social de posguerra que asoció la producción masiva con la promesa de consumo masivo por parte de la clase obrera, no es posible retornar simplemente a la llamada edad de oro del keynesianismo y del desarrollismo.

En segundo lugar, la tendencia histórica del capitalismo a resolver las crisis económicas y políticas a base de políticas expansionistas y militaristas y mediante la guerra es algo que debemos tomarnos en serio, especialmente en el periodo actual de crisis de la hegemonía y de declive de EE UU. Controlar el petróleo, apoderarse de recursos, luchar por el dominio de las vías marítimas en el mar del sur de China: todas estas pugnas encierran la posibilidad de un resultado increíblemente horroroso para el conjunto de la humanidad. Para evitarlo hará falta un internacionalismo renovado y actualizado del movimiento obrero que se sobreponga a las tendencias visibles hacia un nacionalismo obrero resurrecto y atávico.

De modo que todo análisis serio debe comenzar y terminar en el terreno de la geopolítica, examinando los vínculos entre el militarismo, los conflictos internos y los movimientos obreros. La antigua alternativa de “socialismo o barbarie” es tan relevante hoy en día como lo ha sido siempre.

www.jacobinmag.com/2016/09/workers-of-the-world

Traducción: *VIENTO SUR*



2. Miradas de clase

Del género y la clase

Lorena Garrón

La relación entre la clase y el género, en términos políticos, siempre ha sido controvertida. Hay muchas teorías que han explicado (o pretendido explicar) esta relación de múltiples formas. Desde las teorías marxistas clásicas, que han subordinado el género a la clase, hasta las teorías feministas radicales, que han subordinado la clase al género. Además de eso, en la relación entre patriarcado y capitalismo, nos encontramos con la teoría unitaria, dual y triple, que también intentan explicarnos la relación entre estas dos estructuras.

En primer lugar, la teoría unitaria sostiene que “en los países capitalistas no existe un sistema patriarcal autónomo del capitalismo. Existen relaciones patriarcales pero no constituyen un sistema en sí mismo” (Arruzza, 2016). Lo que la teoría unitaria intenta alcanzar es “ser capaz de leer las relaciones de poder basadas en el género o la orientación sexual como momentos concretos de ese articulado complejo y la totalidad contradictoria que es el capitalismo contemporáneo” (Arruzza, 2016).

En segundo lugar, la teoría de los sistemas dobles dice: “El género y las relaciones sexuales constituyen un sistema autónomo que se combina con el capitalismo y da nueva forma a las relaciones de clase, sin dejar de ser al mismo tiempo modificado por el capitalismo en un proceso de interacción recíproca” (Arruzza, 2016). En la teoría de los sistemas triples, se incorpora la cuestión racial, en la misma lógica que en la teoría de los sistemas dobles.

En este espacio no vamos a adentrarnos en todas esas teorías. En primer lugar, porque hay múltiples textos que las explican de forma brillante y, en segundo lugar, porque no es nuestro objetivo hacer una comparativa entre ellas. Lo que pretendemos aquí es poner en pie la que, a nuestro parecer, explica con mayor claridad una realidad compleja, múltiple, atravesada por diferentes aristas materiales y simbólicas que determinan la vida de las mujeres. Y, en este sentido, sería la segunda teoría.

Vamos a intentar explicar la relación entre el género y la clase de varias formas, pretendiendo despejar las dudas que, razonablemente, surgen con este tema, dejando una idea clara: necesitamos combinar el análisis marxista y el feminista para explicar la situación de desigualdad de las mujeres en las sociedades capitalistas occidentales.

De la relación entre el patriarcado y el capitalismo

El primer paso es definir los dos sistemas en los que nuestra sociedad está inmersa y a los que nos enfrentemos.

Creemos que la caracterización que hace Arruzza del patriarcado es bastante acertada. Éste es definido como “un sistema de relaciones, tanto materiales como culturales, de dominación y explotación de las mujeres por parte de los hombres. Tiene su propia lógica pero es permeable al cambio histórico y está en relación continua con el capitalismo” (Arruzza, 2016). Por tanto, el patriarcado “no es simplemente una estructura psíquica, sino también social y económica” (Hartmann, 1988).

Que la mayoría de las sociedades conocidas hayan sido patriarcales no debe llevarnos a la conclusión de que el patriarcado es universal y ahistórico, ya que eso significaría que no hay lugar para erradicarlo. Por el contrario, sostenemos que es un producto histórico, cuyas características varían según el lugar del mundo, la época y el sistema económico en el que se encuentre y está determinado por múltiples categorías como la raza, la edad, la orientación sexual, etcétera.

Por su parte, el capitalismo podríamos definirlo como el sistema económico y social en el que

los que producen (los trabajadores) no poseen los medios de producción, así que tienen que trabajar por los que sí poseen los medios de producción (los capitalistas). Así pues, los obreros tienen que vender al capitalista lo único que poseen, la capacidad de trabajar, o la fuerza de trabajo (Mitchell, 2016).

Ahora bien, estos dos sistemas, con características propias y relativa autonomía, están íntimamente relacionados, tanto que “los cambios en el uno crean habitualmente movimientos, tensiones o contradicciones en el otro” (Hartmann, 1988) y no podemos cometer el error de explicar su relación subordinando ninguno de ellos al otro, a riesgo de no hacer un buen análisis de la realidad, como le ha pasado a la mayor parte del movimiento obrero histórico (donde la clase lo determina todo) o al feminismo liberal (donde el género es el que determina las relaciones), y con ello dejar fuera las reivindicaciones de la mitad de la clase trabajadora o crear falsas y peligrosas alianzas.

Podemos poner varios ejemplos de la autonomía relativa de la que hablábamos. Por un lado, con respecto al capitalismo: cuando hablamos de una bajada de salario en una empresa, a menos que ésta pertenezca a un sector feminizado

“... los trabajos que reproducen la vida son los menos (o nada) reconocidos económica y socialmente.”

(algo que analizaremos más adelante), la desigualdad se crea en base a una clase poseedora que en la jerarquía del capitalismo es superior a la clase trabajadora o desposeída y, por tanto, el empresario tiene el poder (y cree tener el derecho) de establecer el sueldo que más le convenga para sus intereses económicos y sociales, independientemente del género al que pertenezcan esos trabajadores.

Extraemos de este ejemplo que el capitalismo ordena a la sociedad en dos clases: una clase capitalista y opresora, poseedora de los medios de producción y dueña de los instrumentos para el control social, y una clase trabajadora y oprimida, que sólo tiene su cuerpo y su tiempo (elemento del que hablaremos después) para ponerlo a disposición de la clase capitalista.

Por otra parte, con respecto al patriarcado: cuando hablamos de una violación sexual, la desigualdad se crea con base en una identidad “hombre” que en la jerarquía del patriarcado es superior a la identidad “mujer” y, por tanto, el hombre tiene el poder (y cree tener el derecho) de poseer en términos sexuales el cuerpo de la mujer a la que viola, independientemente de la clase a la que pertenezcan ambos.

No es que las necesidades de la reproducción biológica determinan la organización simbólica de la división sexual del trabajo y, progresivamente, de todo el orden natural y social, más bien es una construcción social arbitraria de lo biológico, y en especial del cuerpo, masculino y femenino, de sus costumbres y sus funciones, en particular de la reproducción biológica, que proporciona un fundamento aparentemente natural a la visión androcéntrica de la división de la actividad sexual y de la división sexual del trabajo y, a partir de ahí, de todo el cosmos (Bourdieu, 2000: p. 37).

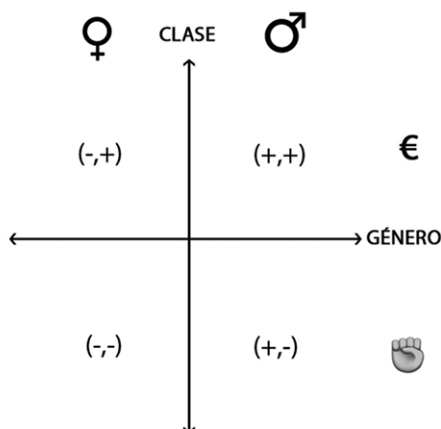
Ahora bien, la base material del patriarcado está en todas aquellas estructuras que refuerzan o imponen la posición de superioridad de los hombres: Iglesia, escuela, familia y Estado.

No obstante, en la mayoría de las ocasiones, no se da una distinción tan clara entre lo relativo al género y lo relativo a la clase dentro de las relaciones de poder. Cuando hablamos, por ejemplo, de la privatización de la educación (muy generalizada en estos años en nuestro país), ambos sistemas se encuentran y se cruzan. Por un lado, se da un empeoramiento de las condiciones laborales de las personas que trabajaban en los colegios, ya que los dueños de éstos intentan sacar el mayor beneficio económico posible a su negocio a costa del trabajo de sus empleados. Pero, por otro lado y no por casualidad, la mayoría de las personas que trabajan en la educación primaria y, por tanto, en dichos colegios, son mujeres. De esta forma, vemos cómo la dominación o desigualdad a quien afecta en este caso es a un sector concreto de la población, que no es minoritario: la mujer de clase trabajadora.

Así, el patriarcado organiza la producción (en el sentido amplio del término, es decir, lo que podríamos llamar producción y reproducción) y divide el trabajo según los géneros, estableciendo una jerarquía tal que los trabajos que producen plusvalor (según las leyes del marxismo) son los más reconocidos económica y socialmente y están ocupados mayoritariamente por hombres. Al contrario, los trabajos que reproducen la vida en cualquiera de sus sentidos (es decir, tanto la creación de vida como los cuidados, pero también la educación como reproductora de cultura, etcétera) son los menos (o nada) reconocidos económica y socialmente y están ocupados mayoritariamente por mujeres. “La opresión de género es funcional al capitalismo y consecuencia (aunque no necesaria) de su funcionamiento” (Arruzza, 2016).

Intentemos trasladar esta interrelación a una imagen, un gráfico de coordenadas, para así verlo de forma más clara y poder descifrar algunas de las consecuencias que de ello se derivan:

Gráfica 1



Elaboración propia.

En este gráfico, lo que vemos es la representación de la jerarquía que establece la interrelación entre el sistema capitalista (representado por la clase en el eje vertical) y el sistema patriarcal (representado por el género en el eje horizontal). Al cruzarse ambos ejes, y siguiendo la lógica de las gráficas de coordenadas, el hombre de clase alta (representado en la parte superior derecha) es el que está en lo más alto de esa jerarquía y, por tanto, ejerce el poder sobre el resto de sujetos. En el otro extremo, la mujer de clase trabajadora (representada en la parte inferior izquierda) es la que más baja está en esa jerarquía y, por tanto, el sujeto más oprimido en las relaciones de poder.

Evidentemente, y como hemos indicado antes, esas dos categorías son cruzadas continuamente por multitud de elementos cambiantes (como la religión, la edad, etcétera) o permanentes (como la raza, la diversidad funcional, etcétera) que influyen en esa jerarquía. Y, por tanto, son múltiples las discriminaciones que sufrimos las mujeres, no pudiendo leerse esto como una suma de desigualdades, sino más bien como un todo. Las mujeres somos un grupo muy heterogéneo y el resto de ejes de opresión interactúan entre ellos, a la vez que con el género y la clase y estas múltiples opresiones no pueden ser medidas cuantitativamente.

Del tiempo como recurso

Hay un elemento que subyace en la base de toda nuestra explicación: la configuración de las jerarquías, ya sea en razón de clase o género, mediante la apropiación de los recursos de un sector de la población. Éstos pueden ser el producto del trabajo o los beneficios de este producto. Ahora bien, hay un elemento que es puesto encima de la mesa hace relativamente poco y es el tiempo. El tiempo como recurso.

Evidentemente, cuando realizamos cualquier actividad, ésta nos toma un tiempo. Cuando hablamos de trabajo remunerado, ese tiempo forma parte de lo que una persona da para obtener los ingresos que te permiten poder vivir. En este caso, está claro que quien se apropia de tu tiempo es el capital, seas hombre o mujer.

No obstante, el trabajo de cuidados no remunerado, los cuales necesitan todas las personas para poder vivir y hacerlo con bienestar, es decir, trabajo que es imprescindible para la vida, es desarrollado mayoritariamente por mujeres trabajadoras. Este trabajo gratuito, invisibilizado y muy pocas veces valorado, permite dos cosas: que los hombres “puedan encarnar la figura de proveedor plenamente disponible y flexible para la empresa e introducirse así en términos privilegiados en el mercado laboral gracias al trabajo oculto de otras personas” (Pérez Orozco, 2014: p. 65); y que, el resto de los agentes sociales y económicos de la sociedad (empresas, Estado, la colectividad...), puedan también desentenderse de esta labor. En este caso, quienes se apropian del tiempo de las mujeres son tanto el capital como los hombres.

Si, además, a eso se une que “la carga en tiempos de los trabajos domésticos y de cuidados está aumentando” y que “lo más probable es que esa mayor carga de trabajo esté siendo asumida por las mujeres”, el resultado es que la mayor parte de las mujeres trabajadoras destinan todo su tiempo a satisfacer las necesidades de los demás, a costa de sus propias necesidades. Lo que deriva en que la mayor parte de su vida está dedicada a trabajar, ya sea de forma remunerada o no y, por tanto, dejen de lado el autocuidado, el ocio, la formación, la participación política, etcétera, en la mayoría de los casos, o tengan que hacer verdaderos malabares para llegar a todo. En muchos casos,

acudiendo a otras mujeres “abuelas, a lo largo de un eje marcado por la edad, y empleadas de hogar, a lo largo de ejes marcados por la desigualdad de clase, etnia y condición migratoria” (Pérez Orozco, 2014: p. 68).

Ni la clase capitalista ni los hombres van a renunciar a sus privilegios sin presentar batalla. Tendremos que trazar las estrategias adecuadas para cada uno de los frentes. Para los hombres tenemos un trato: les daremos “poder sobre sus enemigos. El precio es el fin de sus privilegios sobre nosotras” (James, 2014).

Del feminismo y el anticapitalismo como salida

Muchas mujeres nos hemos dado cuenta de que nuestra liberación no va a venir a través del trabajo. Obviamente, la emancipación económica es imprescindible para la autonomía de las mujeres pero el trabajo, en cualquiera de sus formas, supone la explotación de las mujeres y la apropiación de nuestro tiempo. Por tanto, debemos luchar para tener autonomía económica sin renunciar a las tareas de cuidados (siempre que sean compartidas y socializadas) ni a tener libre disposición de nuestro tiempo.

Ya lo decíamos al principio de este texto: para vencer tanto al capitalismo como al patriarcado necesitamos tener un enfoque que combine marxismo y feminismo, y una práctica de lucha que combine anticapitalismo y feminismo, sin subordinaciones. Debemos imaginar un mundo libre de toda opresión y, por tanto, iniciar la conquista de ese mundo libre desde el ahora. Para ello la clase trabajadora en su conjunto debe tener conciencia de los sistemas de opresión a los que nos enfrentamos, y elevar el nivel de conciencia y organizar la lucha colectiva, tanto en lo que respecta a la opresión de género como de clase, es imprescindible.

Hay que dejar clara una cuestión y es que la división de la clase trabajadora no la creamos nosotras reivindicando nuestros derechos, no la crea el feminismo. La división de la clase trabajadora la crea el patriarcado, la crean los propios hombres ejerciendo su dominación sobre nosotras. Las mujeres no somos un apéndice de la clase; somos la clase misma y, por tanto, nuestros intereses, como mujeres trabajadoras, son los intereses de la clase.

De no haber existido el patriarcado, la clase obrera unificada podría haberse enfrentado al capitalismo, pero las relaciones sociales patriarcales dividieron a la clase obrera, permitiendo que una parte (los hombres) fuera comprada a expensas de la otra (las mujeres) (Hartmann, 1988).

Lorena Garrón es miembro de Participa Sevilla y del Círculo Feminista de Podemos Sevilla. Es militante de Anticapitalistas y forma parte del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

Referencias

- Arruzza, C. (2016) "Reflexiones degeneradas: patriarcado y capitalismo". *Aporrea.org*. Disponible en: www.aporrea.org/actualidad/a225222.html.
- Bourdieu, P. (2000) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- García Sainz, C. (2009) *Género y clase social treinta años después*. Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer-UAM.
- Hartmann, H. (1988) "Un matrimonio mal avenido". *Papers de la Fundació*, 88, Fundació Cam-palans, Barcelona.
- James, S. (2014) "Sexo, raza y clase". Disponible en: <https://marxismocritico.com/2014/03/03/sexo-raza-y-clase-selma-james>.
- Mitchell, E. (2016) "Soy mujer y soy humana: Una crítica marxista y feminista de la teoría de la interseccionalidad". Disponible en: <http://unityandstruggle.org/2016/02/19/soymujerys-oyhumana>.
- Pérez Orozco, A. (2014) "Del trabajo doméstico al trabajo de cuidados". En *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política*. Madrid: La oveja roja-VIENTO SUR.



3. Miradas de clase

La salud desclasada: voces desde las trincheras

Vicky López Ruiz

La Organización Mundial de la Salud define "salud" como el estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de enfermedad. Esta definición, en su momento, constituyó la superación de la concepción de la salud como ausencia de enfermedad y mostró una visión más global del concepto en sí. Sin embargo, es una definición que plantea grandes problemas epistemológicos, ya que da por sentado que hay un consenso universal sobre lo que significan los términos clave de la definición,

esto es, “salud” y “bienestar”, por lo que se trata de una definición ahistórica y apolítica. Esta definición deja entrever que la salud es un concepto científico “que se aplica a todos los grupos sociales y a todos los períodos históricos por igual” (Navarro, 1998: p. 49).

Esta definición nos trae imaginarios de la salud desde el positivismo que rechazan que la salud sea un constructo social o cultural y que la hacen invariable independientemente de las circunstancias sociales y económicas. Concebimos la salud como pensamiento científico objetivo, desprovisto de ideología, de subjetividades y de construcciones sociológicas. Esto ha facilitado que, desde las estructuras de poder, la salud se convierta en un instrumento de control de los cuerpos y, por lo tanto, en una herramienta de control de masas en las sociedades. Asumiendo que es fundamental reapropiarnos del concepto de salud y ser capaces de enlazarlo con la realidad social actual y el contexto de desigualdades en la que vivimos, este artículo trata de trazar esa línea sociopolítica sobre la que ir desgranando una concepción de la salud emancipadora y de clase.

Breve historia de la salud pública: de la medicina social a los riesgos individuales

El progreso de la medicina debiera eventualmente prolongar la vida humana, pero la mejoría de las condiciones sociales podría obtener este resultado con mayor éxito y rapidez (Virchow).

En 1874 Friedrich Engels publica su libro sobre las condiciones de la clase obrera en Inglaterra donde analiza la enfermedad y la muerte prematura de los obreros. Años después, en 1842, Chadwick, pionero de la Salud Pública inglesa, escribe un informe sobre las condiciones sanitarias de los obreros en Gran Bretaña. Este informe, para nada politizado, pretendía mediante el determinismo ambiental establecer medidas de saneamientos que garantizaran la supervivencia de los centros urbano-industriales. Ya en 1948, Rudolph Virchow publica su Informe sobre la epidemia de tifus en Alta Silesia. Tras una larga investigación y observación del problema, éste llegó a la conclusión de que, desde una etiología multifactorial, las condiciones materiales de la vida de la gente eran los factores causales más importantes a la hora de producir estas epidemias. Virchow hablaba de cómo unas condiciones sociales desfavorables facilitaban la diseminación de las enfermedades, cómo se incrementaba la susceptibilidad de la población frente al clima, agentes infecciosos, y otros factores causales específicos ninguno de los cuales, por sí solo, era suficiente para producir una epidemia.

Virchow se convierte así en la principal figura de la Medicina Social que plantea medidas desde lo político, destacando la función del profesional sanitario como activista social. En palabras de éste:

“... influyen multitud de factores que tienen que ver con la clase social y los medios materiales.”

No es suficiente que el Estado garantice las necesidades básicas para la existencia y que asista a todo aquel cuyo trabajo no le baste para solventar esas necesidades; el Estado debe hacer más, debe asistir a cada uno de tal manera que tenga las condiciones necesarias para una existencia en condiciones de salud. (...) No habrá salud sin una completa o ilimitada democracia (Virchow, 1848).

De esta manera, la revolución industrial y las nuevas urbes abren paso a una nueva concepción de la medicina desde lo sociopolítico, pero que pronto se verá tapada por la rama más bacteriológica y biológica. Con el descubrimiento del bacilo de Koch y el comienzo de la era bacteriológica, se construye un pensamiento hegemónico de la enfermedad como un proceso meramente biológico causado por microorganismos, erigiendo sistemas sanitarios que abordan sólo estas causas y dejando en un cajón lo social. Se erige la medicina basada en la tecnología y la farmacopea, en la que los “pobres” sólo exijan acceso a un sistema sanitario pero no condiciones dignas para poder tener salud. Una medicina que garantizaba que continuase la producción pero no el bienestar de las clases trabajadoras.

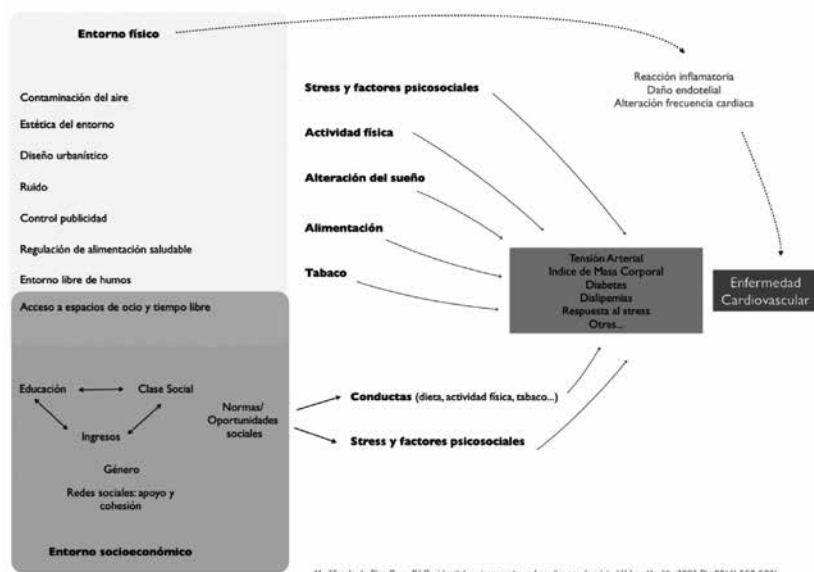
La salud la eliges tú

En el siglo XX, con el surgimiento de las enfermedades crónicas, no explicables por microorganismos, se vuelve a poner de manifiesto la necesidad de otros modelos explicativos. Se comienza a hablar de factores de riesgo individuales como el colesterol, la hipertensión, la obesidad, el estrés, etcétera, y de la probabilidad de enfermar como algo que depende solamente del individuo y no de su entorno. Estos factores de riesgo tienen dos formas de abordarse, desde la farmacoindustria o desde la promoción de la salud. Esto, por un lado, contribuirá al enriquecimiento sin límites de las grandes industrias farmacéuticas y el gran negocio de las patentes; pero por otro llevará al trabajo en salud desde la responsabilidad individual en el enfermar. Hablaremos de hábitos y de conductas, en las que el mito de la elección de las formas de vida vuelve a poner un velo sobre los condicionantes de clase. Así, mientras nos bombardean con anuncios sobre fármacos milagrosos, cigarrillos electrónicos, dietas y yogures que refuerzan las defensas, siguen sucediéndose muertes injustas y evitables.

El tabaco está considerado como la primera causa de muerte evitable en el mundo. Las campañas de Salud Pública han centrado todos sus esfuerzos en la deshabituación tabáquica y en poner de manifiesto todas las consecuencias negativas que éste tiene para nuestra salud. Sin embargo, estudios recientes documentan que el hábito tabáquico disminuye cada vez más en clases altas y que son las personas pobres y con un bajo nivel de instrucción las que más fuman. Lo mismo ocurre con la obesidad (segunda causa de muerte evitable). Estudios sobre las obesidad infantil demuestran que ésta es hasta tres veces

más frecuente en familias de clase social baja debido al acceso a una alimentación inadecuada, la influencia del entorno, la capacidad económica, etcétera. Según la Encuesta de salud de Catalunya de 2014, la obesidad infantil afecta a un 20,1% de los menores de clase baja y a un 20,2% de los niños y niñas que tienen una madre con sólo estudios primarios o sin estudios.

Pero, ¿y si fuésemos capaces de mirar las causas de las causas? En 2003, Ana V. Diez Roux publica en *Journal of Urban Health* un artículo analizando el por qué de las diferencias en la salud cardiovascular. En él la autora desgana qué hay detrás de cada uno de los factores de riesgo individuales, poniendo el foco en los entornos residenciales y en las condiciones socioeconómicas globales. En este artículo podemos ver cómo detrás de lo que nos proyectan como opciones individuales influyen multitud de factores que tienen que ver con la clase social y los medios materiales (Diez Roux, 2003). Es decir, practicar deporte será imposible sin un entorno urbanístico que lo favorezca (algo que raramente ocurre en los barrios populares), pero también será imposible para el obrero que trabaja 12 horas casi sin días libres o la mujer que cuida a tiempo completo, o aquella persona en desempleo que lucha por sobrevivir.



Gráfica 1: R. Cofiño. Las causas de las causas.

De los hábitos de vida a los condicionantes sociales

En 1980 aparece el “Informe Black”, que publica las diferencias en esperanza de vida de la población británica según fuese su ocupación laboral. Éste señala que, aunque hay una disminución de la mortalidad desde 1951 a 1971 de todas las clases

sociales, aquellas personas trabajadoras no cualificadas tienen una mortalidad muy por encima de los más cualificados. Asimismo, en el estudio Whitehall, Michael Marmot demuestra cómo hay un gradiente incluso en el funcionariado británico, siendo la mortalidad de los funcionarios británicos con mayor especialización menor que aquellos que están por debajo en la jerarquía funcional.

Desde entonces se han sucedido múltiples modelos explicativos sobre la influencia de los determinantes sociales en la salud. Desde el modelo multicapa de Dahlgren y Whitehead, donde las desigualdades sociales en salud son el resultado de múltiples interacciones causales entre individuo, comunidad y sistema socioeconómico; hasta el modelo de Solar e Irwing, que plantea cómo la estratificación social está condicionada por unos determinantes estructurales, pasando por unos determinantes intermedios que definirán el acceso a unas condiciones de vida generadoras de salud. Bajo este paraguas, la salud estará condicionada por unos determinantes estructurales que según la OMS se definen como “aquellos que generan estratificación y división social de clases en la sociedad y que definen la posición socioeconómica individual dentro de las jerarquías de poder, prestigio y acceso a los recursos” y que incluirán desde el contexto socioeconómico y político hasta los ejes de desigualdad que atraviesan todas las sociedades: género, etnia, clase social y posición socioeconómica.



Gráfica 2: López. V.; Padilla. J. Modelo de determinantes sociales de la salud. Modificado de Solar e Irwing.

Mientras tanto, en Latinoamérica surge el movimiento de la medicina social y la salud colectiva bajo la influencia del pensamiento marxista, la Revolución cubana, las luchas antiimperialistas y la búsqueda de un desarrollo propio garante de la soberanía de los pueblos. Para estos cualquier proceso salud-enfer-

medad debe entenderse como un proceso dialéctico y todo debe ser analizado bajo el amparo del contexto social que lo determina (Breilh, 2003). Resaltan las dinámicas de acumulación del capital como esenciales para entender la determinación social de los procesos de salud-enfermedad. Un ejemplo de ello son las investigaciones realizadas por Jaime Breilh en el campo de la floricultura en Ecuador, las cuales, además de generar evidencia científica, gestan procesos de empoderamiento social de los “pequeños floricultores” en procura de una producción más saludable y en oposición al “capitalismo salvaje” profesado por los “grandes floricultores”. Desde estos movimientos, se realiza una crítica al modelo de determinantes anglosajón (especialmente el propugnado desde las instituciones), desde donde se les acusa de otorgar el potencial de cambio a las acciones estatales de acuerdos económicos o de gestión política y no cuestionar las bases estructurales de las inequidades en salud. Un sistema capitalista que se nutre de las desigualdades jamás podrá alcanzar la equidad en salud.

Aterrizando modelos. El caso de la vivienda

El propósito de la ciencia es entender el mundo para cambiarlo y mejorarlo. Hablar de *disparities* es una mera descripción de las diferencias. Hablar de *inequalities* es hablar de una violación de las normas morales de igualdad entre seres humanos (Vicenç Navarro, 1998).

Recientemente conocíamos que una mujer de 81 años moría en su piso por un incendio provocado por una vela. Se encontraba sin suministro de luz desde hacía 2 meses y utilizaba velas para iluminar su casa. Son muchos los factores etiológicos a los que podemos acudir para explicar el caso: la pobreza energética, la desprotección social, la soledad... Lo que está claro es que a esta anciana no la mató el fuego. La mató la crisis. Una crisis que se manifiesta con un *crack* financiero pero que tiene múltiples caras. Una crisis económica, de cuidados, energética... en definitiva, una crisis de modelo.

La emergencia habitacional que se ha experimentado desde hace unos años pone de manifiesto un modelo caduco en el que se privilegiaba a los poderes económicos frente a las clases populares. Un modelo en el que las personas se convierten en fuerza de producción o de consumo para que la maquinaria de mercado siga rodando. La fantasía de la clase media mayoritaria caía junto con lo poco que quedaba de “Estado del bienestar” dejando de fondo un espejismo de la tan pretendida vuelta a la “normalidad”.

Decía Thompson que “la clase obrera existe cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos” (Thompson, 1989). La lucha por la vivienda y contra la pobreza energética se convierte hoy día no sólo en el despertar de una conciencia de clase, sino en uno de los *leitmotiv* principales por los que derrotar a las clases do-

“La lucha por la vivienda y contra la pobreza energética, uno de los leitmotiv, principales por los que derrotar a las clases dominantes.”

minantes. Clásicamente, el análisis de la relación de la vivienda y la salud, se ha realizado desde cuatro perspectivas:

- Las condiciones de la vivienda: se ha demostrado que el moho y la humedad en las viviendas se relaciona con el empeoramiento y la aparición de problemas respiratorios, así como el uso de materiales como el plomo o productos químicos tóxicos.
- Las características del entorno: no solo se han de tener en cuenta los condicionantes ambientales del entorno, sino también el componente social (tener unas buenas redes sociales son un efecto protector de la salud).
- La tenencia de la vivienda.
- Pobreza energética: en 2011, el UCL Institute of Health Equity publicó su informe “Los efectos sobre la salud de los hogares fríos y la pobreza energética”. Este y otros artículos posteriores han relacionado la pobreza energética con exceso de mortalidad, incremento en el desarrollo de eventos cardiovasculares, patologías del aparato respiratorio y depresión.

Además de estos aspectos, hoy surge un nuevo fenómeno: las ejecuciones hipotecarias. En España, el estudio de Gili señaló el mayor riesgo de trastorno mental para las personas con dificultades en el pago de las hipotecas y los desalojos (Gili, 2013). Recientemente, un informe de la Escuela Andaluza de Salud Pública ha señalado que el 86% de las personas en proceso de desahucio padecen alguna enfermedad crónica y el 44,9% tienen alguna enfermedad mental (frente al 49,6 y el 8,7% del resto de la población, respectivamente).

Medios de producción, mercado y salud

La concentración de los medios de producción en manos de unos pocos y la supremacía del mercado han hecho que, mediante la excusa de la maximización de los recursos y la puesta en alza de la figura del emprendedor, unas condiciones laborales dignas se hayan convertido en un privilegio inalcanzable. La temporalidad, la disminución de los salarios, la contratación parcial... en definitiva, la aparición del precariado como nueva clase social (Standing, 2013), ha hecho que hoy día tener un empleo no sea garantía de salir de la pobreza^{1/}.

Como espejo de vidas destrozadas por el neoliberalismo, encontramos a “las kellys”, camareras de piso que trabajan en hoteles cobrando algo más de 2€/hora. “Estamos hechas polvo, seguimos trabajando a fuerza de pastillas”,

^{1/} La Comisión Europea advertía en 2014 de que encontrar un puesto de trabajo en nuestro país no suponía dejar de estar en riesgo de pobreza; así, el 65% de las personas que se incorporaban al mercado laboral en 2013 seguían en una situación crítica.

“A mí me robaron la salud y como a mí a todas mis compañeras” (Cañada, 2015). Según un informe elaborado por Comisiones Obreras y el sindicato internacional UITA, se calcula que el 71% de las camareras de piso debe consumir medicamentos diariamente para poder afrontar la jornada laboral. Estudios nos dicen que la inseguridad laboral está relacionada con un peor estado de salud y con enfermedades cardiovasculares. Problemas estructurales y sistémicos, cuya única solución son fármacos e intervenciones quirúrgicas para mantener vivas las piezas del engranaje.

En la otra cara de la moneda encontramos el desempleo. Éste, que ha aumentado significativamente desde el año 2007 llegando incluso a cifras de 53,8% cuando hablamos de desempleo juvenil, está relacionado con un aumento de factores de riesgo cardiovasculares, con una peor salud autopercibida, un aumento de la mortalidad generado con la presencia de trastornos de salud mental como la depresión, el suicidio y las adicciones. Nos encontramos que, en un momento en el que el empleo pierde su lugar en la sociedad como la columna vertebral, pero en el que muchos de los derechos sociales están ligados a la venta de la fuerza de producción, sólo se garantiza la salud de las clases dominantes, dejando al resto hundidos en la precariedad o el desempleo.

Pero para la producción de mercado es necesaria la reproducción del trabajo: el trabajo de cuidados. Considerar los determinantes sociales de la salud de las mujeres, olvidando las influencias que emanan más allá del trabajo remunerado, como el patrón de poder y subordinación en casa, es un error (Bartley, 1999). Así, se ha documentado que mientras en la población ocupada entre los hombres las diferencias de clase se explican en gran parte por las condiciones de trabajo y de empleo, en las mujeres lo hacen por las condiciones materiales del hogar y el trabajo doméstico. Tanto es así que la sobrecarga de cuidados en mujeres es el doble que la sobrecarga en hombres. De esta manera, encontramos una peor salud de las personas cuidadoras en todo tipo de patologías, desde una mayor prevalencia en patología cardiovascular hasta cefalea, dorsalgia, dolores articulares, etcétera, pero también en una situación de dependencia económica y aislamiento social que repercutirá en su salud.

Aparece así el concepto de interseccionalidad (Crenshaw, 1995) como expresión de un sistema complejo de estructuras de opresión múltiples y simultáneas, que operan en base a las categorías sociales sobre las que se sustenta el sistema. Estas formas de discriminación múltiples no se excluyen mutuamente ni se suman sino que forman un entrelazado que da lugar a una forma de discriminación aún mayor. Por lo que el impacto de la clase social en la salud irá entrelazado a otras formas de discriminación como son género, grupo étnico, diversidad funcional, etcétera:

De origen chileno, Isabel Escobar pasaba doce horas diarias limpiando en un geriátrico y, tras ser despedida por denunciar las pésimas condiciones en que trabajaba, ha encon-

trado trabajo cuidando personas en situación terminal o de edad avanzada. Escobar es el espejo de un colectivo que sobrepasa las 700.000 personas en todo el Estado —el 80% son mujeres inmigradas—, 400.000 de las cuales trabajan en negro y en las que se aplica un régimen especial que las precariza del todo (Colectivo Sindihogar-Sindillar, 2016).

Salud, autonomía y resistencias

Cuanto más bajo está alguien en el gradiente social, menos probable es que vaya a tener un control total sobre su vida y una participación social plena. La autonomía y la participación social son tan importantes para la salud que su falta conduce al deterioro de la salud (Marmot, 2004).

Lo que Marmot cataloga como “síndrome de clase” se configura como pequeñas pinceladas de memoria biográfica que se quedan en nuestros cuerpos, como resultado de un sistema económico injusto, unas representaciones culturales inversas o unos procesos de socialización marcados por la precariedad y las relaciones de dominación. Como podemos ver en la figura 2, los sistemas sanitarios actúan como amortiguadores de un sistema enfermo. Contribuyen a paliar las desigualdades sociales en salud, ayudan a prolongar nuestras vidas mediante psicofármacos, betabloqueantes o vasodilatadores. Adormecen conciencias y relajan cuerpos, dando respuesta inmediata a todos nuestros males sistémicos.

La cara oculta de todos estos procesos es la progresiva medicalización de los problemas sociales. Se define la medicalización de la vida cotidiana como el proceso por el cual un problema es definido en términos médicos, descrito usando un lenguaje médico, entendido bajo la adopción de un marco médico o tratado con una intervención médica (Conrad, 2007). Como ya decía Ivan Illich, en su obra *Némesis médica*, es la invasión de la medicina y su aparato tecnológico a un número creciente de personas y condiciones. Son las soluciones individuales frente a los problemas colectivos.

Atrás quedan todas las estrategias globales promulgadas en documentos y pactos de organismos internacionales con lemas tan sonoros como “salud en todas las políticas” o “salud para todos”. En 1996 se publica el informe “Desigualdades sociales en salud en España”, el cual tuvo muy poca difusión y cuyas recomendaciones nunca se ejecutaron. Posteriormente en 2010 se realiza el documento “Avanzando hacia la equidad”, de la Comisión para reducir las desigualdades sociales en salud en España, siendo éste una adaptación del modelo de la OMS y enumerando una serie de medidas a poner en marcha para la reducción de desigualdades sociales en salud. Dicha adaptación del modelo avanzaba en la visión salubrista e interdependiente de los determinantes de salud; sin embargo, las propuestas del documento nunca se convirtieron en el eje vertebrador de ningún plan ambicioso de reducción de las desigualdades sociales en salud en España. Sin embargo, se llevan a cabo reformas como el RD 16/2012 que acaban con la cobertura universal, introduciendo la condición

de “asegurado” y excluyendo a las personas migrantes en situación irregular de la asistencia sanitaria.

Los gobiernos laboristas británicos y socialdemócratas escandinavos llevan varias décadas empeñados en demostrar que es posible reducir la brecha de las desigualdades, sin cambiar el sistema político-económico que lo genera, es decir, el sistema capitalista (Segura, 2013). Muy alejadas de ese sueño del “capitalismo amable” que nos adormece, en las trincheras surgen voces de resistencia, fuera y dentro del sistema sanitario, que proclaman lo social indisolublemente unido a la salud. Surgen estrategias de lucha colectiva como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, que se convierten en plataformas desmedicalizadoras del sufrimiento, convirtiendo el estigma del deudor en rabia colectiva^{2/}. Plataformas que forman grupos de apoyo mutuo que sustituyen a las benzodiacepinas y los antidepresivos. “No es tu problema, es el sistema”; asociaciones de trabajadoras que propugnan que con su salud no se juega y encabezan luchas exigiendo unas condiciones laborales que no les maten poco a poco. Dentro del sistema sanitario, surgen cada vez más voces que apuestan por lo comunitario y por herramientas de construcción colectiva en salud. Perspectivas críticas y liberadoras como la salud comunitaria, la antipsiquiatría, la epidemiología crítica, etcétera, que entienden que el modelo biomédico, fundamentado en una falsa objetividad, no puede ser la base de los sistemas de salud. Voces que escriben una batalla invisible: la lucha de las clases populares por la salud en un sistema enfermo de desigualdad.

Vicky López Ruiz es concejala de Ganemos Córdoba y participa en Podemos Córdoba. Forma parte del Colectivo Silesia.

Referencias

- Bartley M. (1999) “Measuring women’s social position: the improvement of theory” [editorial]. *Journal of Epidemiol Community Health*, 53, pp. 601-2.
- Benach, J. y Montaner, C. (2005) *Aprender a mirar la salud. Cómo la desigualdad daña nuestra salud*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Breilh, J. (2003) *Epidemiología crítica: ciencia emancipadora e interculturalidad*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Cañada, E. (2015) *Las que limpian los hoteles: historias ocultas de precariedad laboral*. Madrid: Icaria.
- Ciapponi, A. (2011) “Systematic review of the link between tobacco and poverty”. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- Colectivo Sindihogar-Sindillar (2016) “Karina Fulladosa i Isabel Escobar: ‘El treball domèstic ha esdevingut una forma d’esclavatge’”. Entrevista de Àlex Romaguera. *La Directa*, 26/7/2016. Disponible en: <https://directa.cat/karina-fulladosa-isabel-escobar-treball-domestic-ha-esdevingut-una-forma-desclavatge>.
- Conrad, P. (2007) *The Medicalization of Society: On the transformation of Human Conditions into Treatable Disorders*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

^{2/} Ver el trabajo de Elena Ruiz “Desahucios y salud. Cuando la política callejera se convierte en medicina”.

- Crenshaw, K. (1995) "Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics and violence Against Women of Color". En K. Crenshaw; N. Cotanda; C. Peller; K. Thomas (eds.), *Critical Race Theory. The key writings that formed the movement*, pp. 357-383. Nueva York: The New Press.
- Diez Roux, A. (2003) "Residential environments and cardiovascular risk". *J. Urban Health*, pp. 569-89).
- Gili, M. (2012) "The mental health risks of economic crisis in Spain: evidence from primary health care". *European Journal of Public Health*, 23, pp. 103-8.
- Marmot, M. (2004) *The Status Syndrome: How Social Standing Affects Our Health and Longevity*. Nueva York: Times Books.
- Navarro, V. (1998) "Concepto actual de la Salud Pública". En Martínez, F., Castellanos, P. L., Navarro, V., *Salud Pública* (pp. 49-54). Ciudad de México: Mc Graw-Hill.
- Padilla Bernáldez, J. y López Ruiz V. (2016) "Las repercusiones de la pobreza en la salud de los individuos y las poblaciones". *FMC*, 23 (pp. 50-60).
- Segura del Pozo, J. (2013) "Desigualdades sociales en salud. Conceptos, estudios e intervenciones (1980- 2010)". Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. Doctorado Interfacultades en Salud Pública.
- Standing, G. (2013) *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Pasado y Presente
- Thompson, E. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Vol. 1 y 2. Barcelona: Crítica.
- Virchow, R. C. (1848) *Archiv für pathologische Anatomie und Physiologie und für klinische Medizin*, Vol 2. (pp. 143-332). Berlín: George Reimer.



4. Miradas de clase

Cultura y clase

Brais Fernández

Rescatar al humilde tejedor de medias y calcetines, al jornalero ludita, al obrero de los más anticuados telares, al artesano utopista y hasta el frustrado seguidor de Joanna Southcott, rescatarlos de una posteridad excesivamente condescendiente (E. P. Thompson).

No hay ninguna calumnia más grosera, ningún insulto más indignante contra los trabajadores que la afirmación de que las discusiones teóricas son solamente cosa de los "académicos" (Rosa Luxemburg).

En las categorías oficiales de la sociología académica existe una costumbre muy generalizada consistente en encuadrar al materialismo histórico y la teoría marxista crítica dentro de las llamadas “teorías del conflicto”. No cabe duda de que el marxismo es una teoría del conflicto pero, por desgracia, muchas veces se asocia el conflicto sólo con las erupciones volcánicas de las revoluciones, con los cortes y bifurcaciones que irrumpen en algunos momentos para quebrar la normalidad del tiempo capitalista. Alain Badiou llamó a esos momentos “acontecimientos” y, desde luego, la tradición revolucionaria le ha dado una importancia central a este tipo de hechos: Marx, Lenin, Walter Benjamin o Bensaïd son grandes pensadores de los “tiempos anormales”, pensadores de la insurrección. Sin embargo, hay otros marxistas que se han dedicado a analizar lo que podríamos llamar los tiempos de *longue durée*: el materialismo histórico de la corriente británica *new left*, con pensadores como E. P. Thompson, Perry Anderson o Raymond Williams o la Escuela de Frankfurt, con sus estudios sobre la alienación y la reproducción de la ideología dominante.

Así pues, el materialismo histórico no trata sólo de definir los puntos de ruptura o de bifurcación en la historia (los “momentos revolucionarios”), sino también los mecanismos que perduran y que impiden el cambio. Sin embargo, podemos pensar las estructuras sociales desde otro punto de vista: ¿y si las clases subalternas fuesen capaces de crear dispositivos para que los cambios y las transformaciones sociales perdurasen y se conservasen a lo largo de un período histórico más o menos prolongado?

Si bien las diferentes esferas de la vida social forman parte de una totalidad sistémica, toda conceptualización implica reconocer la autonomía relativa de los espacios concretos: la cultura formaría parte de un sistema complejo sujeto a múltiples determinaciones, pero a la vez con su propia dinámica, condensando luchas de todo tipo. Con estas premisas trataremos de reflexionar sobre algunas cuestiones en torno a la relación entre cultura y clase.

Hacia una definición materialista de la cultura

Para entender un concepto tan complejo como el de “cultura”, tanto por la polisemia que encierra como por la, en ocasiones, enrevesada imbricación que mantiene con procesos sociales como la economía, la clase, el género y la raza, es preciso hacer un breve repaso a la evolución del término a lo largo de la historia y a las mutaciones que ha sufrido hasta la fecha.

Hasta el siglo XVIII, “cultura” remitía a un proceso de crecimiento de las cosechas y por extensión al crecimiento de las facultades humanas. En esta acepción, el término estaba asociado a un *continuum* interno, de cultivo de la mente, y su huella aún puede rastrearse en la actualidad en expresiones como la de “es una persona con mucha cultura”, que apelan a la inteligencia del individuo. En las postrimerías del siglo XVII y principios del

“... el giro gramsciano aporta nuevas formas de enfocar los problemas.”

XVIII, como explica de manera clarividente Raymond Williams (2010), el término se abrió para describir también los medios (el arte, las obras intelectuales humanas, la ciencia o los medios de comunicación) y los procesos (las actividades culturales) que propician el desarrollo de las fa-

cultades endógenas de la persona. Así, el concepto quedó definido de manera dual como proceso de evolución interno por un lado y, por otro, como denominación de las artes, la religión, las instituciones y las prácticas de los significados y los valores.

Fue con la llegada de la Ilustración cuando el significante experimentó un último giro y saltó de lo individual a lo social, quedando ligado de manera más directa al significado que se le otorga en la teoría crítica contemporánea entendido como “todo el mundo de vida” de un pueblo diferenciado o de algún grupo. Esta transformación no puede entenderse sin atender al “desplazamiento racional” que aconteció en este periodo y que permitió superar la concepción metafísica de la historia, hasta ahora atada a fenómenos religiosos, para entenderla como un proceso social que es resultado de la acción de los hombres y de las mujeres. De esta forma se salvaba la dicotomía sociedad-naturaleza para estudiar los procesos sociales a la luz de las acciones humanas y de las estructuras que son resultado de éstas.

La confianza en la razón humana hizo florecer el mito del progreso de las sociedades, por el cual el desarrollo social se equiparaba con el desarrollo de un ser humano, es decir, como el transcurso lineal desde una etapa de niñez, donde prevalece lo irracional y las supersticiones, a una edad adulta donde prima lo racional y culto. Este salto dio lugar por primera vez a que la cultura de los pueblos quedara organizada en un orden jerárquico que situaba la cultura de las naciones “desarrolladas” (es decir, las industrializadas), por encima de aquellas que aún no lo estaban.

Como se ha referido en numerosas ocasiones, el exceso de confianza en el progreso racional condujo a ciertos determinismos y reducciones. El mismo Marx rechazó la historiografía idealista y universal propia del positivismo proponiendo una ciencia materialista que ponía el énfasis en el proceso de liberación de la acción humana. En concreto, en la acción de la clase explotada: la clase obrera. En tanto que proceso cultural, el marxismo abría la posibilidad de estudiar la cultura como proceso constitutivo (“espíritu conformador”) y como producto directo o indirecto de un orden constituido por otras actividades sociales.

Sin embargo, el objetivo de realizar una historia material de la cultura, que parecía ser el paso subsiguiente, se ha visto truncado en demasiadas ocasiones por el trabajo de intelectuales y teóricos que la han reducido a su carácter superestructural, contribuyendo así al hiato entre cultura y vida social material en el que habían ahondado las corrientes idealistas. Fue sin duda alguna la obra

de Gramsci, recibida mayormente en la década de los setenta, la que sentó las bases para rescatar la cultura de este aislamiento.

El giro gramsciano

El giro gramsciano es clave para avanzar hacia un concepto de cultura en el que se introduzca como fundamental el cómo se viven las realidades de clase. Gramsci esboza una visión de la cultura como algo imbricado en una realidad social viva, como una relación compleja que implica prácticas, organización, tensa ideología con hegemonía, dando lugar, ante todo, a ver la cultura como una realidad histórica, que cumple un rol determinado en una formación social concreta. El “posmarxismo”, al extirpar esta visión de clase en el genio sardo, produce una ecuación ideológica que podría simplificarse de esta forma: si a Gramsci le restas a Marx, el resultado es Benedetto Croce. La cultura en Gramsci, para los teóricos “pos”, se convierte en un simple campo estático en disputa, no en una realidad vivida y creada a través de la lucha. Por lo tanto, se convierte en un simple “marco objetivo”, en una “estructura” dada, extirpando a las clases subalternas la posibilidad de crear una alternativa a partir de su experiencia en un periodo histórico. La misma operación de vaciamiento que los pensadores “pos” han hecho con la hegemonía, si se aplica a la cultura, da lugar a un concepto pobre, más próximo al concepto metafísico de superestructura “inventado” por cierto marxismo ortodoxo, que a la visión viva y siempre hecha efectiva por sujetos reales a través de la que piensa el marxismo gramsciano.

Es imposible encontrar definiciones cerradas, a modo de diccionario, de “cultura”, “hegemonía” o “ideología” en Gramsci. Más bien, el giro gramsciano aporta nuevas formas de enfocar los problemas. Si en el caso de la hegemonía Gramsci aporta un nuevo enfoque a las relaciones de dominación o la ideología en las diferentes visiones del mundo que coexisten en tensión en la sociedad, la visión de la cultura de Gramsci se centra en la relación entre conocimiento, costumbre, arte, intelectuales y sociedad.

La operación gramsciana arranca rompiendo con los límites habituales en los que la ideología liberal-racionalista delimita el concepto de cultura: “hay que deshabitarse y dejar de concebir la cultura como saber enciclopédico, en el que tan solo se ve el hombre bajo la forma de recipiente que hay que llenar y atiborrar de datos empíricos, de hechos mortificantes y sin hilvanar que él podrá después encasillar en su cerebro como en las columnas de un diccionario para después poder responder, en cada ocasión, a los distintos estímulos del mundo externo. Si el marxismo de Gramsci (“Teoría de la praxis”) es una exploración del binomio indisociable entre teoría y praxis, en el caso de la cultura reabre sus límites más allá de la concepción “burguesa” del mundo, relacionando la cultura también con el conocimiento práctico de la vida social. La radicalidad del pensamiento gramsciano, entendiendo “radicalidad” como

“ir a la raíz”, estriba en su capacidad de reformular lo mejor de la tradición marxiana para atacar la matriz básica del pensamiento hegemónico (esto es, el de la clase dominante) bajo el capitalismo: la separación entre vida y concepto, entre política y economía, entre representación y sociedad, operación que en el caso de la cultura se traduce en separación de la cultura del conocimiento activo, delimitando la cultura a una serie de disciplinas y cánones que escinden la sociedad entre los portadores de cultura y los que no poseen ninguna.

La consecuencia lógica de la apertura gramsciana es ampliar, por tanto, los sujetos que son portadores de cultura:

El estudiantillo que sabe algo de latín y de historia, el abogadillo que ha logrado arrancar su título a la desgana y a la situación de coladera universitaria, creerán que son distintos y superiores incluso que el mejor obrero especializado que realiza en la vida una tarea bien precisa e indispensable, y que vale en su actividad cien veces más que los otros en la suya. Pero ésta no es cultura, es pedantería, no es inteligencia, sino intelecto, y contra ella se reacciona con razón.

En estos párrafos se puede ver claramente cómo el concepto de cultura de Gramsci desborda los límites tradicionales del pensamiento liberal, heredero de la concepción platónica del mundo que divide, cesura, el “pensar” y el “hacer”. Por lo tanto, ya no solo las clases dominantes son portadoras de cultura. Las clases subalternas también “hacen” la suya, en tensión con la dominante. Gramsci, al contrario de lo que creen muchos apologetas de todo lo “popular”, nunca idealizó la cultura de las clases subalternas. En ese sentido, no es casual que utilice el término “cultura subalterna”: una de las características básicas de la cultura de las clases populares bajo el capitalismo es “estar históricamente a la defensiva”.

Esa consciencia de que el capital genera ciertas relaciones de poder y de fuerza que limitan la capacidad de los sectores explotados de desarrollarse de forma libre y plena no excluye la apuesta política, contrahegemónica, por valorizar la cultura popular como parte de su ambicioso programa de reubicar a las clases subalternas en el centro de la Historia: “el folclore ha sido estudiado como un elemento ‘pintoresco’ (...). Se debería estudiar, por el contrario, como ‘concepción del mundo y de la vida’ implícita en gran medida en determinados estratos (...) de la sociedad, en contraposición (...) a las concepciones del mundo ‘oficial’ (o, en sentido más amplio, de las partes cultas de las sociedades históricamente determinadas)”.

En Gramsci hallamos una propuesta de investigación de cómo las clases conforman sus dispositivos culturales en una configuración social concreta, atravesada por la historia, las luchas y las relaciones que impone el capital. Refiriéndose a la formación social italiana, Gramsci destaca que el marxismo lucha continuamente por “elevar nuevos estratos de la población a una vida social superior”, mientras que al catolicismo oficial le interesa “mantener un

contacto puramente acrítico” basado en “la liturgia y un culto visualmente llamativo para las grandes masas”, dejando las reflexiones teológicas en manos de una elite intelectual. Pero... ¿cómo propone Gramsci encarar esa batalla desigual?

Los intelectuales orgánicos

Afirmar que el pensamiento de Gramsci es “leninista” puede parecer una provocación exagerada en estos tiempos, pues choca con cierta moda de ver a Gramsci como un personaje caído del cielo, una especie de mesías al margen de la historia, como si el filósofo sardo no formase parte de lo que fue el movimiento comunista internacional. Sin embargo, esta afirmación es cierta si entendemos el leninismo como un conjunto de problemáticas y una serie de matrices generales en torno a las cuales plantearse la cuestión de la revolución: partido, alianzas de clase, cómo el proletariado puede convertirse en clase dirigente, el rol específico de los intelectuales marxistas. Ser leninista no significa resolver estas cuestiones de la misma forma que Lenin. De hecho, quizás no haya nada menos leninista que ese tipo de piruetas talmúdicas^{1/}. Gramsci, por tanto, como buen leninista, avanza respuestas diferentes a las que propuso Lenin para la misma problemática, entendiendo problemática como algo que hay que resolver para avanzar estratégicamente.

Lenin y Gramsci partían de una premisa común: es necesaria una capa de intelectuales marxistas, comprometidos con la causa del socialismo para hacer posible la revolución. Ambos compartían la idea de que esa intelectualidad debía dotarse de instrumentos colectivos (“el partido comunista como intelectual orgánico”) y que buena parte de la composición de esa nueva intelectualidad contrahegemónica debería provenir de los desgajamientos que se produjesen hacia la clase obrera desde determinados sectores de las clases intermedias o dominantes. Sin embargo, ahora nos interesa poner el foco en la diferencia. En Lenin hay momentos en los que, muy condicionado por la configuración determinada de la formación social zarista y por la falta de espacios democráticos estables en la sociedad civil, bascula hacia una visión de los intelectuales y el partido como una exterioridad, que interviene introduciendo la conciencia “desde fuera” en el proletariado. El *¿Qué hacer?* es un buen ejemplo de ello. Esa heteronomía no se encuentra en Gramsci,

^{1/} Daría para otro artículo o un libro, pero queremos aclarar que nos parecen completamente inútiles las lecturas canónicas de Gramsci: las que lo ven como un simple funcionario de la Comintern (lecturas normalmente nostálgicas de un mundo comunista que nunca existió tal y como describen los manuales soviéticos), las lecturas que desde el trotskismo ortodoxo ven en Gramsci un mero trotskista inconsciente o un simple continuador de Lenin, las que lo ven como un socialdemócrata encubierto o un precursor del eurocomunismo y que lo utilizan para justificar su giro hacia un vulgar reformismo que el filósofo sardo siempre despreció, o las postestructuralistas que interpretan los *Cuadernos* en clave de sus delirios lingüísticos al margen de una sociedad dividida en clases en conflicto. Remitimos a la lectura que hace Perry Anderson en “After Gramsci” (*New Left Review*, 100).

“... ampliar, por tanto, los sujetos que son portadores de cultura.”

que al introducir y otorgar un rol central en la estrategia socialista a la cuestión de la hegemonía, tiende a hacer hincapié en la formación de los “intelectuales orgánicos” como un proceso histórico de larga duración y en una relación más imbricada en la conformación de un blo-

que histórico dirigido por el proletariado, pero capaz de agrupar a todas las clases subalternas.

Fredric Jameson (Buchanan, 2015) pone encima de la mesa esa “tarea gramsciana” cuando afirma que “ningún cambio sistémico será posible sin el primer paso mínimo, consistente en la consolidación de un movimiento social democrático. Ni siquiera ese primer paso será posible sin otras dos precondiciones (que son, en esencia, la misma cosa), a saber: la creación de una *intelligentsia* marxista y de una cultura marxista, una presencia intelectual marxista, es decir, la legitimación del discurso marxista como el de una alternativa social y política realista”.

No tenemos espacio para desarrollar todas las ideas que estamos exponiendo, pero nos gustaría, partiendo de las premisas que hemos enunciado, terminar el artículo recopilando algunas cuestiones que nos parecen fundamentales.

La urgencia de una cultura de clase frente a la omnipotencia neoliberal

El neoliberalismo, como bien recuerdan Dardot y Laval, no es un simple proceso de vuelta al liberalismo clásico, en donde el Estado apenas intervenía en la economía y los individuos se relacionaban como tales, como seres libres, emprendedores e iguales. Más bien es la radicalización de la mercantilización de todas las relaciones sociales y las esferas de la vida. Esto, evidentemente, afecta a la cultura y no sólo, tal y como lo planteó Benjamin —quien tendía a poner el énfasis en la conversión de las obras de arte en mercancía, y por lo tanto, en objetos sometidos a la ley del valor, intercambiables y reproducibles—, sino también al propio rol de la cultura en la sociedad.

Si alguien ha reactualizado el papel específico de la cultura bajo el capitalismo es Fredric Jameson. Partiendo del clásico texto de Ernest Mandel *El capitalismo tardío*, Jameson explica que durante los últimas décadas el capitalismo se ha dotado de una nueva lógica cultural que él denomina (y así se ha popularizado el término) “posmodernismo”. Para Jameson, el capitalismo tardío y su lógica cultural posmoderna se caracterizan por ser “un momento en el cual las dinámicas marxianas son más globales y actúan en forma más pura que en cualquiera de las etapas anteriores”. Así pues, el capital se encontraría en proceso (¿es posible llegar a completar ese proceso?) de colonizar hasta el último rincón de la mente y de la sociedad, incluídos los que históricamente han tenido una relativa autonomía, como la cultura (y el arte, entendido como “es-

tética”). Pero sin embargo, esto no significa el fin de la cultura. Liquidada esa semiautonomía, “todo pasa a ser cultura: la política, la economía, el derecho, la ideología, la religión la vida cotidiana, el sexo, el cuerpo, el espacio, etcétera”. Asumiendo ese cambio de estatus de la cultura en este momento del capital, Jameson recuerda que “esta es una sociedad de clases y así, por definición, la lucha de clases continúa en todo momento”, como a través de la “prolongada pesadilla de la historia”. La cuestión es que se produce un cierto desplazamiento de la lucha de clases a la cultura (sin que eso implique, por supuesto, que la lucha de clases deje de resolverse en el terreno de la lucha política), definida por Jameson como la “yugular palpitante” de la sociedad de clases.

Esta nueva situación no puede entenderse sin partir de las derrotas que ha sufrido el movimiento obrero histórico —aunque, aclaramos, compartimos lo que escribe Mario Tronti (2016) frente a ciertos delirios que pretenden hacer política sin historia: “queda una herencia que invertir en nuevas luchas, en nuevas formas de organización, en nuevas experiencias de movimiento”—. Estas derrotas son irreversibles, no porque liquiden la posibilidad de la lucha, sino porque devastaron los dispositivos culturales de la clase obrera, sus instituciones, sus partidos (de algunos sobreviven las siglas pero no la relación con la clase), sus referencias, sus mitos, sin posibilidad de reconstruirlas tal y como existieron. Toda una serie de artefactos construidos mediante las luchas y la experiencia de millones de personas, que tuvieron muchas formas concretas durante un siglo y medio han desaparecido: periódicos, revistas, editoriales, cooperativas, entidades financieras, universidades, clubs deportivos, teatros, bibliotecas, casas del pueblo, que, generando un sentimiento de comunidad, de contrasociedad que limitaba el poder del capital, colocaba en el plano de lo cotidiano el horizonte de una sociedad distinta, en la que una persona podía vivir desde la cuna sumergida en la cultura de una clase que no era la dominante.

Sin embargo, también hay elementos estructurales relacionados con la cultura que abren nuevos horizontes y posibilidades. Si bien es posible que un itinerario vital como el que tan magníficamente describía Löwy en su biografía sobre Lukács ya no pueda repetirse (ya no existe una intelectualidad burguesa como tal, separada del resto de las clases, sino que incluso los intelectuales de la clase dominante son esclavos de la lógica de la mercancía), también es cierto que, en la construcción de una sociedad diferente a la capitalista, no sufriremos una escasez de cultura entendida como “conocimiento” tal y como la padeció la Revolución rusa y que, a la postre, fue determinante en su proceso de degeneración totalitaria. La proletarianización de gran parte de los “intelectuales” y de los técnicos y la extensión de determinados conocimientos anteriormente casi patrimonio exclusivo de las elites a grandes sectores de la clase trabajadora, procesos impulsados por las propias necesidades del capital y la lucha de clases, colocan el problema en la cuestión de cómo construir nuevos dispositivos culturales tras la devastación producida por el “desierto de lo real” neoliberal,

capaces de generar conciencia de clase y a la vez, ir prefigurando relaciones sociales comunitarias, opuestas a la conversión del individuo en un empresario de sí mismo que nos ofrece el capitalismo. Las erupciones en las plazas a nivel global y todas las experiencias que siguen su estela nos dejan pistas de cómo organizar esa “reconstrucción” cultural de las clases subalternas a gran escala. Hace falta, sin duda, mucha paciencia, mucha imaginación, muchas experiencias, pero también una cultura militante generosa que retome aquella moneda de dos caras que era lo mejor de la tradición socialista: desinterés individual combinado con una fuerte pasión por los proyectos colectivos, contruidos hasta en el más mínimo rincón de la sociedad.

Brais Fernández es redactor de *VIENTO SUR* y editor en Sylone Editorial.

Referencias

- Buchanan, I. (2015) *Fredric Jameson: Conversaciones sobre el marxismo cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Crehan, K. (2004) *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Dardot, P. y Laval, C. (2013) *La nueva razón del mundo*. Madrid: Gedisa.
- Gramsci, A. (1986) *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones ERA.
- Löwy, M. (1978) *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács (1909-1929)*. México: Siglo XXI Editores.
- Tronti, M. (2016) *La política contra la historia*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Williams, R. (2010) *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.



5. Miradas de clase

La clase media es el Estado

Emmanuel Rodríguez

1. La clase media es el Estado. Lo es tanto como un efecto de Estado, que como condición *sine qua non* del Estado moderno, ya sea en la intuición vulgar, ya en los presupuestos (también ideológicos) de la ciencia política. La nación política empieza y acaba en la clase media. Y en la crisis de la clase media se trasluce la crisis del Estado moderno.
2. La clase media es la negación de la clase. Asunción colectiva de que en la sociedad no hay fractura, de que el conflicto capital/trabajo ha sido integrado en una síntesis de reconciliación. La clase media es, por eso, el espejo invertido del comunismo: la realización deformada de la sociedad sin clases.
3. La expansión de la clase media no ha sido ni resultado ni efecto de la evolución histórica de la acumulación de capital. La clase media no es “efecto del mercado”. No se determina en relación a la posesión o no de los medios de producción. No hay nada inscrito en la evolución del capital que pueda reconocerse como una tendencia a la expansión de la clase media. Y esta tampoco se puede asimilar a la definición clásica de la pequeña burguesía como “pequeña propiedad/pequeña producción”.
4. La clase media es un efecto del Estado. Exige la constante intervención del Estado en la “subjetividad de clase”. De forma paradójica, en el predominio de la clase media se desdibuja la frontera entre sociedad civil y sociedad política, de modo que el Estado es a la vez ambas cosas, y lo es en la plena materialidad de las dos.
5. El triunfo de la clase media (de la sociedad de clases medias) constituye la realización del Estado burgués. A un lado, el Estado, en su plena soberanía. Al otro, una masa de ciudadanos, de individuos aislados sólo reunidos por el Estado. La clase media es un Estado sin sociedad, esto es, sin ningún órgano interpuesto: ni tribus, ni comunidades, ni por supuesto clases.
6. Para el marxismo, en tanto ideología (igual da en su factura de la II Internacional, o de la III), la repetición de la separación hegeliana entre socie-

“Nuestra época carece de imaginación hacia el futuro.”

dad política y sociedad civil ha sido el supuesto de toda su política. Al transmutar el Estado, de la razón en la historia, al instrumento de la emancipación, entendía la sociedad civil como el terreno único y salvaje de la división entre clases. El

marxismo ideológico ha sido lassalliano antes que marxiano.

7. En la batalla política de los siglos XIX y XX, entre proletariado y burguesía, fue el Estado quien finalmente impuso su arbitrio sobre una balanza que terminó de engullir y asimilar como un mero mecanismo interno. A esto se llamó clase media. Este fue el gran proyecto del siglo XX: la construcción de un pueblo, el “pueblo del Estado”, un pueblo nocturno, dormido, desarraigado. Un pueblo tan alimentado y vestido como despolitizado.

El problema y el proyecto

La escritura en tesis ilumina y provoca, escuece y seduce, pero no sirve como explicación suficiente. Desgraciadamente, no estamos todavía en condiciones de hacer exposiciones sistemáticas.

Nos enfrentamos a un problema de época. Las sociedades que acostumbrábamos a habitar en el Occidente liberal llevan décadas resquebrajándose, sin que por ello dispongamos de herramientas para entender lo que realmente está quebrando. Hablamos de neoliberalismo y capitalismo financiero, de la crisis de las viejas formas de regulación. Al mismo tiempo, tratamos de actualizar viejas metáforas, repetimos las salmodias del socialismo y de la democracia. En realidad, nuestra imaginación se agota en la vuelta atrás a un capitalismo-Estado buenos, de productividad repartida en salarios, de neutralidad del Estado, de democracia garantista. Nuestra época carece de imaginación hacia el futuro. Sabemos que hay descomposición, que la tierra que pisamos huele a fermento y podrido, pero apenas conocemos otra cosa que el “progreso”. Estado y crecimiento económico, “no-soviets” y electricidad. Asumimos la promesa de querer ser parte de la pequeña burguesía universal.

Las crisis condensan la historia y el espacio, movilizan y transforman “lo social” y “lo político” con la violencia que no pueden los periodos de paz. Ninguna época seguramente inspira, y a la vez explica tanto a nuestro tiempo como los años que se extienden entre los dos grandes episodios de la Gran Guerra de 1914-1945. Y nadie, seguramente, como el entonces pronazi Carl Schmitt para explicar la crisis del Estado moderno. Nos dice:

Toda democracia descansa en el requisito de un pueblo indivisible, homogéneo, total y uniforme, entonces en realidad no hay en cuestión y en lo fundamental ninguna minoría y mucho menos una mayoría de minorías estables y constantes (Schmitt, 2006: pp. 26-27).

Democracia no como procedimiento, sino democracia profunda en tanto identidad entre gobernantes y gobernados. Pero si el pueblo se ha bifurcado, si la

asamblea legislativa no puede ser representación de posiciones que sólo varían en matices, si el pueblo no es uno, sino dos cuerpos enfrentados, si la nación se ha dividido en dos partidos totales, en dos Estados (o proyectos de Estado), ¿no es la democracia otro campo de batalla más de la misma guerra civil?

La contraparte de Schmitt, el austriaco judío Hans Kelsen, el obseso del procedimentalismo jurídico, el mismo que quiso reducir el Estado a un puro ordenamiento jurídico, se desliza sobre premisas idénticas. La democracia requiere de algo así como una unidad preexistente, capaz de dar un fundamento a la ficción jurídica del pueblo. Y así en el *Compendio*, deja escapar un extraño concepto: “el pueblo del Estado” (Kelsen, 1979: p. 161). Pueblo como ficción jurídica frente al “pueblo” concreto siempre hecho de minorías “nacionales, religiosas y económicas”; pero una ficción que se vuelve real en el Estado, cuando todas estas partes separadas llegan a participar y a someterse al mismo ordenamiento jurídico. En el debate burgués de los años 20 y 30, fueron seguramente los conservadores, como Schmitt, quienes plantearon el problema de la forma más radical y abierta. Pero fueron los liberales quienes alumbraron la solución del mismo, aunque no entendieran del todo la fractura.

Desde la primera gran ley de reforma moderna —la ley inglesa de 1832, que ampliaba el voto a las clases medias—, el Estado moderno se ha reforzado paulatinamente sobre la base de la inclusión progresiva de nuevas partes sociales antes excluidas. La ampliación de lo que los británicos de los siglos XVIII y XIX llamaron “nación política” coincide con lo que los politólogos llaman “democratización”. Este mecanismo, permanentemente actualizado y a la vez amenazado, de integración, es lo que Kelsen llamaba “pueblo del Estado”. Y en lo que en su forma de posguerra deberíamos llamar “clase media”.

Bifurcaciones

“Dictadura del proletariado”. Dictadura al modo romano, concentración de todos los poderes en un individuo durante un periodo excepcional y estrictamente limitado, siempre condicionado por el retorno a la normalidad institucional. En tanto metáfora marxista (y leninista) pocas han resultado menos acertadas. Sobre todo, cuando se considera que “la excepción del poder proletario” tenía por único propósito extinguir esa concentración de poder separado de la sociedad, “ese aborto de la historia” llamado Estado. Hasta 1917, antiestatismo y comunismo fueron sinónimos prácticos dentro de un mismo movimiento.

1871. La Comuna de París se abre con una extraña declaración, París ya no quiere ser la capital de Francia. Es una “comuna”. Y París invita a los pueblos y ciudades de Francia, de Europa y el mundo a formar sus propias comunas, a la federación libre y universal de los cuerpos políticos autoconstituidos. Se ha declarado la república mundial. Qué hay de más opuesto al “universalismo burgués” y a su forma estatal, que la república mundial de las comunas libremente federadas (Ross, 2016).

1917. “Todo el poder a los soviets”: se debe poner un final de la situación de doble poder. Entre el gobierno provisional y el soviets de Petrogrado, la partida debe inclinarse ante este último o perecer. La Revolución rusa sirvió de guía y modelo a la mayoría de los revolucionarios del siglo XX. Pero qué eran los soviets, ¿proto-Estado o no-Estado? La III Internacional estableció una respuesta rígida al problema: la situación de doble poder es la condición de la madurez de una situación revolucionaria, los “soviets” son el embrión del nuevo Estado obrero.

Los marxismos de la II y la III Internacional acabaron dando una solución que ni Marx ni el socialismo del siglo XIX tenían en su agenda. Se hicieron lassallianos. El resultado convergente de ambos fue la afirmación del Estado burocrático liberal, en el caso de la socialdemocracia; o del Estado burocrático totalitario, en el estalinismo. Ni la “clase convertida en gobierno”, ni la “clase devenida Estado”, según la genial fórmula de Mario Tronti (2016), trascendieron en el fondo el problema y la solución schmittiana. A su particular modo, cada uno aceptó el mismo mecanismo de integración social propuesto por el Estado moderno. Lo hicieron sobre la base de una asunción, todavía cuestionada en los tiempos de la Comuna: el Estado es un “instrumento” que se toma y se maneja a voluntad de la clase (sujeto) que lo ejerce.

Y sin embargo, sólo la socialdemocracia occidental, que renunció a la revolución, y que aceptó la doble soberanía de la política moderna (de un lado, el Estado, y de otro, el individuo) logró una solución social viable en el marco de los Estados del capitalismo avanzado; una mera versión reformista del mismo reformismo burgués. En cierto modo, en esta historia a un tiempo trágica y épica del socialismo del *Novecento* se deja entrever la sospecha de que el encuentro de la clase obrera con el Estado no podía ir más allá de la democracia, de la inclusión de la misma en la comunidad política, y por ende de la renuncia de la organización económica más allá del capitalismo. Tras los últimos coletazos de los años 30, la debilidad de la clase obrera, su pleitesía política, no estuvo tanto en su propensión a repetir el experimento soviético, que probablemente nunca quiso, como en su conversión en clase media (integración social), que finalmente le sirvió como mecanismo de compensación frente al simulacro democrático. Sin duda hay mucho de reducción histórica en esta asunción, pero también algo de la misma verdad, que aprovecha la malicia de los socialistas renegados como Michels, cuando a principios del siglo XX afirmaban que la única aspiración real de la socialdemocracia era la promoción del obrero a la condición pequeño-burguesa.

En esta historia del socialismo, se perdieron todos los experimentos que caminaban en una dirección no estatal (y por ende no social y políticamente integradora) del movimiento obrero. La Comuna y sus imágenes “universales”, el comunismo federal inglés de la autoorganización obrera de William Morris, Coole e incluso el primer Laski, los soviets y los consejos de la primera gran

posguerra, el sindicalismo revolucionario que se proyectó en el ideal colectivizador del corto verano en la Revolución española. Todo esto para decir una banalidad: que la clase media fue el gran estabilizador político del siglo, que su constitución de la mano del Estado intervencionista fue finalmente la solución a la larga crisis de la gran guerra de 1914-1945. Pero todo esto también para recordar que la sociedad de clases medias fue un hijo deseado, si bien no reconocido, del socialismo. Un organismo que seguramente nunca gozó de buena salud, pero cuya decadencia sólo comenzó con la última crisis del socialismo (en los años 70), al mismo tiempo paradójicamente que se escuchaba el último canto de la clase obrera en Occidente.

¿Fin?

Las décadas de 1980 y 1990, los años de la contrarrevolución, inventaron una nueva jerga de política: la vuelta del mercado frente a los excesos y los “fallos” del Estado, la gobernanza y el gobierno compartido con la sociedad civil, el reencuentro con las potencias de la sociedad-mercado frente al Estado. Fueron los años del fin de un tiempo y el comienzo de otro todavía indeterminado: la globalización financiera y quizás el término de la vieja ordenación del mundo según Estados-nación. De acuerdo con los trovadores de la mundialización económica y el cosmopolitismo liberal, la época de las regulaciones, de las intervenciones arbitrarias, de los “autoritarismos ideológicos” y los “totalitarismos de Estado” había tocado a su fin. Sólo cabía celebrar la demolición de los gruesos muros del Estado keynesiano y esperar a la universalización de la condición pequeño-burguesa, que sin duda se lograría sin más esfuerzo que el de dejar hacer a los automatismos de mercado.

Lo cierto es que en aquel tiempo el Estado no dejó de crecer en atribuciones y competencias. La globalización neoliberal hubiera sido impensable sin sus funciones de coordinación, de guardián del descontento, de garante en última instancia de la economía de casino, tal y como se demostró especialmente desde 2008. No obstante, esta nueva expansión del Estado no se vio acompañada por un refuerzo de su principal atribución: la capacidad para organizar la cohesión interna y el consenso social, sobre la que en última instancia descansa su legitimidad. Los Estados, todavía instrumento potentísimo de la política contemporánea, no son ya el sujeto absoluto de la soberanía, los monopolistas de lo político.

Arriba y abajo, instancias pre y poswestfalianas han surgido para disputarle la soberanía. Los Estados están dejando de disponer del gobierno exclusivo sobre la población, el territorio y la violencia. Nuestra época no es sólo la de los Estados fallidos, carcomidos por dentro por fenómenos como el narco, las redes mafiosas y los poderes paramilitares; es la de un mundo que camina hacia una poliarquía medievalizante, hecha de poderes supraestatales, regiones exitosas y territorios “deshecho”, nuevas ciudades-Estado en las que se gestionan

“... los tiempos de las amplias ‘clases medias’ parecen ya perdidos.”

y se consumen las riquezas financieras globales, al tiempo que espacios sociales y geográficos del tamaño de continentes quedan reservados a funciones puramente extractivas.

¿Sobrevivirá tal efecto del Estado-nación (las clases medias nacionales) a la nueva geopolítica y geoeconomía del capitalismo en su decadencia, del capitalismo del éxito total y planetario? Sin duda, los Estados centrales (también algunos de los emergentes) guardan todavía poderes suficientes como para garantizar, puertas adentro, cierta capacidad de unificación social. Pero salvo para aquellos estados de dimensión continental (EE UU, China, quizás India, quizás Rusia), los tiempos de las amplias “clases medias” parecen ya perdidos. Cada vez menos, la política de Estado se organiza en torno a un mercado “nacional”, una política industrial “nacional”, una clase obrera “nacional”.

La tendencia apunta a la generalización de esa condición de “semiperiferia”, con la que Lenin describía a los Estados formalmente independientes, pero sustancial y económicamente dependientes. La misma que sirvió durante décadas a algunos de sus epígonos en Latinoamérica, como el boliviano René Zavaleta (1974, 1986), para comprender los límites, y también las potencias, de la vía nacional a la revolución socialista. El Estado, incluso en países antes centrales como España, Italia o Francia, está perdiendo atributos, y entre ellos el principal, la soberanía.

La globalización financiera marca los tiempos de una brecha social planetaria, en la que el fenómeno de las clases medias amparadas por los Estados, parece cada vez más una anomalía histórica. Y eso aun cuando el Estado keynesiano de posguerra y su larga inercia histórica, que llega hasta nuestros días, pareció haber realizado, mejor que ninguna otra formación política anterior, la promesa del Estado liberal moderno: una sociedad unificada de ciudadanos reunidos en tanto que separados, de individuos soberanos convertidos en sujetos jurídicos de un Estado soberano. Lo que Kelsen llamaba “el pueblo del Estado”.

La nación política moderna incluyó a través de la exclusión. Lo hizo en sucesivas rondas de ampliación del sufragio (universal masculino, femenino) y de democratización del Estado. En algunos países, los más ricos, no tuvo más límite que los extranjeros; en otros (la mayoría) se detuvo ante los más pobres, los marginados, los expulsados *de facto*. Hoy la nueva forma del Estado, convertido en empresa territorial en competencia, en “máquina empresarial”, sirve cada vez menos de dique de contención frente a la nueva marea de proletarianización universal. En los Estados centrales, no digamos en los periféricos, las viejas mutuas sociales, estatalizadas en forma de seguros de desempleo, vejez o enfermedad, se corrompen a medida que son sustituidas por instrumentos individualizados de capitalización financiera. Lo mismo ocurre con los viejos derechos a la vivienda, la educación y la salud.

Conocemos la reacción a esta crisis del Estado/clase media. La reconocemos en la reciente victoria de Trump, en la mayoría británica a favor del *Brexit*, en el auge de la extrema derecha en toda Europa continental. Las viejas sociedades, antes unificadas por vía estatal, se repliegan sobre sí mismas, haciendo equivalentes la globalización financiera, el cosmopolitismo liberal, la inmigración y la disolución de las antiguas glorias patrias. A un tiempo, el Estado encuentra su función en la administración de este repliegue, que sus elites saben imposible, pero que se puede aprovechar en un último esfuerzo de unificación social, y de nuevo en este caso, produciendo “inclusión” a través de una mayor “exclusión”. Inmigrantes, refugiados, marginales, “asociales”, servirán para marcar la última frontera de la nación política antes de su disolución. El *limes* del Estado se desmoronará no sin antes producir sus últimos monstruos.

¿Qué decir de la izquierda? Desde el triunfo no reconocido de Lassalle, viene siendo incapaz de no repetir los viejos mantras del Estado moderno: democracia, ciudadanía, clase media... son casi sinónimos de socialismo. Su eterno retorno sobre las glorias del Estado moderno y su vieja memoria de clase (la de lo no-clase de los sectores medios) la dejan inerme frente a la versión dura y sincera de las funciones del Estado y la nación política, que defienden las nuevas derechas.

Por eso, quizás no se trata ahora de insistir en lo viejo y condenado: el Estado-nación y su soberanía, el Estado y su poder de unificación, la “inclusión” pero siempre con su correlato de exclusión. El estímulo de la imaginación de lo que viene, y sobre todo la afirmación de lo que se le podría oponer, debe pasar por la actualización de la vieja imagen del “contrapoder”. El contrapoder es justamente la estrategia contrapuesta a la unificación social de la mano del Estado. Frente a la nación política y al Estado como árbitro social, en primera y última instancia, la estrategia del contrapoder nos devuelve al universo de las dos naciones enfrentadas. Se afirma, como hiciera el sindicalismo revolucionario, en la pretensión de construir un cuerpo político no integrado, no integrable. En estos tiempos de Estados poderosos, pero ya no soberanos, de cuerpos nacionales en descomposición y de largo *impasse* en la definición de los órdenes políticos, la estrategia del contrapoder cuenta con la ventaja de no confiar en el mecanismo quebrado de inclusión en la nación política, pero sobre todo de no aletargarse en la nostalgia de una clase media irremediablemente en crisis.

Emmanuel Rodríguez es historiador, sociólogo y ensayista. Es editor de *Traficantes de Sueños* y colaborador de la Fundación de los Comunes.

Referencias

Kelsen, H. (1979) *Compendio de teoría general del Estado*. Barcelona: Blume.

- Ross, K. (2016) *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*. Madrid: Akal.
- Schmitt, C. (2006) *Legalidad y legitimidad*. Granada: Comares.
- Tronti, M. (2016) *La política contra la historia*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Zavaleta Mercado, R. (1974) *El poder dual en América Latina. Estudio de los casos de Bolivia y Chile*. México: Siglo XXI.
- (1986) *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI.

Explotación capitalista y pluralidad de dominaciones/1

Daniel Bensaid

En primer lugar, hay que facilitar el diálogo entre intelectuales que se reclaman de un modo u otro del marxismo crítico y representantes de la sociología crítica. Es incluso sorprendente que estos debates se den tan tarde, teniendo en cuenta que, desde hace algunos años, muchos de nosotros nos hemos encontrado en la lucha, comprometidos en la defensa de causas comunes (tales como la huelga de 1995, los inmigrantes, la perspectiva de una Europa social y, en gran medida, la guerra de los Balcanes).

Sin embargo, las relaciones no han ido más allá de una cohabitación educada. Seguramente el medio universitario, quizás traumatizado por prácticas pasadas, se aferra a una mera coexistencia prudente (más o menos pacífica) en detrimento de un debate profundo y genuino que podría ser fraterno. En todo caso, estos debates actuales marcan un doble encuentro: por un lado, entre dos teorías críticas y, por otro, entre dos generaciones diferentes. Para simplificar, podríamos decir que los “marxistas” (valiosos, sin duda) que retomaremos en este texto son los que sobrevivieron en los años 1960 y 1970, mientras que los sociólogos críticos pertenecen sobre todo a la generación que se formó en las ciencias sociales en los años 1980 o 1990.

Nuestra intención es que este intercambio contribuya a una mejor comprensión recíproca.

Puntos importantes de acuerdo

Para evitar malentendidos, empezaré por aquellos puntos que, creo, constituyen una base de acuerdo importante. Los resumiré en cuatro puntos:

1. En primer lugar, compartimos la crítica a las concepciones esencialistas o sustancialistas (aplicadas en particular a los análisis de las clases sociales). Un enfoque de este debate en términos de relaciones no sólo es compati-

^{1/} Este artículo fue publicado en francés en la revista *Contretemps* n.º 1, mayo de 2001, dentro de un dossier titulado “El retorno de la crítica social. Marx y las nuevas sociologías”.

“Las relaciones de clase, de género, las relaciones sociales con el ecosistema obedecen a temporalidades diferentes.”

ble, sino coherente con un aspecto crucial en la crítica de la economía política en Marx. El valor no juega el papel de una sustancia. El capital tampoco se presenta como una cosa económica. Son precisamente relaciones sociales, un sistema de relaciones históricamente determinadas entre los hombres y entre éstos y sus condiciones materiales de reproducción. De ahí que la lógica del

capital sea una lógica del devenir y no del ser ni de la esencia².

2. Podemos referirnos, del mismo modo, a lo que llamo constructivismo razonable, del cual el libro de Edward P. Thompson *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1989) es muy ilustrativo. Da cuenta de la evolución de las técnicas, de las condiciones de organización del trabajo, articulándolas con la formación de un discurso y de prácticas sociales propias de “la clase obrera inglesa”. Se podría interpretar como la diálectica entre “la clase probable” y la “clase movilizada”, según Pierre Bourdieu, enfatizando que este constructivismo no se reduce a una mera convención ni a un mero juego de lenguaje. Se remite a transformaciones reales. De lo contrario, ¿por qué la clase sería más probable que improbable?
3. También estamos de acuerdo en tomar en cuenta la pluralidad y las diferentes filiaciones que están en la base de la singularidad de cada individuo. Sabemos que la opresión está presente aquí, allá, y aún más allá: somos trabajadores asalariados, somos mujeres, tenemos un origen determinado, con una determinada lengua y religión, etcétera, y el acento entre estas filiaciones se desplaza en los comportamientos dependiendo de situaciones concretas. El título de Bernard Lahire, *El hombre plural* (1998), resulta útil, así como la idea del “yo múltiple”. Sin embargo, considerar al hombre como un sujeto plural no significa resignarse al hombre desmenuzado o a un yo dispersado (como sugieren expresiones del tipo “estallar de gozo”³). Una cierta imagen del desmembramiento corporal que evoca desórdenes psíquicos más que una liberación. De ahí la importancia que adquiere identificar, en una situación dada, lo que anuda la multiplicidad de pertenencias y constituye a la persona como tal.
4. La teoría de la pluralidad de campos (y de capitales) puede, sin duda, ayudarnos a pensar la pluralidad de modos de dominaciones específicas y la discordancia de tiempos (los fenómenos de asincronía o de no-contemporaneidad). No obstante, los diferentes campos no se transforman al mismo

2/ Véase Ruy Fausto, 1986, 1996 y 1997; Tombazos, 1994, y Smith, 1993.

3/ “S’écarter en prenant son pied” en el original. “Prendre son pied” es una expresión coloquial francesa que se refiere al placer sexual. Y “s’écarter” tiene el doble sentido de estallido en sentido estricto y de *pasárselo bomba* [N del T].

ritmo. Las relaciones de clase, de género, las relaciones sociales con el ecosistema obedecen a temporalidades diferentes y no por haber adoptado una ley sobre la apropiación social vamos a acabar con el complejo de Edipo. Esta discordancia de los tiempos está presente en Marx bajo el concepto de “contratiempo”, y en Louis Althusser en su crítica del historicismo. Por otro lado, sería interesante confrontar la teoría de los campos con la teoría de los “cuerpos sociales” desarrollada por Claude Meillassoux a partir de sus investigaciones antropológicas, que permiten renovar en particular el estudio de los fenómenos burocráticos.

Pluralidad y articulación

Esta problemática de la pluralidad de campos pone de manifiesto una cuestión repleta de implicaciones estratégicas. Si los diferentes campos estuviesen simplemente yuxtapuestos, como si fueran un mosaico social, las personas dominadas de dichos campos podrían hacer y deshacer alianzas coyunturales y temáticas (esto es lo que subyace en la idea de las coaliciones “arcoiris” de geometría variable en los países anglosajones), pero su convergencia o su unificación carecería de fundamento real. Cualquier esfuerzo por agruparlos se desprendería entonces de un golpe de mano y de un puro voluntarismo ético. Se recaería así en las peores formas de la noción de vanguardia. A menos, justamente, que se acomode a la dispersión sin proyecto común y que se asigne a los diversos movimientos sociales un simple papel de grupo de presión sobre la representación política, pero en ningún caso de alternativa a las políticas en curso.

Esta cuestión espinosa se elude la mayor parte del tiempo mediante un artificio lingüístico. Se invoca la “autonomía relativa” de las diferentes dominaciones y de los diferentes movimientos, o incluso la “articulación” de los campos, léase su “homología”. Estas fórmulas se antojan ases en la manga que sortean el problema mucho más de lo que lo resuelven: en efecto, ¿por qué habría homología entre los campos? ¿Cómo es pensable y posible su articulación? Y, si su autonomía es relativa, ¿es relativa en relación con qué?

Un primer elemento para dar respuesta al tema de los campos (económico, político, sociológico, mediático o filosófico) es el hecho de que no son equivalentes. “Así pues, el universo económico no es, en las sociedades contemporáneas, un universo considerablemente distinto de los demás universos”, subraya Bernard Lahire. Incluso cuando cultiva su autonomía en el más alto de los niveles, un campo se encuentra siempre con “la lógica económica” que es “omnipresente” (1999). Pierre Bourdieu señala que el campo político presenta la particularidad de no poder nunca “autonomizarse por completo”, en la medida en que establece principios de visión y división pertinentes que se remiten a la estructura de conjunto y a la reproducción social. De este modo, el hecho de privilegiar un análisis en términos de clase y lucha de clases, contra una visión según la cual la divisoria determinante sería entre nacionales y extranjeros, por

ejemplo, se remite a problemas económicos y sociales además de simbólicos.

En fin, a través del título mismo, *El nuevo espíritu del capitalismo* de Luc Boltanski y Eve Chiapello (2002) implica el reconocimiento de un cierto grado de coherencia sistémica, que está presente en su preocupación por no considerar la explotación y la exclusión fenómenos separados, sino como las dos caras de un mismo proceso. Este libro marca, pues, un movimiento que va de la microsociología (y de sus aportes indiscutibles) a la macrosociología. Asimismo, tras el entusiasmo por la microhistoria, sus biografías y sus monografías, el reciente interés por los frescos globalizantes, los de François Furet, Eric Hobsbawm o Immanuel Wallerstein, muestran una evolución análoga. En lo concerniente a la historia, Robert Bonnaud ha señalado desde hace tiempo, en sus crónicas de la *Quinzaine littéraire*, las implicaciones metodológicas y las consecuencias teóricas de este debate.

Hay, sin embargo, un punto sobre el cual el libro de Luc Boltanski y Eve Chiapello parece dudar: se trata del desdoblamiento de lo que llaman “la crítica artística” (poniendo el acento en los fenómenos de alienación) y “la crítica social” (insistiendo sobre las injusticias y las desigualdades). Desde un punto de vista descriptivo, la distinción es sólo operativa: ambas críticas están estrechamente ligadas en los debates de los años 1960-1970, y parecieran estar disociadas (cuando no opuestas) en los años 1980-1990.

Así pues, hoy día distinguimos las cuestiones sociales (algunos las califican de “obsoletas”) de las “cuestiones societales”, aquellas que conciernen a la modernización de las instituciones, de las relaciones de género, o a la perspectiva ecológica. La separación se encuentra tanto en los discursos gubernamentales como en el vocabulario de Daniel Cohn-Bendit. Esta separación está muy bien ilustrada en un artículo de Jacques Julliard que opone “la izquierda social” a la “izquierda moral”, las huelgas corporativas de diciembre de 1995 a la solidaridad generosa con los sin papeles en febrero de 1997, el color sepia de los proletarios con el color vivo de los cineastas y sus luminarias, las recogidas de firmas de universitarios de antaño a las reivindicaciones profesionales de los nuevos intelectuales. Estos debates (si observamos las fuerzas sindicales, políticas y asociativas implicadas en los diferentes movimientos, se nota la existencia de un tronco común) dan cuenta de un problema de interpretación. ¿Se trata de una disociación duradera que se remite a transformaciones de fondo de la sociedad o bien de un efecto meramente coyuntural de las derrotas políticas y sociales sufridas en las dos últimas décadas? Así, retomando por su cuenta no pocas temáticas de “la posmodernidad”, Richard Rorty critica el hecho de que ésta pueda devenir ideología del pesimismo y la renuncia, al interiorizar la degradación de las correlaciones de fuerzas en la sociedad.

Luc Boltanski y Eve Chiapello no dicen nada respecto de este punto. En mi opinión, hay no pocas diferencias entre la crítica social y la crítica artística que se remiten a capas sociales y a prioridades diferentes según la

posición ocupada en la distribución y la jerarquía sociales. Pero estas diferencias se acentuaron hasta llegar a la disociación por las derrotas de los años 1980, esto es, por condiciones políticas coyunturales. En efecto, una tendencia de fondo opera durante esos mismos años, lo que designamos con el término impreciso de “mundialización”. Si se precisa que se trata precisamente de una mundialización mercantil ligada a las formas contemporáneas de acumulación del capital, parece que el capital y la “mercantilización” del mundo son, mucho más que durante el siglo pasado, los grandes agentes de la unificación. Su gran relato ventríloquo ha sobrevivido a la muerte anunciada de los metarrelatos. Hoy más que ayer, el capital es el gran sujeto impersonal a la sombra del cual, como dice Jean-Marie Vincent, estamos condenados a pensar. Es aquí donde intervienen nociones decisivas de alienación, de fetichismo, de reificación, que tienen que ver con la condición misma del trabajo asalariado.

Surge una pregunta importante a propósito de esto: al insistir sobre estos fenómenos que ubican al dominado en una situación subalterna respecto de los dominadores o al subrayar la lógica implacable de la reproducción social, ¿no se corre el riesgo de hacer de la dominación, en sus diversas formas, un círculo sin salida? ¿Qué posibilidades tenemos de resistir y romper ese círculo? He aquí un debate que sin duda va más allá de nuestros comentarios actuales y que podemos reservar para discusiones ulteriores.

La gran lógica del capital

Decir que el capital es el sujeto de la época, cuya falsa totalidad (la totalidad abstracta) pesa enormemente en todos los dominios de la vida social, podría aparecer como una simple fórmula mágica. No obstante, se podría volver a la noción de sobredeterminación utilizada por Louis Althusser (y sabe Dios que jamás he sido althusseriano). Ello evita nociones poco dialécticas de reflejo o de simple causalidad mecánica entre estructuras. Tendremos pues que vérnoslas con diferentes contradicciones sobredeterminadas por la lógica del capital. Esta hipótesis no carece de argumentos por poco que la vinculemos con las modalidades concretas de las diferentes “articulaciones”:

1. Los problemas ecológicos no se limitan al ecocidio capitalista (el mar de Aral o Chernobyl ilustran las posibilidades igual de desastrosas de un ecocidio burocrático). En una formación social históricamente determinada, la cuestión de las relaciones de la humanidad y sus condiciones materiales de reproducción no dejan de estar sobredeterminadas por la ley del valor, es decir, por la reducción de las relaciones sociales a una “medida miserable” (la del tiempo de trabajo abstracto). Los debates sobre el rol y el monto de las ecotasas o sobre la creación de un mercado de derechos de emisión ilustran bien el peligro consistente en confiar al mero arbitrio cortoplacista (en tiempo real, dicen, ¡como si el tiempo largo fuera irreal!) fenómenos tales como el calentamiento global, las consecuencias del efecto invernadero, la gestión

“Tendremos pues que vérnoslas con diferentes contradicciones sobredeterminadas por la lógica del capital.”

de los residuos o la deforestación que dan cuenta de otra temporalidad y de otros ritmos (seculares, incluso milenarios). Asimismo, los debates abiertos por la biotecnología, en relación con qué tipo de humanidad queremos o no queremos ser, no se pueden reducir a criterios de clase y a los imperativos de la ganancia. Sin embargo, aquí y ahora, no es posible disociar la gestión de estas nuevas

posibilidades del contexto mercantil de su descubrimiento y su utilización, de la pesadilla ligada a la “mercantilización” de la vida, de los órganos, de los embriones, de los genes, y, por qué no, mañana de los clones.

2. La opresión de las mujeres (indisociablemente material, sexual, simbólica) no arranca con la formación de la economía del mercado mundial, sino que es anterior a ésta. Y nos tememos que, por desgracia, sobrevivirá al reino de la propiedad privada y la ganancia. Ésta es, por lo demás, la razón de ser estratégica fundamental del movimiento autónomo de mujeres. Pero las formas de dominación y de opresión se transforman con las de la formación social. El desarrollo del capitalismo no ha creado esta opresión, pero sí la ha remodelado y moldeado. Cuando se lee y relee a Michelet, Philippe Ariès y, mucho más cercana, la literatura feminista de los años 70 (por ejemplo los números especiales de la revista *Critique Communiste* o el libro coordinado por Nicole Chevillard), se constata claramente cómo la valorización social de la producción mercantil y del trabajo asalariado devalúa y remodela el rol del trabajo doméstico, modifica el papel de la familia en la reproducción social y redefine la separación entre la esfera pública y privada. De ello se desprende una estrecha imbricación entre división social y división sexual del trabajo. Es la razón por la cual, aquí y ahora, la lucha contra la opresión es estratégicamente indisociable de la lucha contra la explotación. Ello no significa en absoluto que la primera se extinga espontáneamente bajo el efecto de la apropiación social. Pero la transformación de las relaciones de producción y de la división social del trabajo plantearían inevitablemente esta cuestión de la opresión en las relaciones de género en un contexto nuevo, a partir de relaciones de fuerza diferentes.

3. Se da el caso de que cada vez más a menudo se oponen las identidades nacionales a las identidades sociales, como si la nacionalidad trascendiera a las demás determinaciones sociales. Sin embargo, a menos que caigamos en una concepción naturalista y sustancialista de la nación y de sus “orígenes”, el problema debe ser abordado históricamente. La nación no tiene ni el mismo sentido ni la misma función cuando se trata de la unificación embrionaria de un mercado nacional (aproximadamente a partir del reinado de Luis XI en Francia), de la nación republicana de la Revolución francesa, la unificación alemana e italiana o las luchas de liberación nacional contra la dominación colonial. El resurgimiento actual de las cuestiones nacionales no resueltas no

puede separarse del contexto de la mundialización y de su ley del desarrollo desigual y combinado. El doble movimiento, de unificación de los mercados y de parcelación de los espacios, de creación de conjuntos continentales y de reivindicaciones regionalistas, atiza las frustraciones sociales y nacionales. Pero estas aspiraciones tardías a la soberanía, a falta de poder traducirse a una concepción de ciudadanía (“constitucional”, diría Jürgen Habermas), en otras palabras una concepción histórica y política de la nación, buscan una legitimidad (“zoológica”, como decía ya Renan) en el mito de los orígenes o en la trascendencia religiosa. De ahí la etnización y la confesionalización de los conflictos como tendencia desastrosa de la época. La dimensión simbólica de la reivindicación nacional y la eficacia que le es tan propia no son suprimidas, sino que se empieza a captar su “articulación” con el proceso de acumulación y reproducción ampliada del capital.

4. Se podrían tomar otros muchos ejemplos. ¿Cómo abordar seriamente el tema de la vivienda sin inscribirlo en el modo de “producción del espacio” (sobre el que Henri Lefebvre escribió un libro pionero) y sin plantear la cuestión de la propiedad inmobiliaria en la ordenación de la ciudad y el territorio? ¿Cómo tratar el derecho internacional (que tiene indudablemente una autonomía relativa y se desprende de una temporalidad larga y lenta, bien destacada en trabajos como los de François Ost), sin entrar en la relación entre dicho derecho y la formación de la OMC, entre la emergencia de la injerencia humanitaria y la dinámica de la mundialización, entre las nuevas jerarquías de la dependencia y dominación y la naturaleza de los conflictos armados recientes? ¿Cómo pensar un campo tan específico como es el periodístico, sin partir del hecho de que el diario es una mercancía, que las condiciones de producción de los multimedia movilizan grandes capitales, técnicas que actúan sobre la división del trabajo periodístico (y su proletarianización parcial analizada por Alain Accardo), de las estructuras jurídicas y de las alianzas? Nada de todo ello tiene un efecto mecánico sobre la producción de la información, pero tampoco es ajeno a la evolución de las formas y los contenidos (la obsesión con el tiempo real, con el *scoop*, la puesta en página, el estilo impersonal, el “sé breve”, etcétera). ¿Cómo abordar el ámbito universitario sin tomar en consideración la división social del trabajo, la financiación de las universidades, la relación entre lo público y lo privado, entre investigación y producción?

La conclusión que a menudo se extrae de la multiplicidad de los movimientos sociales se limita a un enunciado enumerativo; se pone en fila una retahíla de opresiones de raza, de edad, religiosas o nacionales... y de clase. Aunque se ponga un acento cargado de sobreentendidos evasivos sobre este último término, al inscribirlo “en una enumeración, indica Ernesto Laclau, pierde toda significación precisa y deviene un significante vacío”. En efecto, para Marx el conflicto de clase no es una *n* cualquiera al final de una cadena de significantes. Está en el corazón de la extracción de plusvalía, y por consiguiente de la lógica

de la acumulación. Se puede discutir esta tesis, de hecho es preciso hacerlo con rigor, pero yendo al núcleo duro de la crítica de la economía política. Esto es requisito necesario para toda revolución de problemática que desemboque en un cambio de paradigma. Todo esfuerzo teórico será en vano si escapa por principio a una prueba con la realidad.

Ciertos autores, como Ernesto Laclau, tienen al menos el mérito de la coherencia. Al refutar toda centralidad de las relaciones de clase, abandonan a Marx, renuncian a toda alternativa social al resignarse al horizonte infranqueable de la democracia de mercado bien temperada. Para Slavoj Žižek, por el contrario, los elementos de la cadena de significantes no son equivalentes (Butler, Laclau, Žižek, 2003). No es suficiente proclamarlos, es necesario demostrarlos o invalidarlos. Esta tarea pasa de nuevo, se quiera o no, por los escarpados caminos de la “crítica de la economía política”, que, lejos de ser un vulgar determinismo económico, se opone, al contrario, a la naturalización de las relaciones mercantiles y de la economía para subvertirlas.

La controversia entre Nancy Fraser y Richard Rorty

Se ha dado una interesante discusión entre Nancy Fraser, Judith Butler y Richard Rorty⁴. En una contribución de título muy significativo, “De la redistribución al reconocimiento”, Nancy Fraser busca reconciliar las reivindicaciones identitarias propias del multiculturalismo con la política keynesiana de la socialdemocracia clásica. Contra la sacralización y la reificación de las identidades como tiranía de un comunitarismo represivo (ejerciendo sobre el grupo, homosexual u otro, una presión normativa), ella aspira a una síntesis entre las políticas del reconocimiento y las políticas redistributivas que no opondría ya las filiaciones exclusivas a la humanidad compartida. Abordar la “falta de reconocimiento” (*misrecognition*) como “un prejuicio cultural autónomo” conduciría, por el contrario, a sustraer a la injusticia cultural de su relación con la matriz institucional y con las desigualdades económicas.

Nancy Fraser parte, pues, de una distinción entre injusticias de distribución e injusticias de reconocimiento. Las segundas no son “simplemente culturales”, sino que se desprenden de modelos de normativización y de relaciones sociales institucionalizadas, pero no se pueden reducir a una mala distribución (*misdistribution*) de los recursos y riquezas, aunque puedan estar relacionadas con ella. Al introducir una distinción entre clases sociales y estatus social, la autora plantea la hipótesis de que el proceso de diferenciación, descrito por Max Weber y exacerbado por el capitalismo tardío, profundiza el foso entre clase y estatus. El no reconocimiento y la mala distribución ya no son

4/ Véase Butler, 2000, y Fraser, 2000. La revista *Mouvements* n.º 12 (nov.-dic. 2000) publicó un debate esclarecedor entre Richard Rorty (“La notion de ‘reconnaissance culturelle’, peut-elle servir une politique de gauche?”) y Nancy Fraser (“Pourquoi il ne suffit pas de vaincre les préjugés: réponse à Richard Rorty”).

“mutuamente intercambiables”. El punto decisivo es, pues, que “la falta de reconocimiento constituye una injusticia fundamental, esté o no ligada a una desigualdad distributiva”.

Ya no hay que demostrar que ésta pueda comportar discriminaciones económicas y sociales (que puede ser el caso para gays y lesbianas) para exigir que dicha injusticia sea reparada como tal. Estas injusticias de estatus deben considerarse, según ella, tan serias como las injusticias distributivas, a las cuales aquéllas no pueden reducirse: “ambas formas de injusticia son cofundamentales y conceptualmente irreductibles la una a la otra”.

Richard Rorty admite que el término “reconocimiento” puede servir para describir las luchas de los negros, las mujeres o los y las homosexuales, subrayando el carácter arbitrario de este inventario de comunidades que reclaman ser “reconocidas”. Esta “necesidad de reconocimiento” reemplaza, según él, “la eliminación de los prejuicios” que representaba la lucha contra las discriminaciones. Se habría pasado, pues, de la negación de los males infligidos a la reivindicación positiva de una identidad, en lugar de una humanidad compartida por el reconocimiento de diferentes culturales. Este desplazamiento de la revolución política decepcionada a la revolución cultural (o de la social a lo societal según decimos en Francia) sería, en primer lugar, la consecuencia de una coyuntura de retroceso y decepción. Lo cual no deja de tener un precio: una revolución cultural sustraída a la perspectiva de una revolución política desembocaría en una tribalización de las culturas y en la fetichización de las diferencias sin ningún horizonte de universalidad. Para Richard Rorty, la vía de lo universal no pasa por la diversidad de culturas, sino por la diversidad de individuos “que se construyen a sí mismos”. Finalmente, el autor propone devolver la prioridad a lo económico en lugar de lo cultural, volver a la redistribución social y a reanudar la lucha contra las discriminaciones y prejuicios persistentes.

En respuesta a Richard Rorty, Nancy Fraser sostiene que, en lugar de renunciar a cualquier política del reconocimiento, de lo que se trata es de reformularlo en términos de estatus, puesto que el no-reconocimiento no se contenta con despreciar una identidad de grupo, sino que constituye un impedimento para la participación política compartida. Se trata, pues, de “vencer la subordinación mediante una deconstrucción de los códigos que se oponen a la paridad participativa y su sustitución por códigos que la fomenten”. En efecto, las formas que adquiere el no-reconocimiento no se reducen a un subproducto de las relaciones de explotación que una política de la redistribución igualitaria podría eliminar. El recurso a la noción de estatus, distinta de la de clase, permitiría no rechazar la necesidad de reconocimiento con la política identitaria. El reconocimiento por sí solo es insuficiente. Tampoco se trata, por lo demás, de volver el tiempo atrás y recuperar las políticas redistributivas de la izquierda, como reclama Richard Rorty. Nancy Fraser quiere, por el contrario, oponerse eficazmente a ese corte entre izquierda cultural e izquierda social (distinción

“En Marx, el capital es el sujeto de un proceso no meramente ‘económico.’”

retomada en Francia por Jacques Julliard al oponer una izquierda moral a una izquierda social, movimiento de inmigrantes y huelgas salariales).

A condición de no contradecir el respeto de lo que es común (aquello que el poeta Jean-Christophe Bailly llamaría “el en común”), el reconocimiento cultural puede, asimismo, ser el reconocimiento de la universalidad rechazada y desincentivar la lógica de separación y el comunitarismo represivo. Se trata, pues, de “completar el respeto a lo universal mediante una atención cuidadosa de las diferencias” y “de agregar una dosis deseable de escepticismo deconstructivo contra todo sistema jerarquizador”.

Judith Butler reprocha esencialmente a Nancy Fraser su “marxismo neoconservador”. La acusa de subordinar las luchas contra la opresión heterosexual a la lucha de clases contra la explotación capitalista. Butler, al contrario, pone el acento en la importancia de “la autodiferenciación” de los movimientos sociales que posibilitaría los colectivos no identitarios. Si, como sostenían las feministas de los años 70, la lucha contra la familia tiene un papel decisivo en la reproducción de las relaciones sociales, entonces la lucha contra la regulación familiar amenaza directamente el funcionamiento mismo del sistema. Judith Butler concluye que la regulación heteronormativa de las relaciones sexuales forma parte integral de la estructura económica, “si bien no estructura ni la división social del trabajo, ni el modo de explotación de la fuerza de trabajo”.

Para Nancy Fraser, la distinción entre lo económico y lo cultural es su principal diferencia con Butler, cuyo enfoque antihistórico haría, por definición, del modo de regulación sexual un elemento invariable a través de los años en la relación económica. Propone, en cambio, historizar la distinción subrayando que adquiere un nuevo relieve y deviene esencial en el capitalismo tardío. Critica a Butler que abstraiga al capitalismo de la especificidad de las relaciones de parentesco en sociedades precapitalistas (la ausencia de distinción entre relaciones sociales y estructura económica). Dando equivocadamente por supuesto que al historizar las relaciones de reconocimiento volvería a revitalizarlas, Butler comete un contrasentido. La historización permite, al contrario, precisar su función en el marco del capitalismo tardío y medir mejor el desajuste entre clase y estatus. Sería posible reducir el foso que separa las corrientes multiculturalistas, preocupadas por el reconocimiento social, y las corrientes socialdemócratas apegadas a la justicia social.

Para Nancy Fraser, los perjuicios causados a gays y lesbianas ciertamente no son puramente simbólicos. También comportan discriminaciones jurídicas y económicas. Para la autora, las injusticias de “no reconocimiento” son tan materiales como la distribución injusta de la riqueza. Por ello describe “la esencia de la falta de reconocimiento” como “la construcción material de una clase de personas desvalorizadas y privadas de una participación igualitaria”

en la vida social en común. Al hacer derivar los perjuicios culturales de la estructura económica, Judith Butler llegaría a creer al contrario que la transformación de las relaciones de reconocimiento transformaría mecánicamente las relaciones de distribución. Nancy Fraser se pregunta si es necesario cambiar la estructura económica del capitalismo contemporáneo para corregir los perjuicios económicos a los homosexuales. Pide que nos interroguemos por lo que se debe entender por “estructura económica”. El régimen heteronormativo ¿se desprende de la economía capitalista o bien de una jerarquía de estatus “articulada de manera compleja”? Más generalmente, ¿las políticas de reconocimiento coinciden, en el capitalismo tardío, con las relaciones económicas o, por el contrario, las diferenciaciones propias del capitalismo actual no se traducen en una distancia mayor entre estatus y clases?

En su doble polémica con Rorty y Butler, Fraser aborda estas cuestiones y avanza con argumentos sólidos. Toda la discusión gira en torno a las injusticias de reconocimiento y de redistribución. No iremos más allá de la fórmula evasiva según la cual éstas están “conectadas de un modo complejo”. Aparecen así desconectadas de las relaciones de producción, que no lograría reemplazar la noción altamente problemática de “estructura económica”. En Marx, el capital es el sujeto de un proceso no meramente “económico” que articula procesos de producción, circulación (esto es, de distribución) y de reproducción de conjunto. Su “crítica de la economía política” es, en primer lugar, una crítica del fetichismo económico y de su ideología, que nos condena a pensar “a la sombra del capital”. Desligando las injusticias de este movimiento de conjunto, uno se contenta con corregir las discriminaciones y con rectificar la mala distribución sin tener que revolucionar las relaciones de producción, en particular las relaciones de propiedad. La reconciliación entre la izquierda cultural y la izquierda socialdemócrata deviene concebible dentro de los límites impuestos por el despotismo del mercado.

La totalidad en cuestión

A menos que nos contentemos con una descripción de la “mundialización”, es preciso buscar sus causas en la acumulación ampliada y la rotación acelerada del capital. De lo contrario, las explicaciones más comunes avanzan por el lado de un determinismo tecnológico (es la consecuencia de Internet...). O, peor aún, uno se contenta con admirar el milagro, lo cual se remite a concepciones místicas del devenir del mundo. Para comprender mejor la lógica operante, sería particularmente interesante ahondar en el paralelismo entre el proceso en curso y la gran oleada de la mundialización ligada, entre 1851 y 1873, al avance del ferrocarril, el telégrafo, la navegación a vapor, etcétera. Esos años marcaron profundamente la redacción y la publicación de *El Capital*.

Sigo sosteniendo la hipótesis de que la relación de explotación sigue siendo central en la dinámica social actual, a condición de no reducirla a la esfera de

la producción, sino concibiéndola en todas las dimensiones de la reproducción social (redistribución de rentas, división de trabajo, sistema educativo, la cuestión de la vivienda, etcétera). Se trata de saber cómo es producido y utilizado el subproducto social en el mundo. No se puede disociar la esfera de la producción de las de la circulación (consumo) ni de la reproducción de conjunto.

Considerar que el capital mismo ejerce una suerte de hegemonía sobre los diferentes campos y tiene el rol de mediador entre ellos pone de manifiesto problemas teóricos y conceptuales fundamentales que no podemos más que señalar en el marco de este foro y que exigirían una discusión acalorada. Por su parte, Philippe Corcuff señala la dificultad de pensar la globalidad dentro de la pluralidad. ¿Difícil? Sin duda. ¿Imposible? Eso depende de las herramientas conceptuales utilizadas y en particular de la pertinencia o no de las categorías de totalidad, estructura, sistema; todo esto no es ajeno a la cuestión de la relación entre la producción de conocimientos y cierta búsqueda de la verdad (noción prácticamente enterrada por la jerga “posmoderna”). Sin embargo, aun desde un enfoque pragmático que reemplace la cuestión de la verdad en pos de la utilidad, la cuestión de la totalidad y la verdad, así como su relación recíproca, no será resuelta. Pensar la sociedad no como una sustancia sino como una relación: ése es nuestro punto de partida. ¿Pero cómo pensar la relación entre relaciones? Renunciar a ello implicaría resignarse a un mundo de ruido y furor, de fragmentos y migajas, impensable más allá de la forma poética.

La dificultad no es nueva. Una totalidad abstracta, sin mediaciones, sería una totalidad dogmática, léase “totalitaria”. Esta concepción arrastra una larga herencia filosófica. Muchos autores, y no menores, han abordado el problema de otro modo: Henry Lebevre al hablar de “totalidad abierta”, Jean-Paul Sartre al hablar de “totalidad destotalizada”, Theodor Adorno al oponerse a la “falsa totalidad” del capital. Georg Lukács hizo de ello la piedra de toque de todo pensamiento dialéctico. Todos estos esfuerzos no son menores ni pueden ser desechados a la ligera, sin otra forma de proceso. El propio Pierre Bourdieu (1999) no renuncia a la categoría dado que habla de una “totalización hipotética” o de una “totalización condicional”. Por otra parte, resulta difícil imaginar que se puede reflexionar con Pascal (uno de los pioneros del pensamiento dialéctico en Francia), meditar por tanto pascalianamente, deshaciéndose de la categoría de totalidad y de la doble inclusión que la acompaña.

Philippe Corcuff intenta resolver la dificultad recuperando el concepto de formación social, antaño desarrollada por Nicos Poulantzas, diferenciándola del concepto de “modo de producción”, considerado demasiado totalizante. La tentativa no es nueva. Ya en los años 1980 los postalthusserianos anglosajones desarrollaron esta problemática sin lograr resultados concluyentes. Sin ser un fanático del pensamiento de Nicos Poulantzas, debemos admitir no obstante que “formación social” y “modo de producción” forman en él una pareja conceptual indisociable. No es posible pensar la una sin la otra, ya que la

formación social concreta es concebida como un nudo o un encabalgamiento de modos de producción no contemporáneos. Uno de los mejores ejemplos de este paso de lo abstracto a lo concreto, del modo de producción a la formación social, es aportado por Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. ¿Quién tiene la paciencia necesaria para leer semejante ladrillo?

Separar la formación social del modo de producción es reducir a la primera a un simple *collage* de microrelatos, es abandonar la perspectiva global en pos de un minimalismo teórico de lo local. Pensamiento modesto o pensamiento débil, lo que está en juego tiene un alcance considerable. Para empezar, lo que concierne a la distinción entre verdad y error, entre un razonamiento científico y una simple opinión. Aquí, de nuevo, nos pondremos de acuerdo en rechazar la idea de una verdad como sustancia (a descubrir o a poseer), o como adecuación (un reflejo) entre el pensamiento y la realidad. Pero la cuestión de la verdad o de la veracidad (Greimas habla de la crisis de la verificación) no queda resuelta, por lo demás: si no hay ningún criterio de verdad, ¿cómo distinguir la producción científica de las meras opiniones? ¿Hace falta considerar como verdadero aquello que es simplemente mayoritario y reducir los enunciados a meras relaciones de fuerza? E incluso en un enfoque pragmático como el de Richard Rorty, ¿acaso no hay ningún vínculo entre utilidad y verdad?

Es razonable cuestionar una verdad absoluta que sería exactamente opuesta al sentido común para prever su relación como una tensión. Es preciso superar, pues, la antinomia platónica entre el filósofo (amo muy poco socrático de verdad) y el sofismo demagógico que se dedica al comercio de opiniones. Una pista fecunda consiste, sin duda, en inscribirse en la tensión o la contradicción, en concebirlos como parte el uno del otro y no como extraños. El sentido común tiene su historia. Ha sido tema de discusión en las sociedades del siglo XIII, y tiende a devenir apologético cuando queda bajo la influencia de la ideología dominante. Es preciso analizar más en profundidad las relaciones entre sentido común e ideología en la actualidad.

Si bien se puede suscribir la propuesta de Pierre Bourdieu de una verdad como “campo de fuerzas”, no deberíamos interpretarla, a menos que se caiga en un relativismo sin fondo, como simple resultado de correlaciones de fuerzas. Ello sería, por otro lado, contradictorio con el estatus científico (discutible, por supuesto) que Pierre Bourdieu asigna a la sociología en oposición a la *doxa*. Como ejemplo de esto, resultaría útil preguntarse por las “relaciones de verdad” (en Whitehead) o sobre “las verdades relativas” (en Lenin), para saber si se trata de eludir el problema mediante un artificio de vocabulario o si se pueden encontrar en ellas pistas interesantes.

En cualquier caso, no convendría desembarazarse de las categorías de “totalidad”, de “sistema” y de “estructura” sin dimensionar las consecuencias de dicha renuncia. ¿Se puede discutir seriamente de ecología sin hablar de ecosistemas? ¿Se puede concebir la lengua como una simple cadena de palabras y no

“Hay acuerdo en pensar la pluralidad y la autonomía relativa de los movimientos sociales.”

como una estructura que determina el sentido de un discurso en relación al paradigma y a un sintagma? ¿Podemos despedirnos de las aportación de la teoría de los sistemas de Bertalanffy o de las teorías de la información? La cuestión pertinente sería, más bien, saber si los conceptos de sistema y de estructura son trasladables al campo de las ciencias sociales y, en ese caso, por medio de qué precauciones.

Conclusiones

Volvamos para concluir sobre algunos puntos del inicio:

1. Hay acuerdo en pensar la pluralidad y la autonomía relativa de los movimientos sociales (en plural, dado que el término movimiento social postula una unidad que resulta problemática). En cambio, la idea misma de autonomía relativa debería tener como corolario la de la aspiración a una unificación relativa, concebida no como algo dado por la naturaleza, sino como un trabajo y como un proceso estratégico. Además, es necesario, so pena de caer en un inquietante voluntarismo de la razón, ya que hay condiciones para tal unificación, las condiciones de su “posibilidad efectiva”.

2. Si existe una pluralidad de campos, de capitales, de dominaciones —y de movimientos—, no todos tienen un papel equivalente. Basta enumerar los “nuevos movimientos sociales” (movimiento antimisiles en los años 1980 en Inglaterra, en España, en Alemania, movimientos antiguerra sobre Argelia o Vietnam, movimientos de solidaridad, movimientos antifascistas como la Liga Antifascista, movimientos como Attac, movimiento de mujeres, movimiento sindical, etcétera) para verificar que no todos tienen el mismo rol ni el mismo peso. Zygmunt Bauman ha insistido en el carácter intermitente de algunos de ellos. Los más estables en el tiempo, más allá de flujos y reflujos, son sin duda, el movimiento sindical y el movimiento de mujeres. Probablemente no sea por azar sino que es la consecuencia del hecho de que las relaciones de explotación y la dominación de género tienen un rol específico en las sociedades contemporáneas.

3. Se podría animar la reflexión sobre el rol específico del campo político y sus modos de autonomía. A esto invita Pierre Bourdieu, en particular cuando señala “el problema difícil para los intelectuales de entrar en política sin convertirse en políticos” o cuando busca cómo “dar fuerza a las ideas sin entrar en el campo y el juego político”. Una posible pista podría consistir en ampliar el campo político luchando contra su cierre. Pero esta política de los de abajo, la que se inventa y se produce en los movimientos sociales, ¿debe reemplazar o debe detenerse en el umbral del campo político (y de sus prácticas institucionales) a riesgo de naturalizar ambos campos —el social y el político— como irremediabilmente distintos? ¿Se corre, de este modo, el riesgo de perpetuar la escisión entre política profesional y movimientos sociales limitados a la condición de grupos de presión?

4. Finalmente, para comprender mejor las diversas posiciones de los seguidores de esta discusión, ciertamente resultaría útil ponerla en relación con las que los discursos “posmodernos” han dado lugar en los países anglosajones. Autores que se reivindican todavía marxistas como Fredric Jameson reconocen al discurso filosófico y estético de “la posmodernidad” un alcance crítico que permite desacralizar grandes hipóstasis (Dios, la Verdad, el Arte, el Progreso, y cualquier otra mayúscula como la Historia o la Humanidad). He aquí posibles modos prometedores de interpelar a la tradición marxista. Es preciso analizar todavía la relación del discurso con sus prácticas y la legitimación que aporta a menudo la jerga “posmoderna” a la resignación ante la “democracia de mercado”, y las consecuencias de una disolución de las diferencias estructurantes en una diversidad amorfa en la que los movimientos sociales se transforman en una juliana de legumbres.

La tarea es vasta. Deseemos solamente que este prometedor diálogo que hemos entablado tenga continuidad y permita más contribuciones.

Daniel Bensaïd (1946-2010) fue militante de larga trayectoria en la IV Internacional, filósofo y autor de una extensa relación de obras y artículos, muchos de ellos publicados en castellano en www.vientosur.info. Para más información: www.danielbensaid.org.

Traducción: *VIENTO SUR*

Referencias

- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1999) *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, J. (2000) “El marxismo y lo meramente cultural”. *New Left Review*, edición en castellano, n.º 2, pp. 109-122.
- Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S. (2003) *Contingencia, hegemonía, universalidad*. México-España: Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, N. (2000) “Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo”. *New Left Review*, n.º 2, pp. 123-136.
- Lahire, B. (1998) *L'Homme pluriel: les ressorts de l'action*. París: Nathan.
- (1999) “Champ, hors-champ, contrechamp”, en B. Lahire (ed.), *Le Travail sociologique de Pierre Bourdieu: dettes et critiques*. París: La Découverte.
- Ruy Fausto, M. (1986) *Logique et Politique*. París: Publisud.
- (1996) *Idée d'une logique dialectique*. París: L'Harmattan.
- (1997) *Le Capital et la logique de Hegel*. París: L'Harmattan.
- Smith, T. (1993) *The Logics of Marx's Capital*. Nueva York: State University of New York Press.
- Thompson, E. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Tombazos, S. (1994) *Le Temps dans l'analyse économique: les catégories du temps dans Le Capital*. París: Cahiers des saisons.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

C/ Limón, 20. Bajo ext. dcha. • 28015 Madrid • Tel 630 546 782

Correo electrónico: suscripciones@vientosur.info

Apellidos _____ Nombre _____
Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____
Localidad _____ Provincia _____
Región/Comunidad _____ C.P. _____ País / Estado _____
Teléfono _____ Móvil _____ Fax _____
Correo electrónico _____ NIF _____

SUSCRIPCIÓN NUEVA ☐ SUSCRIPCIÓN RENOVADA ☐ CÓDIGO AÑO ANTERIOR **MODALIDAD DE SUSCRIPCIÓN ANUAL (6 NÚMEROS)**

ESTADO ESPAÑOL

☐ 40€

EXTRANJERO

☐ 70€**SUSCRIPCIÓN DE APOYO 80€****MODALIDAD DE ENVÍO**ENTREGA EN MANO ☐ENVÍO POR CORREO ☐**MODALIDAD DE PAGO**TRANSFERENCIA (*) ☐DOMICILIACIÓN BANCARIA ☐**DATOS BANCARIOS para INGRESO POR TRANSFERENCIA**

Banco Santander. C/ Lehendakari Agirre, 6. 48330 - Lemoa (Bizkaia)

Número de cuenta: 0049 // 3498 // 24 // 2514006139 - IBAN: ES68 0049 3498 2425 1400 6139

DOMICILIACIÓN BANCARIA - AUTORIZACIÓN DE PAGO (datos del titular de la cuenta)

Apellidos _____ Nombre _____
Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____
Localidad _____ Provincia _____
Región/Comunidad _____ C.P. _____ NIF _____

ENTIDAD _ _ _ _ OFICINA _ _ _ _ DÍGITO CONTROL _ _ NÚMERO CUENTA _ _ _ _ _

Fecha: _____ Firma: _____

Observaciones: (*) Comunicar los pagos por transferencia por medio de un correo a: vientosur@vientosur.info indicando oficina de origen, fecha y cantidad transferida.

5 voces miradas

La deriva de los hemisferios

Emma Fondevila (Buenos Aires)

Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense, docente de Lengua y Literatura española, crítica literaria, traductora. En 1976 la dictadura militar la fuerza a exiliarse en España. Asesora literaria del programa “La Poesía y los Poetas” de Radio Villalba y coordinadora del Club de Poesía Carmen Conde. La primera época de su poesía está reunida en *Buscando un resquicio de luz* (2013). Ha publicado las plaquetas *La piel del tiempo* y *Versos peregrinos*. Una selección de sus poemas está grabada en el CD *Un resquicio de luz* (2014) por el declamador Emilio Muñiz. *La deriva de los hemisferios* (Lastura, Madrid, 2016) es su obra más reciente.

Una mujer entre dos continentes, la exigencia de volver al sur, de desandar el olvido, la deriva íntima de alguien sin asideros. Un amor adolescente, último curso de Bachillerato, primeros versos, primeros besos. La separación, caminos diferentes. Y de pronto la herida partiendo en dos la memoria: una búsqueda en Internet y su nombre en una lista de desaparecidos. La exigencia de la palabra: “surgiste como un fantasma vuelto del olvido/ con tu mano inerte chorreando ausencia/pidiendo a gritos una voz”. Y todo comparece: la Plaza Francia, el café de Callao, el río de la Plata que es ya agua-sepultura, tierra líquida, algas que ocultan el recuerdo. “Hay una puerta que cerré en falso/ y es hoy una herida supurante.” Con todas sus dudas corre al encuentro del amado y se siente, ella, un fantasma, una desaparecida. Es el cumplimiento de una deuda. Lo que regresa como exigencia de recuperación. Los muertos insepultos, todas y todos los que, en uno y en otro hemisferio, aún esperan la resurrección de la memoria y la reparación de la justicia. Este libro es un ejercicio de amor y piedad. Y en el amado que aquí se rescata, están todos los desaparecidos: “El dolor de las víctimas de la eterna injusticia/ el crujir de los huesos de quienes esperan/ a la vera de un camino/ una mano piadosa que los desentierre y diga: “Por fin./ yo te conozco, tú eres aquel a quien busco desde hace tantos años.” Regresa el ausente. Y de nuevo dos adolescentes olvidan los apuntes para comerse con los ojos en un café de Callao. Él está de nuevo aquí, intacto, limpio de toda herida, desafiando con su presencia a los verdugos. Entre clase y clase. Para vivir en estas páginas la vida no vivida. La que ahora, por fin, les pertenece.

Antonio Crespo Massieu

COORDENADAS VITALES

Buenos Aires Latitud: 34° 36' 14" Sur

Longitud: 58° 22' 54" Oeste

Madrid Latitud 40°24'59" Norte

Longitud 03°42'09" Oeste

Entre estas coordenadas
nacen
se estiran
se dislocan
los latidos de mi corazón,
sincopados unas veces
como la música de Piazzola
otras,
con el ritmo profano de una canción de Sabina.

Son las once en Madrid.
Dicen que es primavera y hace frío.
Es probable que haga más calor en el otoño incipiente
del hemisferio sur.
Allí a estas horas amanece.
Es primavera-otoño y pienso en ti
allí, tan solo,
bajo una losa de agua,
en ese río sepultura de tantos.
Pronto la ciudad despertará del todo
y se asomará para reconocerse en ese espejo.
Tal vez ya no te recuerda,
sólo ve la superficie de obsidiana

y no le interesa el debajo
no piensa en sus hijos desaparecidos.
El tiempo lo desdibuja todo.
y tal vez sólo ve en el agua
una imagen turbia,
O tal vez sólo disfraza su dolor.

ÚLTIMO CURSO de bachillerato
Mi nuca prisionera de tus ojos
una fórmula susurrada al pasar
y la solución del problema
mezclada con tu aliento...

Otro problema.

NADIE TE RECOMPUSO entre las ruinas
de un país destrozado por dentro,
mutilado.
¿Cómo pudieron dejar que murieras del todo,
sin renacerte de tu propia muerte?
Te miraron partir sin prometerte nada
sin que quedara de ti ni la sombra de un verso.

¡Qué solo tú sin mí en la encrucijada!
¡Tú sin mí
qué desaparecido!

A VECES se me pega a la piel
una tristeza de algas
y creo que son tus dedos olvidados
que me buscan
desandando el tiempo
desde una lejanía enorme
pidiendo que te rescate
de un abandono tan definitivo...

*“¡Es tan corto el tiempo
que le damos al amor
y se hace tan largo olvidar cada vez!”*

Siempre queda,
sin embargo,
ese abrazo robado al olvido
la caricia furtiva
el primer beso...
Había luna llena
y el cielo fue nuestro
...casi todo

Y sé que también hubo primaveras,
que las calles de nuestra ciudad
se llenaron de azul jacarandá...
Fueron días de aparcar nuestro amor
en Plaza Francia
y echar a volar algún poema...

Momentos entre clase y clase
de comernos con los ojos
en un café de Callao
sobre unos apuntes
que sólo hacían las veces de testigo.

“...scenderemo nel gorgo muti.”
Cesare Pavese

...MUDOS

ya sin palabras,
descenderemos y nos tragará el torbellino
nos olvidaremos de una luz
y saldremos al encuentro de otra,
al encuentro de la luz definitiva
tenaz
que nos aguarda al final de la marcha.
Habremos andado todos los caminos que el destino nos había señalado
habremos frecuentado todas las palabras que nos fueron concedidas,
pero algunas, tenaces y obstinadas, se nos quedarán atragantadas
en el pozo de la garganta reseca,
de la oquedad cavernosa,
del terrible vacío de la muerte,
de la oscura luz sin límites,
sin apoyos...

pero ahora estamos vivos,
tenemos aún el don más humano,
y sílaba a sílaba,
verso a verso,
podemos seguir existiendo
en el poema que nos rescata
de la luz tenebrosa
que espera,
que aguarda,
paciente,
porfiada,
vacía.

HOY PODRÍA no escribir nada.

Hoy podría enterrar el verbo

destruir el sustantivo

huir del pronombre

quemar el adjetivo.

Hoy podría acabar con la poesía

¿Podría?

¿SOMOS REALES tú y yo

o acaso solo el sueño de una mente ociosa?

¿Qué importa?

Puedo vivir con la duda

pero no quiero vivir sin ti.

6 subrayados subrayados

Fortunas del feminismo

Nancy Fraser. Trad.: Cristina Piña. 279 pp. Traficantes de sueños, 2015. 20 €. ISBN: 978-84-943111-9-2

Nancy Fraser, figura esencial del movimiento feminista estadounidense del último medio siglo, reúne diez ensayos escritos a lo largo de 25 años. En ellos engloba un certero análisis sociológico y una proclama activista y da continuidad a la lucha feminista, atendiendo a los retos y conflictos actuales más urgentes y dramáticos que la atañen.

La estructura del volumen (en tres “actos”) nos sitúa en tres momentos determinantes para la historia de los movimientos feministas, desde la aparición del feminismo de la segunda ola a principios de los años 60.

Comienza centrándose en los esfuerzos del movimiento feminista por alcanzar una redistribución socioeconómica igualitaria (a partir de la crítica a las sociedades del bienestar, construidas desde una óptica androcéntrica-capitalista) para evidenciar las “estructuras y prácticas que impiden a las mujeres participar a la par que los hombres en la vida social”. Seguidamente, analiza cómo en los años 80 se produjo un giro desde el feminismo identificado en la “redistribución” al feminismo que reivindica el “reconocimiento” y la diferencia; un cambio que se desliza desde la transformación de la economía política a la transformación de la cultura sin cambios estructurales. La principal crítica surge al proponer Fraser que, aunque este cambio de paradigma aporta elementos necesarios, no

se debería haber “abandonado” la lucha por objetivos socioeconómicos. La escritora plantea la necesidad de combinar ambas corrientes con más razón al encontrarse en el momento clave de resurgimiento de un neoliberalismo que encuentra el camino libre ante el abandono por parte del movimiento de la economía política. Por último, aún presente en la actualidad, relaciona la crisis neoliberal con la revisión de su teoría a través del concepto de “representación”. Si la redistribución se identifica con lo socioeconómico y el reconocimiento con el giro cultural, la representación tiene que ver con lo político y a estos tres ámbitos hay que atender para replantear la justicia en la era de la globalización.

También lanza conceptos muy interesantes, como el de “participación paritaria” entendido no sólo como un acceso en igualdad a diferentes espacios políticos y socioeconómicos. Además, ofrece ideas para las nuevas activistas, donde propone que se marquen grandes objetivos que tiendan a transversalizar el feminismo. Plantea incorporarlo al resto de movimientos que luchan en contra de otras discriminaciones para que vayan de la mano sin priorizar una lucha sobre otra al estar intensamente relacionadas.

No es este libro de lectura ligera, sino que requiere nociones previas, pues Fraser toma prestados, modifica

y critica conceptos y modelos elaborados por otros autores (Habermas, Foucault, Butler...). La revisión histórica que relaciona las particularidades del movimiento feminista en cada uno de los actos y la contextualiza-

ción de cada uno de ellos ofrece, eso sí, una perspectiva ordenada y clara sobre los giros clave del movimiento feminista en los últimos 40 años.

Beatriz Fernández Ruiz

Somos CocaColaEnLucha (Una autobiografía colectiva)

VV AA. 336 pp. La oveja roja, 2016. 17 €. ISBN: 978-84-16227-11-2.

Las que sabemos cuánto cuesta resistir y hemos aprendido que hacerlo en común es la única manera, encontraremos en la lucha de las trabajadoras de Coca Cola un espejo, un camino ya transitado y no por ello menos doloroso; un aprendizaje que, como muchos de los nuestros, se ha construido a golpes, con estupor, furia, incompreensión y soledad. La suma de las soledades y la construcción de un único sujeto es la gran lección de estas historias de vida. Historias que no son las de nadie porque son las de todas. Historias que encierran tanto dolor como dignidad y que edifican marcos (discursivos, prácticos y jurídicos), que quedan para lo común, para que todas las que necesitemos anclas para resistir podamos recordar siempre que eso de “ni un paso atrás” es, más allá de la consigna, una obligación individual y un derecho colectivo.

Esta autobiografía colectiva, sin autoría de sujeto pero con una clara autoría de clase, da la voz a las trabajadoras silenciadas. Sus triunfos y sus fracasos son de todas. Por eso es imposible no llorar cuando el sistema aprieta, ahoga. Pero, sobre todo, es imposible no llorar ante las victorias. El relato nos permite sufrir con ellas pero también, especialmente, aprender (o reaprender) el significado de una lucha colectiva, sus obstáculos, sus fortalezas y sus debilidades en un conflicto con un objetivo claro: revertir la reforma laboral del PP. El

bien común siempre ha estado más allá de las puertas de la fábrica de Fuenlabrada.

La empresa esperaba que los despidos sirvieran para neutralizar los derechos conseguidos por los trabajadores y sentar precedente para que otras empresas actuaran igual. Sin embargo, el trabajo del comité reivindica la importancia del sindicalismo en las luchas obreras y la necesidad de organización. De las consecuencias de esta lucha nos beneficiaremos todas, aunque sus derrotas sólo las haya sufrido la plantilla de CocaColaEnLucha.

El eco que han conseguido con su boicot no habría sido posible sin las redes sociales y los medios alternativos como altavoz. El lema “Si Madrid no fabrica, Madrid no consume” nos puso a todas en la necesidad de tener que elegir un bando, de implicarnos y de sumarnos a la lucha ante una empresa que ha utilizado todos los medios a su alcance, incluyendo la maquinaria del Estado, para socavar la unidad. Como represalias y presiones no tuvieron éxito, pasó a la criminalización de la plantilla. Ahora, finge una readmisión que tiene a las trabajadoras en una fábrica medio desmantelada vaciando el producto caducado en contenedores con cortes de luz a la hora de las comidas, cortes de agua en los aseos, sin climatización... Así que la lucha sigue.

El relato de CocaColaEnLucha resulta la historia de todas las luchas:

derechos o beneficios; dignidad o sumisión; para todas o para el empresario. No dejéis de leer el libro. Os

servirá para recordar que nos necesitamos y que no estamos solas.

Ruth Adsuar

Penúltimos días (Mercancías, máquinas, hombres)

Santiago Alba Rico. 221 pp. Catarata, 2016. 17,50 €. ISBN: 978-84-9097-113-0.

A pesar de que para el propio Santiago Alba resulta este un libro “menor”, se trata de una recopilación sólida de algunos de sus últimos artículos extensos que merece, como siempre, lectura y reflexión. Son cerca de cincuenta textos cuyas primeras versiones aparecieron en la revista cubana *La calle del medio*, *Atlántica XXII* o *Bostezo y Cuarto Poder*. Los presupuestos teóricos de Alba Rico los ha expuesto ya con claridad en sus obras “mayores”, y esos sólidos anclajes son los que le permiten proyectar una visión coherente, sensible y razonable sobre tanto desatino como la cruda realidad nos impone cada día. Eso no significa que siempre esté en lo cierto, que siempre tengamos que asumir sus explicaciones, pero hace que, cuando se equivoca, lo haga cargado de buenas razones, y que, por ello, tan difícil sea rebatirle. Son ya muchos años elaborando una obra ineludible en la que ha ido entrañando esa especie de monstruo bulímico que llamamos capitalismo; denunciado su lógica, sus efectos aniquiladores, su nihilismo intrínseco... Esta compilación gira en torno a tres temas: las mercancías, las máquinas y los hombres, aunque bajo el capitalismo cada vez sea más difícil distinguirlos. El capitalismo se lo come todo, pues se caracteriza, precisamente, por no hacer distinciones. Sistema revolucionario por excelencia, aniquila por igual vidas o tradiciones, familias o recuerdos. Engulle objetos, personas o colores. No discrimina: lo destruye todo.

Santiago Alba resulta uno de los intelectuales españoles que con mayor acuidad ha criticado este sistema y ha propuesto modelos alternativos. Con la modestia y la contundencia de las buenas razones, representa una de las referencias más convincentes en el actual panorama intelectual y mediático. Activo combatiente contra la islamofobia, escritor de estilo sutil, pensador fino, en *Penúltimos días* podemos leer piezas siempre interesantes que deparan descubrimientos inesperados y razones compartidas. Muchos de estos artículos surgen de una pequeña noticia de prensa, de un detalle que a cualquier otro le pasaría desapercibido, pero Alba Rico lee con rara intensidad y, en lo aparentemente pequeño, descubre un síntoma de algo mayor; distingue un indicio que le conduce a un resultado que puede ser sobrecogedor. *Penúltimos días* no es un libro apocalíptico, a pesar de las muchas razones que hay para el pesimismo. Alba Rico no lo es. Es sensato, y su lectura nos invita a los demás a serlo. Sería un buen principio para evitar que esos penúltimos días se transformen en un réquiem. En todo caso, que sean el postrer debatirse de un modelo que alcanza su final y que da paso a nuevos días menos oscuros, menos injustos, menos violentos. El nombre de ese posible porvenir no lo sabemos, pero parece claro que pensadores como Santiago Alba Rico nos ayudan a vislumbrarlo.

Antonio García Vila

Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales

Orna Donath. 272 pp. Reservoir Books, 2016. 21 €. ISBN: 978-84-16709-05-2. ISBN 978-987-1622-45-0

¿Es la maternidad una elección? ¿Deciden las mujeres ser madres? Estas son algunas de las provocadoras preguntas que lanza este libro. En un contexto en que la no-maternidad no aparece como opción legítima, la voluntariedad de elegir el camino socialmente validado queda siempre bajo sospecha: elegir lo que coincide con el mandato de género más elemental, el de convertirse en madre (adquiriendo una nueva subjetividad que modifica por completo y para siempre la posición de la mujer), nos ahorra el “trago” de enfrentar las consecuencias de transgredir la norma. Existen, dice la autora, “poderosas fuerzas sociales que nos afectan profundamente tanto a las mujeres como a las decisiones que tomamos”.

Donath plantea la obra a partir de entrevistas a una muestra pequeña y extraída de un contexto social muy concreto: 23 mujeres israelíes judías, de entre 26 y 73 años, de diferentes clases sociales y con diverso nivel de estudios, que son madres y abuelas arrepentidas de serlo. Arrepentidas quiere decir que, si pudieran, elegirían no ser madres. Este es un punto que la autora insiste en dejar claro: se trata de mujeres que, aun reconociendo la ambivalencia de su experiencia, concluyen que lo positivo de la maternidad no compensa el cambio de vida y rol que ésta implica. En palabras de una de ellas: “La maternidad me hace sufrir, y no hay nada en este mundo que haga que valga la pena”.

Habla del estigma que estas mujeres enfrentan por cuestionar una

creencia básica: el amor abnegado de las madres, derivado en última instancia de la supuesta correlación entre la posibilidad biológica de parir y el deseo de tener hijos/as como lo esencial en la biografía femenina. La presión social constante (como promesa y como amenaza: “nunca sentirás un amor igual”; “si no los tienes, te arrepentirás”) sobre las mujeres la aboca a un destino que, en muchos casos, no se vive como elegido. Muchas de las entrevistadas no decidieron ser madres; la maternidad “ocurrió” porque era natural que ocurriese. Existe una férrea normatividad, según Donath, en torno a las emociones y el tiempo de la maternidad en nuestras sociedades. Nunca te arrepentirás de ser madre, dicen. Arrepentimiento y deseo de regresar a un punto anterior son vivencias estigmatizadas y compartidas por (al menos) algunas mujeres. Frente a quienes las expresan, se lanza la ira social. La conclusión de Donath es clara: en nuestras sociedades no hay cabida para la mujer que elige no ser madre. Su decisión es siempre interpretada como una anomalía.

El libro no pretende ser una exaltación del arrepentimiento ni una impugnación al deseo de ser madre. Se trata de visibilizar una opción silenciada y repudiada porque son las mujeres que no quieren ser madres (y sus hijos e hijas, si existen) quienes pagan las consecuencias de un orden social que niega la libertad de elección en este terreno y en muchos otros. Una pregunta queda tras la lectura: ¿cómo de libres pueden ser nuestras elecciones y emociones cuando están sometidas a innume-

rables marcas de género? Hacer visibles y legítimas todas las opciones contribuye, precisamente, a ampliar

los horizontes de lo posible para todas las mujeres.

Rebeca Moreno

Hacia la ciudad de umbrales

Stavros Stavrides. Trad.: Olga Abasolo. 265 pp. Akal, 2016. 18 €. ISBN 978-84-460-4276-1.

Apoyándose en aportaciones de diferentes estudiosos del espacio urbano, el autor nos ofrece reflexiones, preguntas y propuestas que parten de la rotunda crítica de la usurpación capitalista de las ciudades. El reto que plantea consiste en pasar de la ciudad de enclaves (la compartimentada y basada en el “encuadramiento” de las identidades) a la de umbrales; o sea, aquella que permita transiciones y puntos de encuentro con la alteridad y ayude a la potencial emergencia de una espacialidad emancipadora. Caso extremo de la primera es el modelo de los campos de concentración (y de los CIE), sin olvidar otros más indignantes si cabe como el muro erigido por el gobierno israelí en Palestina. Con todo, como bien dice Stavrides, “no hace falta ser un refugiado reducido a una vida desprotegida para recibir el trato de usuario confinado a un enclave”. Por doquier, se extienden “zonas rojas” de excepción alrededor de enclaves protegidos por verjas, cámaras de vigilancia y un largo etcétera. Frente a esa destrucción del espacio público, se trata de reinventar las “heterotopías” de Foucault: lugares fuera del orden disciplinado generalizado. En resumen, nos emplaza a aprender a crear espacios comunes, con el barrio como lugar genuino en el que generar “las condiciones propicias para que se produzca el encuentro propio de la vecindad”.

El zapatismo también le sirve como referencia, ya que reivindica un encuentro entre las diferencias y no, por ejemplo, “un nuevo Estado maya”. Al contrario, reclama “nunca más un Mé-

xico sin nosotras” no replegándose en su diferencia. De ahí que la función de la máscara respondiera precisamente a la necesidad de hacerse visibles, como bien decía el subcomandante Marcos: “A nosotros nadie nos miraba cuando teníamos el rostro al descubierto. Ahora nos están viendo porque tenemos el rostro cubierto”. Partiendo también de la experiencia de la revuelta en el barrio de Exarchia en la ciudad de Atenas en 2008, el autor encuentra, a partir de la ocupación de espacios públicos que en ella se dio y de las relaciones de ósmosis que se trabaron entre estudiantes, trabajadores e inmigrantes, “atisbos de una posible ciudad de umbrales”.

Stavrides incluye también reflexiones sobre las revueltas que se han ido dando desde 2011 en distintas partes del mundo, y donde descubre nuevas prácticas a favor de espacios comunes. Pueden surgir así “comunidades en movimiento” a partir de las cuales construir un “nosotros” inclusivo, “en total oposición al nosotros nacional o cosmopolita que pretenden imponer las elites gobernantes y los medios de comunicación dominantes”. Si bien esto último exigiría mayor aclaración, este trabajo, acompañado de imágenes ilustrativas de las sucesivas referencias que van apareciendo, constituye una sugerente aportación para (re)pensar mejor el sentido que tenemos que dar al derecho a la ciudad desde los movimientos sociales, pero también emplazando en nuestro caso a los nuevos “ayuntamientos del cambio” a implicarse más en ese horizonte.

Jaime Pastor

¿Derrotó el smartphone al movimiento ecologista?

Jorge Riechmann. 256 pp. Catarata, 2016. 17 €. ISBN: 978-84-9097-215-1.

El meollo del nuevo ensayo de Riechmann es la crítica del “mesianismo tecnológico” (básicamente, la creencia de que la ciencia y la tecnología serán capaces de salvarnos, incluso de esta crisis ecosocial) y cómo está sirviendo de estrategia de distracción. Así, arremete contra el autoengaño y la infantilización de la sociedad, especialmente en lo relativo a no reconocer la gravedad de la situación y en la imposibilidad de la continuidad (sin llegar a la hecatombe) de este sistema. Por tanto, aborda la tarea de desmontar las lógicas del pensamiento dominante y sus falacias, a la vez que saca a relucir cómo las hemos interiorizado.

Riechmann pone de nuevo de relieve la necesidad de asumir los límites físicos y ecológicos del planeta y, ante la urgencia del desastre socioecológico del cambio climático, incorpora la perspectiva de supervivencia como especie y el ecicidio y el genocidio como horizontes si seguimos este camino extractivista y productivista. La cuestión de cómo enfocar y distribuir el trabajo (que, conforme avance el colapso energético, requerirá un retorno al sector primario y mayor dedicación) ocupa un plano central en este volumen. En ese sentido, recopila y sintetiza su propuesta de ecosocialismo en estas páginas, un “ecosocialismo descualzo”. Aparece también la autocritica y la revisión crítica de otros planteamientos socialistas (que ignoran o subestiman los límites biofísicos del planeta) e incide en que debemos readaptar los modelos de sociedad alternativos por

los que estamos luchando, ya que los factores ecológicos (el colapso y las transiciones) van a obligarnos a modificarlos. También en los aspectos pedagógicos: “Tenemos por delante un camino difícil: se trata de comunicar responsablemente la gravedad de la situación sin por ello inducir al desánimo, la des-responsabilización o las reacciones insolidarias”.

El libro, que incorpora algunos textos bastante didácticos, navega con el particular estilo de los ensayos del autor: prosa fluida, extraordinaria claridad expositiva, gran potencia analítica, habilidad para enlazar lógicamente lo general y lo concreto, la crítica y la propuesta, lo filosófico y las tareas específicas pendientes, además de abundante documentación y citas o incluso largos pasajes incorporados, entre los cuales no faltan los poemas, que sirven de punto de partida o de ejemplificaciones. Igualmente, sigue siendo brillante en algunas formulaciones o conclusiones, incluidos algunos espléndidos títulos de los epígrafes (ahí se aprecia su trabajo con la precisión del lenguaje como poeta). Sus ensayos continúan incorporando conceptos y conclusiones que aportó ya en obras anteriores, aunque sigue mostrando siempre un diagnóstico previo que permite una lectura autónoma de cada una de ellas.

Así, el pensamiento de Jorge Riechmann prosigue siendo fundamental para comprender nuestro tiempo, poder transformarlo y encontrar pautas de hacia dónde dirigir ese cambio.

Alberto García-Teresa



Foto: S. del Val

*“... un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas”*

Federico García Lorca

Poeta en Nueva York

ISBN: 978-84-945947-2-4



9 788494 594724